Manuel Hernández Hierro nace en Gran Tarajal (Tuineje, Fuerteventura). Cursa estudios de Derecho en La Laguna y Madrid, ejerciendo la abogacía y también la actividad política en distintas instituciones de Fuerteventura. En su faceta literaria, que siempre ha compaginado con diversas tareas profesionales, destacan las siguientes novelas: La vida nueva de Raquel Rosa (2003) editada por el Centro de la Cultura Popular Canaria con el patrocinio del Cabildo de Fuerteventura; Sueños e ilusiones de un ingenuo (2005), editada por el Ayuntamiento de Puerto del Rosario; y ¿Quién mató a tía Isabel?, aún inédita. Además, ha sido finalista del Premio Tirso de Molina con la obra teatral denominada Los desahuciados. El conjunto de relatos La vida no da para más, segunda entrega de la colección “Letras de la Isla” es su última aportación al mundo de la cultura.
La vida no da para más

Colección "Letras de la Isla"
Manuel Hernández Hierro

La vida no da para más
Colección “Letras de la Isla”
—2—
Narrativa

Presidente del Cabildo de Fuerteventura
Mario Cabrera González
Consejero de Cultura, Patrimonio Histórico, Educación y Juventud
Alejandro Jorge Moreno

© Del texto: Manuel Hernández Hierro
© De la edición: Cabildo de Fuerteventura. Servicio de Publicaciones
Diseño de la cubierta: Loren M. Castañeyra
Coordinación general: Rosario Cerdeña Ruiz
Coordinación del Servicio de Publicaciones: Ana Elba Hernández Cerdeña
Corrección de pruebas: Sebastián Rivera Pérez


Imprime: Queimada
Impreso en España
Para Mari Carmen y José María
La tarta

CASI todas las tardes salía de casa, cubría a paso ligero los cuatro kilómetros que le distanciaban de la Gloria, y se sentaba en un banco de cemento frente a la pastelería.

Aquí podía vérselle durante varias horas, rendida la mirada ante el escaparate que guardaba la fascinante exhibición repostería. Pero Marcos sólo tenía ojos para aquella mágica tarta que llenaba la parte central de la espléndida exposición, atiborrada de dulces y pasteles de afiligranada confección. Tarta que semejaba ser el compendio y culminación de todas las creaciones reposteras que en el mundo son.

Al anochecer regresaba al poblado, sito en el extrarradio: un lugar tan triste y sucio que carecía de los medios primarios de subsistencia. Y donde tenía asiento permanente la incultura y la miseria en todas sus variantes. Lo que de paso también constituía el mejor terreno abonado para el cultivo de la violencia en todas sus expresiones.

Camino de regreso a la chabola, Marcos no dejaba de pensar un instante en la sugestiva belleza de aquel pastel sublime, que él presagiaba lleno de sabores inimaginables y por de pronto inalcanzables.

Por consiguiente, no era extraño que se marcara como primer objetivo en la vida, el de poder degustar un día cercano semejante filigrana de dulzuras: almendras, miel, harina, azúcar, huevos, frutas confitadas, nata, almíbar... Todo sabiamente preparado y dispuesto, en una prodigiosa combinación de olores, colores y sabores.
Hay que decir que la existencia diaria en el suburbio resultaba dura y complicada, incluso para un crío de diez años. Por ejemplo, el primer recuerdo de que él tiene conciencia es el de una madre víctima permanente de un estado de salud bastante calamitoso. Y su padre, que es el único sostén económico de la familia, ha envejecido prematuramente debido al desgaste extra que conlleva la lucha diaria para lograr la supervivencia de cinco personas, en medio de unas condiciones sociales más que desfavorables. Puesto que el otro hermano varón —mayor que Marcos— parece condenado a morir más pronto que tarde bajo los efectos de un pinchazo letal de heroína. Y la hermana, de edad intermedia entre ambos, tampoco escapa a la desgracia de vivir limitada por una disminución síquica cercana a un cuarenta por ciento. Jovencita a la que su madre nunca pierde de vista para evitar que los mozalbetes salvajes del poblado la violen por segunda vez.

Quien conozca a Marcos dirá que es una criatura tan despierta y responsable, que, pese a sus pocos años, tiene plena conciencia de las causas originarias del precario ambiente que le rodea. Por ejemplo, cuando sus padres se disponían a intercambiar comentarios sobre las penas y miserias de cada día, él solía sentarse en una silla tan vieja y resquebrajada como los materiales que sostenían la chabola, apoyaba la cabeza en la palma de la mano y los ojos cerrados, igual que si durmiera, y orientaba los oídos a una conversación que reflejaba las dificultades crecientes del progenitor para sacar adelante a la familia.

Hasta ahora habían ido escapando gracias a la recogida y venta de objetos abandonados en las montañas de residuos sólidos de las afueras de la gran urbe, pero últimamente la competencia era feroz porque pequeñas empresas organizadas empezaban a dedicarse a la recogida de residuos reciclables, desde el papel o el cartón hasta el cristal y otros artículos metálicos convertidos en chatarra, haciendo menos rentable la penosa tarea de los buscadores que iban a su aire, ya que ahora estaban obligados a emplear más tiempo y esfuerzo para conseguir algo menos de dinero que en épocas recientes.

—Antes uno era más libre... en cierta manera —masculla el padre.
—¿Libre para qué? —es clara la decepción de la madre.
—Me refiero a que uno podría ser cualquier cosa, desempeñar cual-
quier trabajo libremente. Pero hoy no. Me refiero a eso. Ahora te piden
papeles, permisos, sí, tienes que tener permisos, necesitas exáme-
nes..., lo mismo para llevar un motociclo que para circular en burro.
Incluso cuando pides trabajar de albañil, el encargado te echa una
ojead, a ojo de buen cubero, para tratar de medirte las fuerzas... Y
ya ves tú las fuerzas que me quedarán a estas alturas de la vida...,
despues de haber batallado tanto... Por eso, lo que digo es eso:
que ahora te ponen trabas para todo... Y así no se puede vivir... Al
menos yo no puedo...

A Marcos no se le ocluataba que él significaba la única esperanza
que quedaba a los padres para ver mejorar algún día este nivel de
vida tan a ras de suelo. Cosa que su madre le recordaba a todas las
horas, aunque ella solía hacerlo a su manera, claro. Preocupándose
de que él no dejase de asistir a la escuela más cercana, de que no se
dejara influenciar por las malas compañías, de que le pidiera libros
al maestro, y siempre dispuesta a quitarse de la boca el único trozo
de pan para que él creciera alejado de la enfermedad, sin dejar de
procurar que, aunque pobremente vestido, estuviese siempre limpio
y aseado. En fin, su mayor preocupación era que Marcos progresara
recto para que no descarrilara..., que era a lo más expuesto que es-
taba y también lo más natural en el devenir diario del poblado.

Pero aún estaba algo lejano ese cambio que debía protagonizar
Marcos. Por eso, porque el futuro quedaba lejos, no quiso esperar
tanto para dar al menos una satisfacción inmediata a la familia. Y
entonces decidió traspasar el prohibitivo umbral de la Gloria.

Encendido como el primer día por la sensualidad primorosa
que irradiaba a los cuatro vientos la maravillosa obra de arte repos-
tera, una tarde se levantó del banco, entró en el establecimiento y,
aprovechando la confusión y mezcolanza originadas por el enorme
trasiego de clientes, se acercó a la tarta, la miró ganado de un arrobo
no exento de cierta reverencia, y la cogió, abrazándola con ansias
infinitas. Acto seguido enfiló la puerta de salida y emprendió el
regreso a la chabola.

La familia en pleno se hallaba en casa cuando él llegó con el
maravilloso trofeo entre las manos. Todos quedaron sorprendidos;
más bien transfigurados por la inaudita presencia de semejante dulzura hecha materia, cual bendición enviada por Dios para paliar tanta amargura.

Marcos sugiere que nadie la toque de momento. Y la coloca encima de una mesita paticoja, al tiempo que los demás van sentándose como pueden en derredor de la increíble aparición. Nadie intenta tocara porque reciben un gozo mayor entregados a admirarla; y porque también unos y otros, enervados y rendidos como niños, están disfrutando como niños del oloroso aroma que despeide.

—¿Dónde, cuándo, cómo la has encontrado? ¿Acaso la has cogido indebidamente de algún sitio?

Pero él se limita a comentar, es evidente que con ingenuo tono justiciero:

—¿Has visto, mamá? Yo siempre te dije que los tiempos algún día tendrían que cambiar...

Todavía no la han degustado y ya se observa en los presentes las primeras consecuencias benéficas de la tarta. Dicho esto porque la madre de Marcos, por ejemplo, sentada frente a la suntuosa golosina, confiesa que está notando una mejoría general en su crónica enfermedad, es de suponer que debido a los buenos efectos sicosomáticos que le produce el río fabuloso de líquido divino que forman la miel y las almendras. Pero también la hermana, contemplando la pureza blanca que desprenden los relucientes surtidores de nata, se siente igual que transportada a otra dimensión terrena, donde parece haber recobrado algo más de confianza en sí misma. Y aunque parezca un contrasentido, el que manifiesta más deseos de saborear el atractivo manjar es el hermano, sin duda porque aquellos ríos de crema tostada le resultan más apetitosos y deben ser más reconfortantes que el veneno que destila una miserable dosis de heroína. Ahora mismo, en estos instantes de desbordante alegría familiar, el único que no deja de pensar en los demás es el padre. Por eso no pierde tiempo en recordar a la familia que los vecinos también debieran tener oportunidad de degustar un trocito de tarta, al estar convencido de que puede alcanzar a todos si es troceada con buen tino y mejor predisposición.

Vista la situación desde la perspectiva opuesta, los dueños de la Gloria echaron en falta el emblema de la Sociedad del Bienestar
la misma noche de la desaparición, apenas cerraron el negocio. Ya que estaba expuesta al público para cumplir una importante misión simbólica, siendo ésta la razón de que no estuviese en venta ni tuviera precio.

Desde buena mañana, los servicios policiales se dedicaron en exclusiva a averiguar cuanto antes la identidad de los autores de la desaparición de la tarta y proceder a recuperarla. Una tarea que resultó fácil porque contó con la colaboración de gran número de ciudadanos. Los cuales, la tarde anterior, unos intranquilos y otros escandalizados, habían observado que un chaval pobretón llevaba consigo, como si la arrullara, la tarta más llamativa que habían visto jamás. Tamaña contradicción les había dejado bastante sorprendidos, toda vez que tanta majestuosidad repostería no se correspondía en absoluto con la mala pinta del pequeño. Así que, de alguna manera ellos mismos dirigieron las pesquisas de búsqueda, al punto que iban señalando a la policía, casi de esquina en esquina, la ruta seguida por la tarta: “El chaval venía por aquí; siguió por allí; torció por esta calle; enfiló por aquella, y prosiguió recto hacia aquel rumbo”.

De modo que limitándose a seguir el rastro, los vehículos policiales llegaron al poblado de las afueras y enseguida divisaron una legión de niños, mujeres y hombres, que, festivos y regocijados, ¡ya era hora!, aguardaban a la puerta de una chabola para recibir un trocito de la rica tarta.

Como era de esperar, los padres de Marcos se negaron en redondo a entregarla porque sostenían que no había sido robada. Sobre todo su madre —por cierto muy mejorada de sus achaques— era la más reacia a entregarla, al estar convencida de que había sido un regalo del Cielo. Pero esta resistencia familiar no era nada en comparación con la firme oposición que mostraban unos vecinos dispuestos a jugarse la vida en el envite, lo que hizo inviable una inmediata actuación policial.

Esta desaparición del emblema de la abundancia, a punto de ser devorado por los desarrapados de la sociedad, se ha convertido en pocas horas en una cuestión de Estado, con ramificaciones y efectos multinacionales. Pues, los rectores de la sociedad internacional temen que semejante acto de subversión, de no ser sofocado
a tiempo y de raíz, acabe socavando los pilares donde se apoya la incomparable Sociedad del Bienestar. Porque la tarta, de acuerdo con los criterios económicos que hacen pujante a la exclusiva Sociedad del Bienestar, no da ni puede alcanzar a todos.

Por consiguiente, es preciso normalizar la situación cuanto antes, máxime cuando los mercados financieros internacionales han empezado a dar señales de alarma y las bolsas de medio mundo, siempre tan sensibles..., las pobrecitas, ofrecen síntomas de que la novedosa situación está provocando un clima de peligrosa incertidumbre económica y, por ende, social. Es por ello que ya se han impartido instrucciones para que las Fuerzas Armadas, a quienes corresponde la misión sublime de proteger a toda costa el emblema intocable de nuestra adorada sociedad, actúen empleando los medios coactivos que procedan.

Poco después, una dotación militar acorazada se pone en pie de guerra para proceder al rescate de la tarta, con la orden de recuperarla intacta. Los tanques enfilan el poblado y entran arrasando los obstáculos humanos y materiales al paso, triturando algunas vidas osadas y media docena de barricadas de resistencia. Y media hora más tarde, circulando ligeros, aguerridos y triunfantes, los tanques regresan al centro de la ciudad escoltando la Tarta, que trae bien expuesta en lo alto de una torreta, aún caliente por la metralla, para que todo el mundo pueda verla reluciente e intocable. Así los miserables del mundo aprenderán que con las sagradas cuestiones económicas no se juega frivольamente. Y servirá sobre todo para que los anónimos ciudadanos sin nombre ni rostro, confortablemente guarecidos bajo el paraguas de la seguridad, puedan cantar y bailar tranquilos, recuperada la confianza en la incomparable Sociedad del Bienestar.
Érase un cazador casado

LA moral triunfante en el campo de batalla inspiraba las normas de conducta pública y privada en la España de la posguerra.

Al amparo de la nueva situación política y social, el Odón de esta historia, de familia acomodada y adicta al nuevo Régimen, no tuvo la menor dificultad —en todo caso preferencia— para conseguir plaza de ingeniero agrónomo en el Ministerio de Agricultura, al tiempo que dedicaba las tardes a explotar varias fincas rústicas familiares radicadas en la provincia de Madrid.

Cumplía veintisiete años cuando entabló una relación algo más que amistosa con Julia, cuyas familias se conocían de siempre. Y como resultado de esta relación de varios meses, mezcla de noviazgo y coqueteo, la joven quedó embarazada. Pero la sangre no llegó al río porque el deshonor familiar quedó restaurado con una boda por todo lo alto y también, tal que estaba mandado, por vía de urgencia.

Sin embargo, la conducta complaciente de Odón con el entorno social, del que formaba parte la vida rutinaria impuesta por un matrimonio entre convencional y no deseado, se rompió un día inesperado, cuando, siendo ya padre de una pequeña de seis meses, apenas llevaba un año de casado.

El caso fue que una mañana entró a desayunar en la cafetería de costumbre y se acomodó en la única butaca al pie de la barra, casualmente al lado de una joven morena y de porte elegante que, si bien no era guapa al uso, poseía un poder de atracción llamativo.
A mitad del desayuno tuvo lugar un inevitable intercambio de miradas, cada vez más insistentes porque los flujos de electricidad que ambos desprendían chocaban entre sí, atrayéndose mutuamente. La mirada intermitente y como distraída que ella desplegaba en derredor era púdorosa y tímida, en contraposición a la de Odón, algo más directa y penetrante.

"No puedo negar que tiene algo especial..., algo que no me deja indiferente...", pensaba él. Mientras, ella decía para sí: "Alienta un mensaje de ternura en la mirada, que se te queda dentro... Pero, qué mala suerte..., Remedios. Legas tarde porque lleva alianza...".

A la mañana siguiente llegaron a la cafetería al mismo tiempo, al punto que en la puerta de entrada Odón le dio preferencia de paso y la joven trató de agradarle dándole las gracias muy complacida. Por lo que no es menester decir que procuraron acomodarse juntos, al pie de la barra. Ahora era más fácil porque ¡casi se conocían! Empezaron comentando el mal tiempo que anunciaba la lluviosa mañana y terminaron hablando de los respectivos trabajos, sobre todo del de ella, que días antes había iniciado su vida laboral como secretaria en una conocida compañía aseguradora. De manera que sin quedar citados expresamente, ambos daban por sabido que al día siguiente volverían a desayunar juntos.

Una semana más tarde también compartirían la merienda en alguna cafetería de la Gran Vía, o se perdían en la oscuridad de un cine, e incluso dos semanas después ya se atrevían a dar cortos paseos al aire libre. Sin embargo, las caricias tiernas y efusivas que se brindaban no dejaban de ser la expresión de un amor furtivo y por lo tanto prohibido, al que había que mantener a escondidas.

—¡No hay derecho, Remedios! ¿Por qué tengo que cargar con la culpa de haberte conocido después de casado?
—Lo presentía..., ¿sabes? No sé por qué, siempre tuve el presentimiento de que algún día me enamoraría de un imposible...—se quejaba ella.
—Sí, claro; dadas las circunstancias es un imposible. Por eso es mejor dejarlo... ¿Para qué engañarnos? No quiero hacerte más daño dando aliento a un amor que no tiene futuro—Odón intentaba en vano resignarse ante una renuncia tan dolorosa.
Pero apenas aguantaron tres días sin verse, lo que indicaba que ya no había lugar para el olvido.

—¡Yo tampoco puedo vivir sin ti! —afirmaron los dos al unísono, en el momento del ansiado reencuentro.

—¿Sabes, Remedios? Digo yo que si la vida de por sí es un fraude de tan corta, imagínate el doble fraude que sería si uno no pudiera compartirla con la persona amada —era la primera y definitiva rebelión moral de Odón—; rebeldía que manifestaba de este modo pacífico y mediante un pensamiento al que inspiraba una absoluta melancolía.

A partir de entonces acabaron haciendo lo que los usos sociales y las leyes vigentes les obligaban, cual era tener que compartir la vida a escondidas y a tiempo parcial.

—¡Te juro por el Dios que todo lo comprende, que no te abandonoaré ningún fin de semana durante los días de mi vida!

Para ello, Odón tuvo que dar a su vida un giro lleno de riesgos. Y, luego de estudiar a fondo la situación, decidió ayudarse del deporte cinegético para hacer posible y creíble la escapada semanal del hogar conyugal. A tal fin, compró una escopeta y demás complementos para la caza menor, y recurrió a un colega del ministerio para presentárselo a Julia como supuesto compañero de aficion.

Así que, todos los viernes al atardecer, Odón terciaba la escopeta a la espalda, con la canana de cartuchos alrededor de la cintura y una mochila al hombro, además de vestido y calzado para la ocasión, y abandonaba el domicilio conyugal. Luego accedía al metro en una estación cercana, se apeaba tres estaciones más allá, caminaba otros cien metros y llegaba al piso que había comprado a Remedios, donde ella siempre esperaba impaciente. En este nido de amor —como ambos decían y así fue siempre para los dos— permanecía él hasta la tarde del domingo, en que regresaba a la vivienda oficial acompañado de un par de liebres o perdices; otras veces llevaba algún conejo o algunas palomas torcaces, incluso codornices. Dependía de la época y más tarde de la veda para cada especie, cuyos entresijos burocráticos y cronológicos llegó a dominar a la perfección.
¿Por dónde vais a estar este fin de semana? —le despedía Julia, no del todo resignada a estas escapadas tan sistemáticas como inva-
variables—, puesto que, lo mismo nevará que el sol rajara las piedras, nunca fueron suspendidas.

—Pues, mira... Yo había pensado ir por la zona de Guadalajara. Pero me ha dicho Ovidio (supuesto acompañante) que ahora hay muchas perdices en los alrededores de Toledo. Además, están en terreno libre, nada de coto cerrado. Te traeré unas cuantas. ¿Te acuerdas lo exquisitas que estaban las del año pasado?

La captura de las piezas estaba asegurada porque en un estable-
cimiento de pollería cercano al piso de Remedios, le preparaban el encargo que él o la misma Remedios solicitaban cada fin de semana.

“Para mañana, sábado, quiero unas cuantas torcaces. Y si no tienes, pues, me preparas una docena de codornices”.

Las cuales permanecían bien conservadas en el piso de Remedi-
os hasta el domingo, en que Odón regresaba al hogar convencio-
nal acompañado de dichos trofeos de caza, lo que no dejaba de ser una cumplida justificación de la ausencia.

Años más tarde, Odón y Julia trasladaron el domicilio conyugal a un piso más moderno, dotado de garaje, y lo suficientemente alejado del de Remedios. Y ya por esta época, la misma Julia, si se terciaba, se brindaba acompañar a Odón en el ascensor hasta el aparcamiento, a fin de ayudarle a bajar la escopeta o los demás complementos de caza. Pero, días antes de la Noche Buena de un sábado, y cuando ya habían transcurrido nada menos que veinte años de estas constantes salidas semanales, Julia se opuso rotundamente a que él estuviese fuera de casa un fin de semana tan señalado.

—No, Odón, este año no. No te perdonaría que volvieses a dejarme sola con las niñas, tan ilusionadas que están en cenar todos juntos.

—Por favor, Julia. Las niñas son ya dos mujeres. Además, tus pa-
dres van a venir y también tus hermanos con los hijos. Entre todos, os vais a reunir más de veinte personas. ¿Qué más da que yo no esté.

—¡No! ¡Porque yo me vería obligada a invocar la misma disculpa de siempre!
—Sí, ¿y qué? Repítelas una vez más a todos que la caza es mi vida..., así de sencillo.
—¡Qué horror! ¡Eres odioso!, ¿sabes? ¡No me separo de ti porque es algo impensable..., que si no!
—Julia, no hagas tragedias. Acepta esta afición mía..., de una vez y para siempre. Jamás he dejado de ser esposo complaciente y ejemplar de lunes a jueves. Por lo tanto, como no estoy dispuesto a conceder a la sociedad ni un día más de mi vida, advierto, lo mismo a ti que a la sociedad que me rodea, que no voy a aceptar más imposiciones ni prohibiciones...

A pesar de que Odón no pudo decirlo más claro, ella no entendió el mensaje. Sin embargo, Julia sí se dio cuenta de que el marido había hablado con una determinación tan insólita, que desde este momento sospechó que la afición de Odón a la caza era algo tan profundo y esencial que llevarle la contraria en ese sentido, aparte de vano, podía resultar contraproducente.

«Es una pasión loca la que tiene, qué queréis que haga yo —decía Julia a las amigas—. Y como ya me he acostumbrado a salir con Odón de lunes a jueves, ahora me parece lo más natural del mundo. No, si no lo justifico. Sino que soy de las que piensan que todos los hombres traen un fallo de fábrica. Y observo que el defecto que tiene el mío tampoco es de los peores...».

Pero la tarde de aquel domingo, después de más de treinta años de cacería semanal, Odón regresó de la fingida partida de caza con tres perdices hermosas, porque, como de costumbre, quería complacer a Julia en pago a la sistemática e inalterable ausencia. Julia entregó las perdices a la asistenta para que las dejase preparadas para la comida del lunes, pero al examinarlas observó que las aves habían estado congeladas muchos días, a buen seguro, durante semanas.

—Oye, Odón —inquirió Julia con aires de despiste y como quien no quiere la cosa—, ¿estás seguro de que son de los montes de Toledo?
—De pura cepa.
—Y parecen frescas..., eh.
—Y tanto. Como que fueron cobradas hoy al amanecer...
—¿Cobradas o pagadas?...
—¿Cómo dices?
—Nada, nada, lo que tú digas...

A partir de ahora, treinta años más tarde, Julia vino a sospechar que la afición cinegética del marido podía ser sólo un pretexto... Pero no cualquier pretexto, sino una cortina que debía cubrir y encubrir algo muy grande e importante, toda vez que seguía activo e insobornable desde hacía tres décadas. Y aunque todo era posible, Julia dedujo con razonable criterio que podía ser cualquier cosa menos un lío de faldas, por la sencilla razón de que un romance clandestino no soporta la erosión devastadora que supone mantenerlo, no ya erguido y lozano sino en pie, nada menos que treinta años. Y entonces, descartado lo único que tenía entidad suficiente como para provocar un cataclismo conyugal, Julia decidió no preocuparse más del asunto, puesto que, con casi sesenta años a cuestas, dos hijas, varios nietos y media docena de amigas entrañables, no podía permitirse que el ejercicio de cualquier curiosidad malsana fuese a amargarle la pacífica existencia. Y mucho menos ahora, cuando la fuerza de la costumbre había moldeado y adaptado su modus vivendi hasta tal punto, que un posible retorno de Odón a la vida conyugal del fin de semana hubiese trastocado el ritmo de su vida, acostumbrada a compartir con el ya clásico grupo de amigas, todas viudas e incondicionales, el cine, el teatro, las terrazas y las cafeterías.

La segunda discusión de cierta entidad, es decir, seria y tensa, entre Julia y Odón no tendría lugar hasta quince años más tarde, camino de los setenta y tantos años de edad. Y estuvo motivada por el aviso-advertencia de Julia para que él dejara de lado cualquier compromiso ante la boda de la nieta mayor, Carmen Dolores, a celebrar dos semanas más tarde.
—Bueno..., Julia, ya veré... Pero, ¿cuándo has dicho que se casa?
—Ya... ¿Y a qué hora?
—A las siete de la tarde.
«¡Nooo...! ¡Mira que también es casualidad...!», protestó él para sus adentros. Y luego suplicó:
La vida no da para más

—¡Por Dios, Julia! ¡No sabes cómo lo siento! ¡Créeme! ¡Pero me es imposible...! Díle que me disculpe, díselo tú, que yo no me atrevo... —sentía auténtico pesar porque Carmen Dolores era la nieta más cariñosa y zalamera.

—¡No lo digas ni en broma! ¡Ahora sí tendrás que ir, vivo o muerto, elige! ¡No, Odón, por ahí sí que no paso!

—Pero... pero... sí ella va a estar acompañada de mucha gente... y no me echará en falta... Quisiera que ella me entendiera... ¡Quisiera que creyera que me va a ser imposible...! Anda, Julia, díselo tú, que sólo tú eres capaz de convencerla... ¡Anda! ¡Por lo que más quieras!

Odón se lo pidió con tanta humildad, fervor, sinceridad y desesperación, que Julia, por primera vez en su vida, sintió una curiosidad invencible por conocer y desentrañar el misterio de esta comunión indisoluble entre Odón y la infinita afición a la caza. Por eso se prometió a sí misma que, una vez hubiera pasado este acontecimiento familiar que le absorbía el tiempo y el pensamiento, ella también iría de caza un fin de semana con él, no importaba el lugar de destino y aunque tuviese que solicitar la intervención del juzgado de guardia para convencer a Odón.

Pero aquel sábado, veinticinco, fue el primer fin de semana, en los últimos cincuenta años, que a Odón le resultó imposible acopiarse de la entereza necesaria para hacer frente a un irónico capricho del destino. Y hasta es posible que fuese la virgen de la Paloma, a punto de presidir el extraordinario evento familiar, quien aquella tarde librara a Odón de sufrir un ataque cardiaco de nefastas consecuencias.

Ocurrió cuando él llegaba a la iglesia del brazo de Remedios, acompañando a la exigua familia de su nieto Fabián. Entonces Odón fue fulminado por la intensidad de una mirada tan paralizante, que más bien parecía el resplandor cegador de un rayo. Instintivamente, hizo el amago de huir para esconderse debajo de las frías losetas de la explanada de acceso al templo, pero no pudo porque apenas a tres metros de distancia, enfrente suya, Julia lo retenía con la fuerza de una mirada cegadora. La mirada más desnuda y clara que jamás dirigió a su marido, ya que estaba animada del poder infinito que sólo confiere la magia de la revelación, de la luz, de la sabiduría.
De modo que, después de cincuenta años de casados, ahora fue la única vez que una mirada de Julia tuvo el poder mágico de retener a Odón y dejarlo clavado al pavimento, justo a las puertas del abismo. Una mirada resultante de una deflagración mental igual que proveniente de celestiales alturas, puesto que, en apenas una fracción de segundo, ella alcanzaba a comprenderlo todo…: los silencios, las medias verdades, las incógnitas y tantas interrogantes surgidas durante cincuenta años de matrimonio.

Era comprensible que Julia en principio tuviera que aferrarse al brazo de la hija mayor para mantener el equilibrio, pero luego y sin perder más tiempo se acercó a la pareja y le preguntó a Odón:
–¿Cómo se llama?
–¿Quién…, ella? Ah, sí, Remedios… Se llama Remedios –mussió él, bisbiseando como un niño cogido en una travesura.
–¿Y has tenido muchos… con ella?
–Una hija… también; sólo una. Y ese nieto…
–Quiero creer que no fue tonta…, ¿sabes? –trataba de disculparse a sí misma con una serenidad sobrehumana… Sino que, había que tener mucha imaginación…, porque han sido muchos años…
–Julia…, escucha… Yo… –Odón temblaba como un infante.
–No, cariño, no digas nada. No podemos echar el agua de la tristeza a la fiesta de la boda, que, al menos para nuestros… nietos, debiera ser una jornada llena de alegría.
–Sí, claro… Pero…, yo quisiera…
–Mira, Odón, ¿sabes lo único que voy a exigir a estas alturas? Que tu nieto haga feliz a nuestra… nieta.
–¡Claro que sí! Es que…, si no… –balbucía Odón, lo mismo que una criatura torpe e indefensa.
–Préstame atención al menos por una vez –prosiguió Julia, el tono de voz entre autoritario y suplicante– Si quieres que nuestra nieta Carmen Dolores sea feliz, dile a tu nieto Fabián que jamás, ¡pero jamás, eh!, se deje ganar de la afición a la caza… ¿De acuerdo?
–Lo que tú digas…, Julia.
Milagrosamente, no había ninguna gota de rencor en la mirada de Julia, ni, por supuesto, en las otras miradas.
El hijo predilecto

ESTA mañana caminaba enhiesto y más ágil que de costumbre, dando la impresión de que estaba dispuesto a brindar una sonrisa a todo el mundo, lo mismo a extraños que a conocidos. Y es que, sin duda acababa de recobrar aquella seguridad en sí mismo que sólo había tenido en tiempos jóvenes, cuando, recién llegado al proceloso mundo de las Bellas Artes, aspiraba a premios y recompensas, cuyas expectativas, por cierto, fueron difuminándose al paso de los años.

El caso era que, desde hacía varias horas, había recobrado actualidad en su trayectoria profesional el conocido refrán de que “nunca es tarde si la dicha es buena”. Dicho esto porque anoche mismo le había llamado el alcalde de su ciudad para darle en primicia la confirmación de que los portavoces de los distintos grupos políticos de la Corporación apoyaban la idea de forma unánime. De manera que, en virtud de la consabida ficción elaborada por las reglas de la democracia, no era el ayuntamiento como ente abstracto, no, sino todos los vecinos del municipio los que deseaban rendir un homenaje perdurable en el tiempo al renombrado pintor, orgullosos de que paseara el nombre de Samarín más allá de las fronteras regionales.

Es por ello que esta mañana decide entrar en las oficinas municipales pisando fuerte y dando los buenos días con voz cantarina, e incluso remachando el saludo cordial con ostensibles movimientos de cabeza a diestro y siniestro. Luego bordea la fila de diez personas
que aguardan pacientes frente al único mostrador de atención al público y encara a la funcionaria con una sonrisa franca.

—Sí, don Pedro, diga usted —ésta parece un centinela imperturbable.

—Hola, Yolanda, ¿qué tal? Me he acercado porque necesito un certificado…

—Ya… —le contesta secamente—. Entonces tendrá que hacer cola… ¿No ha visto usted a toda esa gente que lleva rato esperando?

—Ah, sí, claro… Por supuesto, esperaré mi turno.

El renombrado pintor se coloca debidamente a la cola de la cola, al tiempo que trata de disimular una íntima contrariedad difícilmente disimulable.

Puesto que, siendo sincero consigo mismo, él daba por hecho que esta mañana le dispensarían, tanto la empleada como el resto de conciudadanos, una atención deferente y preferente… Sin embargo, el transcurso de esta interminable hora de espera le ha permitido hacer un ejercicio de reflexión sosegado a pesar de todo, de modo que llega a la razonable deducción de que nadie debe saber nada todavía, puesto que la noticia aún no es pública sino apenas un rumor ni siquiera generalizado, de donde había que inferir que la distinción no era conocida de la gente porque todavía no tenía carácter oficial.

Al día siguiente, el pintor hace acto de presencia en la antesala del alcalde a las diez menos cinco de la mañana. Y al “Buenos días, don Pedro”, del secretario particular, aquél aclara que tiene una cita con el regidor municipal, precisándole: “Oiga, joven, es a la diez en punto, eh”.

Pero a las diez en punto llegan dos caballeros bien trajeados, con pinta de majagranzas adinerados, a quienes el secretario particular, sin más preámbulos ni dilaciones, hace pasar cortésmente al despacho del alcalde.

—Perdone, don Pedro. Pero estos señores, de no haber entrado ahora, hubiesen perdido el avión de regreso a la capital —tiene el detalle de disculparse, aunque, eso sí, sorteando con insultante indiferencia la mirada llena de reproches que le dirige el pintor.

—¿Sabe por cuánto tiempo van a estar ahí…? —inquiere don Pedro.
—Nada, nada. Cuestión de cinco minutos. Inversores turísticos extranjeros, ¿sabe usted? De quienes dicen que han dicho que tienen proyectos muy rentables para el municipio. Dios quiera que vengan a traer la riqueza que llena el estómago..., don Pedro.

“¡Animalito de Dios!”, rezonga don Pedro por lo bajo. Y a continuación, resignado, trata de anular el tedio ojeando una especie de hoja parroquial del partido político del alcalde, donde se recogen los logros y milagros del equipo del gobierno municipal en los seis meses últimos; hoja que, por cierto, es de obligada lectura porque no hay otra distracción a mano.

Media hora más tarde salen los dos especuladores. Y entonces el secretario particular, cumpliendo instrucciones, da preferencia de paso a dos señoritas maduras que acaban de llegar, de elegantes ademanes y muy peripuestas y dispuestas.

—No se incomode usted que es un minuto nada más. Es un compromiso del señor alcalde, ¿sabe usted? Es que, estas dos señoritas que usted ha visto representan a una familia muy importante..., bueno, muy numerosa. Hay que tener en cuenta que las dos “controlan” casi ochenta votos, entre hijos, hermanos, sobrinos, primos y demás parentela. Y esos ochenta votos, que siempre han sido para nosotros..., suponen nada menos que un concejal... —susurra, cual mercachiflén malicioso, a los oídos del relegado pintor.

“Vaya, vaya... ¿Alguien sabría decirme dónde coño está esa predilección... que dicen tenerme?” —masculla para sí.

Y es que, lo que ahora mismo sufre el pintor no es un enfado colérico sino un profundo y ya irreversible desencanto.

Por fin, con una hora de retraso sobre el horario previsto, el laureado pintor es recibido por el alcalde.

—Disculpe que le haya hecho esperar un poquito..., pero, primero es lo primero..., usted ya me entiende, don Pedro.

—Sí, uno debiera entender menos... —es notoria la amplia mueca de contrariedad en el rostro del pintor.

—Vamos, lo que quiero decir es que la política es muy puñetera... y hay que estar en todo...

—Ya le digo que estoy curado de espantos... En el sentido de que, a mi edad, uno ya sabe de sobra que hasta lo más sublime
es arrinconado sin el menor sonrojo en beneficio de lo más vul
gar…

El alcalde no se da por enterado de esta severa y cortante re
flexión del artista, o, en todo caso, le ha prestado la atención del
que oye llover sobre mojado. Puesto que el alcalde tiene prisa y
quiere ir cuanto antes a lo suyo… Y lo suyo, sí, lo del alcalde, es
en este caso el homenaje que el Ayuntamiento de Samarín pretende
tributar al afamado pintor. Por tanto, le adelanta que ha convocado
un pleno municipal para dentro de dos días, donde será ratificado el
nombramiento como Hijo Predilecto. De modo que es conveniente
ir perfilando ya el programa de actos a celebrar con motivo del
magnífico acontecimiento, principalmente qué día de la semana
le parece más idóneo al homenajeado para procurar una asistencia
masiva de los medios de comunicación, sobre todo los de la capital
de la provincia.

El alcalde no sospecha ni por asomo que el ánimo del artista ha
ido cambiando como por milagro en las últimas horas y minutos.
Y que en este nuevo estado de conciencia predomina ahora mismo
una sensación de absoluta indiferencia ante esta propuesta oficial.

“A cierta edad, alcanzar la virtud de estar por encima de la
propia vanidad y, por ende, de pretenciosos y artificiales reconoci-
mientos públicos, es más fácil de lo que parece. Basta que el artista
piense que sólo se debe a su Obra”.

Era evidente que esta reflexión del artista estaba acompañada
también de una sensación llena de clarividencia.

No obstante, el pintor entendía que la negativa a estas alturas de-
bía ser suave, sin herir demasiado el ego desmesurado del alcalde,
y por ello había que ingeniárselas para salir lo más airoso posible
de esta situación.

—Verá…, alcalde. He meditado mucho en las últimas horas y he
llegado a la conclusión de que es preferible dejar las cosas como
están…., sinceramente.

El edil no puede evitar un respingo de sorpresa ante la inaudita
negativa, del todo incomprensible para él.

—No entiendo…., don Pedro. Reconozco que soy incapaz de
entender esta frialdad suya, sobrevenida de ahora para después.
Realmente creí que usted me iba a dar un abrazo de alegría al entrar por esa puerta.

Luego de una pausa incómoda para ambas partes, el alcalde insiste en mostrarse persuasivo:

—No me diga usted que no le hace una ilusión infinita este nombramiento, del todo merecido sin duda. Y que debiera ser un honor in-con-men-su-ra-ble, no sólo para usted sino también para su familia.

—Vamos a ver, señor alcalde. ¿El tal nombramiento me reportaría en el futuro alguna ventajilla... sobre el resto de mis conciudadanos, sí, sobre todos esos pobrecillos que van a seguir siendo hijos normales a secas...?

—Ah..., ya...; ahora sí le entiendo... ¡Claro que sí, don Pedro! Este nombramiento comporta que de ahora en adelante usted sea reconocido como el primer hijo ilustre de nuestro municipio. ¡Faltaría más! Porque lo de Hijo Predilecto, así, con mayúsculas, es la suprema recompensa moral que una persona puede recibir de su Pueblo, dicho también con mayúsculas.

—No, no era eso... Sino que, si partimos de la idea de que el término “predilecto” significa preferido, y el preferido debiera serlo bien por cariño o por un afecto especial..., quiero creer que semejante distinción sería entonces una especie de trato preferencial con el que se distingue a una persona entre otras.

—Por supuesto. Y ésa es la filosofía de la distinción que queremos otorgarle.

—En tal caso, ¿quiere usted decírmelo qué preferencias me va a otorgar la condición de Hijo Predilecto en relación con el resto de conciudadanos? Por ejemplo...

—Sí, diga, diga...

—Si tenemos en cuenta que yo sería, así, como suena, un ciudadano especial..., ¿tal cualidad haría factible que cuando yo solicitase una licencia para construirme esa casita propia que aún no tengo, la Corporación de su digna presidencia tendría a bien hacerme una rebaja, también especial..., de las tasas a pagar?

—Eso sería imposible, don Pedro. Estaríamos cometiendo un delito..., comprenda usted.
—Bueno, bien. Pero, y si un agente municipal me pone una multa por estacionar aquí o allá, en esos momentos de apuro en que es misión imposible encontrar un hueco libre, ¿estaría yo obligado a pagar la multa?
—Naturalmente..., don Pedro. Es que me está poniendo las cosas muy difíciles, eh.
—Entonces, es obvio que también tendré que seguir abonando el impuesto municipal del vehículo, y por la misma regla de tres tampoco estaré dispensado de pagar la tasa por la recogida de la basura, ni el impuesto de esto y de lo otro.
—Por favor. Póngame las cosas más fáciles... Porque el homenaje de nuestro ayuntamiento es del todo sincero..., créame.
—De acuerdo. Voy a ponérselas facilitas. Ahí va mi última condición: cuando yo acuda a las oficinas municipales a pagar sin rebaja algún impuesto, tasa o multa, o a pedir algún documento de necesidad obligada, ¿estará exento de guardar esas inmensas colas que suelen formarse delante del mostrador de atención al público?
—Pues..., qué quiere usted que le diga... —el alcalde ya suaba a mares, más que incómodo, igual que metido en una absurda ratonera.
—Es muy sencillo. Diga usted sí o no.
—¡Por el amor de Dios! Comprenda usted que, en ese supuesto, se plantearía a este alcalde una situación anómala y nada deseable... Es decir, daríamos lugar a que se formara en la ciudad un estado de opinión negativo e impopular, pues aquí y allá aflorarían comentarios despectivos e insultantes, dirigidos también hacia su persona, y no habría modo de parar las protestas en voz alta, y la oposición capitalizaría las probables manifestaciones públicas de agravio, y no faltaría quien denunciara a los medios una situación de desigualdad escandalosa, invocando el demagógico argumento del agravio comparativo..., y...
—Basta, basta..., señor alcalde. Si tal ha de ser el panorama, no merece la pena, en absoluto. Que el sagrado pueblo se ahorre los gastos y los fastos. Porque, si voy a estar obligado a pagar íntegramente los impuestos y tasas municipales, y si va a continuar siendo tarea imposible para mí acceder al despacho de cualquier concejal,
y si me conminan a abonar multas a destajo, y si tampoco me veré libre de hacer colas interminables en las dependencias municipales por temor a las posibles protestas de agravio de los quisquillosos vecinos, ¿acaso sería yo un Hijo Predilecto? ¡Nooo, qué va, señor alcalde! ¡Yo seguiría siendo un simple Hijo de P...adre y madre, como el resto de mis conciudadanos!
"Que nadie la despierte todavía"

»—… POR consiguiente, ambos aceptan y se obligan de modo soli-
dario a devolver el dinero en un plazo de doscientos cuarenta meses. 
»—No, no; nosotros tratamos con el banco que lo haríamos en 
veinte años.
»—Es lo mismo, señora —ratifica el notario.
»—Ah, bueno..., lo que usted diga —asienten Teresa y Vicente, 
que aún muestran una actitud de serena esperanza en los semblan-
tes, y que, con una inocencia de niños, dicen al mismo tiempo: 
¿Dónde tenemos que firmar?
»—No, paciencia, que apenas hemos empezado... Así que, pro-
sigo leyendo... Bien. Los deudores devolverán el capital prestado, 
junto con los intereses devengados, de acuerdo con la formulación 
matemática que a continuación voy a reseñar...
»—No hace falta, señor notario. Como Vicente y yo no entende-
mos de cosas enrevesadas..., usted nos dice dónde hay que firmar 
y ya está.
»—Es cuestión de procedimiento, señora —dice el fedatario, 
añadiendo: —Tengan en cuenta que la cuota mensual del capital e 
intereses será de seisientos euros. Y cuando no fuese posible la 
elaboración del Euribor, se aplicará con carácter excepcional un 
interés sustitutivo...
»—Y eso qué es?, —pregunta Teresa al marido, apenas con la 
mirada. Y éste, también con otra mirada, le contesta—: Me parece a 
mí que esto no fue lo que hablamos con el banco".
«A partir de entonces, Teresa y Vicente empiezan a sentir un temor creciente ante lo que presagia vecinarse. Es más, Vicente abriga cierto pánico ante unas obligaciones, para él encubiertas hasta ahora, que comienzan a aflorar con palabras que le resultan indescifrables».

»—Y si el tipo de interés propuesto por el banco no fuese aceptado por la parte prestataria, es decir, por usted y esposa, el contrato quedará resuelto automáticamente, siendo exigible entonces el capital pendiente con todos sus intereses…

«¡Oh, Dios, en qué lío estoy metiendo a mi familia!», reflexiona Vicente por un instante.

»—Ahora bien, ya sea el tipo de interés ordinario, ya sea el sustitutivo, el tipo nominal se aplicará con un mínimo de un cinco por ciento anual.

»—¿Ha dicho usted el mínimo? Pero, entonces, ¿cuál podría ser el máximo? —se atreve a preguntar Vicente.

»—Ese extremo no puede concretarlo el banco de antemano y por sí mismo, sino que depende de otros parámetros, o sea, de variables económicas impuestas por factores exógenos…

»—¿Exógenos?...Bueno..., nosotros hemos venido a firmar lo que hemos hablado del préstamo, y ya está —murmura Teresa, cuyas palabras quieren ser algo así como un mensaje de tranquilidad, más propiamente de resignación, dirigido a Vicente.

»—Prosigo. Los intereses se devengarán mensualmente, en base y con arreglo a la siguiente fórmula de cálculo…

»—Aguarde un momento, señor notario. Tenga usted en cuenta que mi marido y yo no entendemos de palabras complicadas, sino que, como necesitábamos un dinero para comprar un pisito, no importa que sea pequeño, ¿sabe usted?, porque más que nada lo hacemos por los niños, pues, pedimos un dinero al banco, al cinco por ciento durante veinte años. Y ya está.

»—Claro que sí. Y mi cometido es dar fe de todo ello. No se preocupe usted que todo saldrá bien.

»—Señora, permita al notario que culmine una operación la mar de rutinaria..., que la hacen miles de personas todos los días, y déjese de pensar en brujas, por favor —intenta tranquilizarla el apoderado bancario, a su derecha.
«A continuación el notario les pregunta si entienden lo del “diferencial de intereses”. Y Vicente le dice que sí. Dice que sí porque no quiere ponerse pesado y como reacciona a firmar, pues teme, sobre todo por una ilusionada Teresa, que el apoderado del banco se arrepienta y desista de firmar la operación, ante lo que parecen continuas trabas y preguntas desconfiadas».

«—Bien. Les ruego la máxima atención porque ahora toca el capítulo de las comisiones… — advierte el notario.

«A medida que el fedatario público va relatando la letanía de comisiones bancarias, a Vicente le invade un agobio síquico inmenso, contenido en una sensación de catástrofe familiar de carácter inminente. Por ello hace intentos de levantarse sólo para respirar mejor, ya que es muy escaso el aire que ahora llega a sus pulmones, pero Teresa, siempre al quite, le da con la punta del zapato en un tobillo para que no lo haga, no vayan a pensar que intentan dar la espantada. Y es que, a Vicente le resulta insoportable tener que oír que les cobrarán una comisión por la apertura inicial, y otra comisión por cualquier modificación de las condiciones, y otra por no sé qué de una posible subrogación, y otra por recibo impagado, y hasta en el supuesto milagroso de que Vicente se hiciera con el gordo de la lotería el mes entrante y se atreviera a cancelar la hipoteca, deberá pagar una comisión de penalización por pronto pago. Y gastos por aquí y gastos por allá».

«¿Has oído bien? — le dice Teresa a Vicente por lo bajito, ya que no quiere ofender a nadie—. De esos noventa mil euros del préstamo, digo yo que al menos nos darán ochenta mil…».

«—Señores, o lo toman o lo dejan, que aún están a tiempo. Pero no estoy dispuesto a seguir escuchando murmullos de desconfianza —era de esperar que el apoderado bancario acabara molestándose. —No se incomode usted — trata de apaciguarlo el notario—. Pien-——se que es natural que ellos muestren temor ante lo desconocido…

«—Es que me está dando la impresión de que estas personas sospechan que mi banco pretende estafarlos.

«—No, eso sí que no. Yo sé que hoy en día estas estafas que usted dice son legales… Bueno, quiero decir que desde hoy este banco también es mío y no voy a enturbiar su buena imagen, faltaría más
—replica Vicente con sarcasmo, el cual no sólo parece resignado al “o lo toma o lo deja”, sino que está un tanto así de satisfecho porque confía en que ya se debe haber puesto fin a la retahíla de cargas, descuentos y comisiones, de las que se maliciaba no eran más que recortes y tajadas extras al dinerito que esperaba recibir para comprar el piso.

—Ejem… Sigamos avanzando… Es importante —aclara el notario— que los prestatarios tengan muy presente el apartado de intereses moratorios…

—Sí, por supuesto que sí —quiere dejar bien sentado Teresa, tratando de concluirse con el apoderado—. Tenemos muy en cuenta lo de los intereses, faltaría más. Puede usted estar tranquilo, que Vicente y yo no hemos olvidado que es el cinco por ciento anual. Así que, no lea usted más, señor notario.

—No, no —matiza el notario—. Ahora me estoy refiriendo a los otros..., a los intereses de los débitos vencidos y no abonados.

—Por favor, tendrán que perdonarme otra vez, qué quiere que les diga, pero no entiendo —tartamudea Teresa—. Sí, sí, déjanme, aclárénselo, porque yo creía que habíamos dejado cerrado... lo de los intereses.

«Vicente sí lo entendía, o, más que entender, lo intuía... Por eso empieza a temblar sin disimulo mientras siente que un nudo así de grande le oprima la garganta, y acto seguido rompe a sudar como deben hacerlo las reses camino del matadero. Sin poder sustraerse a la idea de catástrofe familiar que se produciría ante cualquier imprevisto debido a una enfermedad prolongada o a una baja laboral ocasionada por uno de esos despidos —más fáciles y frecuentes cuando rebasases los cuarenta años—, que suelen traer aparejadas las clásicas crisis empresariales provocadas por las cíclicas depresiones económicas».

—Es mi deber explicarles que lo anterior significa que los débitos vencidos y no abonados devengarán un interés de demora de un veinte por ciento anual. Ah, y, ¡jojo!, sin necesidad de requerimiento alguno.

«Vicente no soporta más presión y rompe a llorar como un niño asustado, al tiempo que suplica: ‘¡No, señor notario, no siga usted
leyendo que ahora mismo me voy de aquí! ¡Venga, Teresa, salga- mos cuanto antes! ¡No, mujer, no me digas ni insistas más, que lo tengo más que decidido!”».

»–Es inaudita la desconfianza de este hombre! ¡Prefieres vivir en el monte como las alimañas! –masculla el apoderado.

»–¡Vicente, tienes que recapacitar! –Teresa llora y suplica–. ¡Que sí, Vicente, que hay que firmar aunque nos cueste la vida!

»–¡Piénsalo mejor, Teresa! ¡Esa hipoteca va a significar una condena de veinte años y un día! ¿No te das cuenta de que si yo gano mil doscientos euros al mes pero debo pagar seiscientos, ja-más podríamos hacer frente, si viniesen mal dadas, que llegarán, seguro que llegarán, a los intereses de los intereses? ¿Qué pasaría entonces, Teresa? ¿Sabes qué? ¡La catástrofe! ¡El impacto de un asteroide bancario sobre nuestra familia!

»–Pero, alma de cántaro, ¿quién se lo iba a poner más barato? –argumenta el apoderado.

»–¡Convénzalo usted, señor notario! ¡Siga hablándole a Vicente, señor apoderado! ¡Hagan que firme! ¡Lo pido por mis dos niños!

»–¡No te pongas pesada que no firmo!

»–¡No pienses en ti, sino en nuestros hijos!

»–¡Lo hago por ellos, precisamente! ¡Para que no corran el ries- go cierto de que tengan que morirse de hambre! ¿No te das cuenta, Teresa?

»–¡Si no firmas, me iré con los dos niños por el mundo y no nos encontrarás jamás!

«En estos instantes críticos, cuando los presentes conminan a Vicente a que firme una rendición incondicional, éste escuchó que propinaban un recio puntapié a la puerta del despacho notarial y entra- ban dos policías. Justo ya estaba él con el bolígrafo en la mano, derrotado y dispuesto a firmar un estado de esclavitud que en las mejores condiciones duraría no menos de veinte años».

»–¡Alto! ¡Queda usted detenido! –advierte uno de los policías al apoderado bancario.

»–¡Oiga, yo represento al banco más importante de este país!

»–¡Aquí se está cometiendo un delito de coacciones y otro de estafa! ¡Ponle las esposas al del banco! –ordena un policía
al compañero. Y luego ordena al notario: ¡Rompa usted esos papeles!

»—¿Estás viendo, Teresa? ¿Te das cuenta de que yo tengo ra-
ión?

»—Respire, Vicente, que esto ya no tiene validez —oye al notario tranquilizándole.

»—¡Por fin la salvación! ¡La salvación! —grita Vicente, loco de
contenido—. ¡No me lo puedo creer!

»—Dé gracias a que hemos actuado a tiempo. ¡Puede marcharse
de aquí! ¡Queda usted liberado! —le dice un policía.

»—¡Liberado! ¡Ya estoy liberado! ¡Os lo agradeceré toda la vida!
—sigue gritando un exultante Vicente, al tiempo que se hinca de
rodillas delante de sus libertadores, dándoles las gracias una y otra
vez, sin dejar de gritar—: ¡Libre, libre, por fin estoy libre!

—¿Qué haces? ¿Qué te pasa? —el “Caracortada”, compañero de
celda de Vicente, le da un golpe con la mano en un hombro y
entonces éste consigue despertar. Vicente había caído del jergón
al suelo impulsado por un arrebato de alegría cuando gritaba—:
“¡Libre, libre”.

Luego mira despavorido hacia el lúgubre techo de la celda y
rompe a llorar en silencio, desconsoladamente.

—No me negarás que soñabas con la libertad. ¡Joder cómo gri-
tabas, igual que loco de alegría! —añadiendo el “Caracortada”, el
cual, por cierto, cumplía condena por homicidio—: No te preocupes,
ya que estos ataques de locura..., porque no son otra cosa, suelen
ocurrir a menudo pero sólo al principio, nada más que durante los
primeros meses de encierro.

»—Le prometo, señor presidente, que mi marido no es culpa-
ble...

»—¿Ah, no?

»—Bueno, quiero decir que Vicente no es un delincuente. Hoy,
aquí, habría que juzgar a otros señorones encopetados..., no a él.

»—Al grano, vamos al grano —le pide el fiscal a Teresa—. ¿Acaso
estaba usted presente el día que él atracó el banco?
—Oiga, por favor, pido un mínimo de respeto para Vicente. Que no hay que ser muy despabilado para saber quién atracó a quién —protesta Teresa.

—Pero, vamos a ver, ¿qué sabe usted del asunto? —la interroga el presidente.

—Lo sé todo... Pero, si fui yo quien animó a Vicente, la que le dio la idea—solución. Porque mi familia ya no vivía siquiera en el purgatorio, señor presidente, sino en el infierno. ¿Sabe usted lo que pretendía el banco? ¡Una salvajada! Pretendían cobramos hasta por respirar. Por eso ya nos moríamos en casa igual que faltos de aire...

—Este tribunal hará todos los esfuerzos para comprenderla. Así que, explíquese mejor —vuelve a decirle el presidente.

—Fue todo muy sencillo... y adecuado también, claro que sí. —prosigue Teresa—. Vicente y yo queríamos pagar. Lo demuestra el hecho de que estuvimos haciendo frente a la elevada cuota mensual durante mucho tiempo. ¡Diez años!, que se dice pronto. Diez años pagando mes a mes, puntual, religiosamente. Hasta que llegó un momento difícil en que, debido a las muchísimas dificultades laborales, no podíamos salir adelante con tantas obligaciones a nuestras espaldas. Porque, si comíamos lo justo para sobrevivir, no podíamos pagar al banco. Así que, después de un año de impago, comprobamos con una angustia que nadie puede imaginar, que íbamos a perder todo lo pagado hasta ahora y también el modesto pisito. ¡El único refugio de la familia! Y es que, después de un año de impago, el banco nos reclamaba en concepto de principal, de intereses del principal, de intereses de los intereses, junto a unas sabrosas costas judiciales, digo que, nos reclamaba ¡una cantidad casi tan grande como la de la deuda original! ¡Y eso que habíamos estado pagando diez años!

«Teresa observó muy esperanzada que los tres jueces del tribunal intercambiaron unas rápidas miradas llenas de asombro y que luego las elevaron, ahora con destellos de indignación, en dirección a la superficie pálida y fría del techo de la sala».

—¿Qué podíamos hacer entonces si el banco ya había solicitado la ejecución judicial de la hipoteca? Sólo era cuestión de semanas
el vernos arramblados bajo un puente con los dos niños. Ni eso. Porque estuve indagando y había que hacer cola para conseguir plaza en uno de estos recovecos urbanos, en los que, además, resultaba imposible encontrar cobijo para un grupo familiar de cuatro personas. Y como quiero y debo ser sincera, repito que fui yo la que encontró la idea-solución. Apenas se la expuse a mi marido, y como el tiempo apremiaba, nos encaminamos sin más dudas ni vacilaciones en dirección a una sucursal del banco. Vicente caminaba delante y yo detrás, pisándole los talones. Íbamos encorajinados porque nos habíamos enterado que el banco negociaba la venta de nuestra vivienda a una tercera persona. Por eso era natural que Vicente entrase ligero en las dependencias bancarias. Y que luego, impulsado por una desesperación que no tenía freno ni medida, se acercara a la ventanilla del público pidiendo la vez porque tenía una urgencia que no admitía demora. Ah, y antes de seguir relatando, quiero hacer constar que el empleado de la ventanilla mintió al declarar en el juzgado que Vicente le había mirado con cara de mala leche y amenazándole con una mirada extraviada, ya que no es cierto. Vicente llevaba la cara desencajada, sí, pero ya he dicho que era debido a que una desesperación muy honda le martirizaba y no lo dejaba vivir. Bueno, pues, cuando quedó a solas frente al empleado, Vicente le habló ayudándose de una voz ronca y como moribunda, una voz que ya no era suya, una voz que procedía de las cavernas del infierno en que estábamos hundidos y atrapados. Limitándose a decírle: “Quiero que metas ahora mismo en esta bolsa varios fajos de billetes por importe de setenta mil euros. Atención: ni uno más, pero ni uno menos tampoco”. Vea usted, señor presidente, que le pidió lo justo. Porque antes de nada he debido aclarar que aquel préstamo de noventa mil euros, del que habíamos pagado ya cuarenta y cinco mil, aparte los intereses, se había convertido en el transcurso de un año de morosidad, sumando principal, intereses, los diabólicos intereses de los intereses, junto a unas desorbitadas costas judiciales, ¡en una deuda de setenta mil euros!

»—A lo que se ve, usted se está convirtiendo en un valioso testigo de cargo contra su marido —murmuró el fiscal, sin querer reprimir una ancha sonrisa de triunfo.
—Prosiga usted relatando... —le pidió el presidente
—Bien. Entonces mi marido cogió la bolsa con el dinero y se acercó a un despacho, unos metros más allá, donde sólo reciben a los clientes de categoría económica, y le explicó al encargado que le atendió: “Oiga, en esta bolsa hay setenta mil euros. Recójala usted. Es la cantidad exacta que, según las cuentas que ustedes han hecho, sigue adeudando a este banco un tal Vicente Manises. Ah, es muy importante que usted sepa que aquí está incluido el importe de las costas judiciales. Por lo tanto, ya pueden borrar al señor Manises de la lista negra de morosos. Ah, y dígale al mismo presidente de este banco que no sigan jodiendo más al tal Vicente, ¡por el amor de Dios! Que él y su familia tienen derecho a vivir en paz el resto de sus días.” Y cuando salíamos por la puerta principal, caminando ligeros porque nos habíamos quitado de encima aquella losa criminal tan pesada, mi marido fue abordado de mala manera por dos policías. Y preso está todavía. Por eso no ha podido venir...

—Sólico que conste en acta, a los efectos de una posible responsabilidad civil de mi defendido, que el susodicho empleado recogió todo el dinero, los setenta mil euros adeudados, ni uno menos —intervino el abogado defensor, sin duda con mucho tino.

—Sí, que conste; hágalo constar en acta —ordenó el presidente.

«A continuación tuvo lugar el correspondiente informe de las partes. El fiscal solicitó una pena de diez años de reclusión, los setenta mil euros de indemnización, más las costas del juicio. Y el defensor pidió la libre absolución de Vicente, con todos los pronunciamientos legales favorables, en base al argumento irrefutable de que el que roba a un ladrón debe tener, si no cien años, al menos diez años de perdón».

«El tribunal no necesitó deliberar para dictar sobre la marcha una sentencia in voce».

—... Por consiguiente, mediante la presente sentencia, decretamos la libre absolución de don Vicente Manises, sin que exista posibilidad de ulterior apelación. Porque es hora ya de que en el funcionamiento normativo y jurídico de las sociedades civilizadas,
el sentido de lo Justo esté por encima de las partidarias coyunturas legales de cada momento histórico. Y así lo ordenamos.

En esos instantes culminantes, Teresa Muñiz se sentía tan liviana como una pluma al viento. Y aunque era ya la alta mañana, pudiera sospechase que el subconsciente de Teresa trataba de protegerla con el manto del sueño y del ensueño, precisamente porque era el único recurso que le quedaba para ver retrasar todo lo posible el advenimiento del amargo día que habría de esperarle junto a los dos hijos de once y doce años. A ella le sonríe el rostro, bañado de un aura de paz y de serenidad. ¡Por fin se había hecho Justicia! Por eso en aquel sufrido semblante se había condensado por unos minutos esa porción escasa de felicidad residual que sólo anida en algunos hogares modestos de este mundo. Y tan así debía ser, que al secretario del juzgado –al frente de la comisión judicial que iba a proceder sin más trámites al desahucio de la modesta vivienda– le dio tanta pena, que no se atrevió a despertarla, ordenando:
–No, no, aún no. ¡Que nadie la despierte todavía!

NOTA: Este relato quedó finalista en el concurso internacional de cuentos “MAX AUB”, en la convocatoria de 2006.
Este amor venía de muy lejos

NO era un tipo extravagante, claro que no, sino que tenía la rara costumbre de interesarse por esa clase de fenómenos que permanecen ocultos detrás de la simple realidad física que vemos y palpamos.

Ni en su propia casa alcanzaban a entender algunas imprevistas reacciones y otras extrañas vivencias que decía experimentar.

–Mamá…
–Dime, Carlos.
–Pensarás que estoy como un cencerro si te digo que tengo la impresión de haber estado en Nueva York hace mucho tiempo…
–Bueno, sí, una vez estuviste a punto de ir…
–¿Y eso?…
–Tú padre y yo planeamos un viaje cuando todavía estaba embarazada de ti, pero las circunstancias han ido posponiéndolo de un año para otro. Sin embargo, quiero creer que sigue siendo una visita pendiente… –sonrió con cierto aire de melancolía.
–Es curioso… Oye, ¿y por qué nunca me lo habías contado?
–Yo qué sé… Será porque nunca ha venido a cuento. Si te digo la verdad, siempre he deseado conocer esa ciudad. Es como si algo, si una fuerza misteriosa me empujara, desde niña, a conocer ese lugar…

Carlos no dijo más. Dio media vuelta y salió a la calle, necesitado más que nunca de seguir reflexionando a cielo abierto. Ya que esta novedosa confesión materna era el colmo de una intriga que agrandaba el misterio.
«¿Qué fuerza oculta llevaba a su madre y a él a experimentar el mismo deseo, tal vez la misma necesidad, de “reencontrarse de nuevo” con Nueva York?», pensaba Carlos.

Y es que, desde hacía varios años, él abrigaba la sospecha de que había vivido en esta ciudad siglos atrás. Era una insinuación de la memoria, más bien una constatación, toda vez que en más de una ocasión habían aflorado a su mente retazos borrosos de ciertas vivencias, de ciertas experiencias tenidas por él en Nueva York, allá por los albores del mil setecientos. Pero no quiere manifestarlo así, sin dar otras explicaciones, porque entonces lo tacharían de loco o, lo que sería peor, de cómico incorregible.

Carlos ha llegado a tener la impresión –sensaciones oscurecidas por densas brumas mentales– de que él era un niño de pocos años cuando llegó a esta ciudad en compañía de sus padres (no recuerda si con hermanos ni de dónde procedía la familia) en un barco velero atestado de emigrantes. Estas puntuales regresiones súbitas apenas le permiten revivir imágenes, muy desvaidas, de algunas secuencias de una vida que transcurrió en una casita terrera ubicada no muy lejos de un río, a veces cree que con una fachada enladrillada de color marrón, rodeada de un pequeño jardín de sazonada tierra, donde crecían muchas plantas de varios tamaños y colores. Y cuyo lugar más o menos exacto –examinado con detenimiento el mapa actual de la ciudad– debió haber estado en el sitio donde se levanta el edificio de las Naciones Unidas. Y ahí se esfuman esas vivencias o sensaciones.

Y de otra parte, Carlos también conserva ciertas ráfagas de sensaciones en relación con el puerto de Buenos Aires, quizá un siglo más tarde. Es decir, guarda la impresión fugaz de estar apoyado en la borda de la cubierta de un barco haciendo entrada en dicho puerto. En este caso ya era adulto, aunque joven. Y sospecha que luego echó a andar por la zona portuaria hacía dentro de la ciudad. Pero no recuerda nada más.

En principio, no dejó de considerar la posibilidad de que en tiempos pasados estuviese encarnado en la persona de uno de esos miles de niños emigrantes que a principios del setecientos llegaron a Nueva York procedentes de Europa. Y que reencarnado en
otro emigrante llegara a Buenos Aires un siglo más tarde. Pero el hecho de que también su madre sintiera una “curiosidad especial” por conocer Nueva York, lo mismo que si ella tuviese una especie de necesidad vital de “reconstruirse” con esta ciudad, hizo que él desistiera de la posibilidad de la reencarnación; fenómeno éste al que, por otra parte, Carlos nunca le encontró una razón de existir con un mínimo de fundamento y solidez.

Por lo que, después de muchas consideraciones y reflexiones, llegó a la conclusión siguiente:

«Es un hecho científico incontrovertible que los caracteres físicos de los seres vivos se transmiten genéticamente, tal el color de la piel, o el tamaño de la nariz, o el color de los ojos, o cualesquiera otros. Siendo así, ¿por qué no va a poder transmitirse, incluso de generación en generación, determinados rasgos sísticos, tales como las emociones, las sensaciones o un conjunto de vivencias elaboradas por el cerebro de una persona tres siglos atrás?».

Sin ir más lejos, la madre de Carlos tenía la costumbre de interrogersse en voz alta sobre la belleza de las manos de su hija Beatriz, en el sentido de que ningún miembro conocido de la familia, hasta donde llegaba la memoria, había poseído unas manos tan estilizadas y elegantes.

«He ahí una prueba irrefutable –elucubraba Carlos–. Porque, ¿quién es capaz de negar que las manos de mi hermana son “herencia” de una tatarabuela fallecida hace ciento cincuenta años? Y, por la misma regla de tres, ¿por qué Beatriz, aparte del detalle físico de las manos, no pudo haber heredado de esa tatarabuela una impresión concreta, una emoción especial o una determinada vivencia experimentada por dicho antepasado en un momento de su vida?».

Pero Carlos también sabía que la dificultad probatoria estaba en que no se disponía de la presencia de la tatarabuela para poder comprobarlo. Y por lo tanto faltaba el “referente personal de contraste”, para transformar en certeza lo que sólo era una mera posibilidad. De todos modos, él quiso contrastar la viabilidad de estas consideraciones frente a la opinión de un eminentente profesor de Filosofía, el cual, valorando las reflexiones de Carlos y después de un extenso diálogo, no se atrevió a tacharlas de disparatadas.
—Entiendo, profesor, que si yo, por ejemplo, digo que estoy disgustado con una determinada persona, o enamorado de Fulanita, esta expresión puede llegar a formar parte de la memoria colectiva porque es un dato que puede ser transmitido de modo indirecto, de una persona a otra distinta. En cambio si sólo lo pienso o lo siento, entonces estoy en condiciones de transmitírselo nada más que a mis descendientes y por vía genética únicamente.

—No considero imposible ni siquiera descabellado lo que dices.

—Por eso estoy en disposición de creer que si soy asaltado de repente por una ráfaga emocional que exprese un sentimiento o una vivencia que ha tenido lugar hace equis años, aún cuando yo no había nacido, bien pudiera ser la vivencia personal de un antepasado, en condiciones de transmitirse de generación en generación como un rasgo sísquico, sencillamente en virtud de las leyes mendelianas.

—Pudiera ser —asintió el profesor—. Pudiera ser que esta experiencia haya quedado impresa en el cerebro de cualquier descendiente hasta que se hace presente en la memoria o en la conciencia individual, sin que sepamos por qué se activa en un sujeto y no en otro, o en un momento y no en otro. No obstante, la dificultad es triba en saber qué ascendiente fue el primer causante de semejante sentimiento o impresión.

De manera que Carlos, al haber reforzado la confianza o la credibilidad en sus apreciaciones, quiso ser todavía más audaz en el alcance de sus reflexiones:

«Vaya, vaya... Siendo así, entra dentro de lo posible que exista una especie de energía consciente..., capaz de transmitirse de persona a persona a través del espacio y del tiempo. Entonces, si esa energía pudiera ser dirigida y canalizada, ¿qué revolución más grande en la Historia de la Humanidad!».

Precisamente aquel mediodía, cuando dejó atrás la Facultad, Carlos decidió cambiar el itinerario de costumbre al regresar a casa. Era como si una fuerza interior desconocida le llevara, igual que de la mano, a dar un paseo por la avenida más concurrida de la ciudad. Y mientras iba de camino, otro impulso mental, sobre-
venido de pronto, le hizo detenerse en una bocacalle y cruzar un paso de peatones, en dirección a la avenida marítima. Pero cuando estaba a punto de culminar el trayecto del paso de peatones, se encontró de frente con una joven que venía en sentido contrario. Ésta hizo intentos de frenar, como si quisiera decirle algo, pero siguió caminando unos pasos más y luego quedó detenida sobre el pavimento, con la mirada sorprendida y una mano en los labios, tratando de ahogar los efectos de la sorpresa. Pero como la elocuencia de este gesto femenino no le pasó desapercibida a Carlos, éste frenó de improviso para mirar hacia atrás, hacia donde ella, justo en el instante en que llegaba un chaval despistado en bicicleta y lo atropellaba de refilón, aunque sólo levemente gracias a que la abultada carpeta escolar que Carlos traía consigo amortiguó el encontronazo.

Una vez disuelto el corrillo de curiosos atraídos por la escaramuza de accidente, ella retrocedió unos pasos y se acercó para pedirle perdón.

—Te han hecho daño por mi culpa..., quizá desvié tu atención.

—Es que..., no sé... Frené en seco y me detuve donde no debía porque me pareció que ibas a decirme algo... —dijo él.

Y reemprendieron el camino, ahora juntos, entregados a una conversación tan espontánea que surgía a medida que avanzaban.

—Lo que pasó —prosiguió ella— es que tuve la impresión, nada más verte, de que te conocía de algo..., no de ahora, no, sino desde hace mucho tiempo, y que una casualidad milagrosa había hecho que me reencontrara contigo...

—Ya... Esas cosas ocurren. Es posible que nos hayamos visto en algún sitio, pero sin que sepamos a ciencia cierta dónde y cómo. Yo también he tenido esa impresión alguna vez —comentó Carlos.

Prosiguieron conversando en una cafetería cercana, interesados en hablar de muchas cosas. Ella, que se llamaba Minerva, estaba a punto de licenciarse en Físicas y él en Filosofía. Y como fluía una corriente de atracción y simpatía entre ambos, quedaron en verse otro día.

—Mañana mismo, si quieres —propuso Minerva, sin querer despedirse—. Salgo de clase a la una.
Al día siguiente, Minerva ya no pudo refrenar las ganas de decirle a Carlos que tenía la impresión de haberle conocido desde siempre...

—Oye, Carlos, no te burles si confieso que te conozco desde hace, uff..., ¡tres siglos!..., más o menos.

Carlos no pudo reprimir una risita fácil, pero enseguida se puso en guardia y alerta por causa de sus sempiternas reflexiones. Por eso inquirió:

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio que ya me arrepiento de haberlo dicho, porque temo que te burles de mí.

—No, ni mucho menos. Es más: si dices que me conoces desde hace tres siglos, no sólo vas a despertar en mí una curiosidad infinita, sino que me atrevería a decirte dónde pudo haber sido...

—Por favor, Carlos. Debes estar pensando que soy una histérica.

—Mira, para que veas que tengo más interés del que supones, venga, escribe el nombre de esa ciudad en un papel, sin que yo lo vea, y yo lo pongo en otro.

Hicieron la prueba como en un juego. Y los dos escribieron Nueva York.

—¡Es increíble! —exclamaron al mismo tiempo. Y Minerva, al punto y automáticamente, añadió—: ¡Claro, tú eres Ismael!... ¡Sí, sí, ese era tu nombre entonces...

—Ah, no sabía que ese antepasado mío se llamaba Ismael.

—¡No, no, eras tú...!

—¿Tú y yo?

—No lo dudes.

—No me lo creo, Minerva. Por lo que veo, tú vas aún más lejos que yo en este asunto.

Pero Minerva prosiguió hablando ensimismada, con la mente anclada en el pasado:

—Nunca te fijaste en mí, aunque yo estaba enamorada de ti. Vivíamos muy cerca, a menos de quinientos metros de distancia. La pena es que muy pronto abandoné Nueva York para ir a otra parte del país, pero no consigo que afole de mi mente cuál fue el nuevo lugar.
—Pero, vamos a ver, Minerva, ¿cómo sabes que soy yo?
—Al verte, una lucecita de mi cerebro se encendió al instante porque nunca te olvidé... Tienes los rasgos comunes que tenías antes. Por ejemplo, casi el mismo rostro, esa melena abundante, los mismos ojos... En cambio no eras tan alto entonces porque aún no habías dejado de crecer a tus dieciséis años.
—Me da la impresión de que estás viajando hacia atrás en el tiempo...y que no puedo acompañarte... Lo siento.
—No, mira. Lo que ocurre es que tengo una mente prolífica en sensaciones, lo mismo despierta que en sueños. Precisamente en la etapa del sueño suelo experimentar auténticas regresiones súclicas, reposadas y profundas. Por ejemplo, en momentos muy puntuales percibo la sensación de haber vivido en la ciudad de Cádiz novecientos años atrás. Aquí conocí a un chico que a primera vista también tenía un cierto parecido a ti, aunque era algo rubio y menos alto que tú; pero en el conjunto de sus facciones te das un aire a él. Aquí la experiencia personal fue al revés que en Nueva York, en el sentido de que decía quererme mucho pero yo disimulaba y le hacía sufrir. La representación más clara que tengo de él cuando mi mente consigue atraparlo en el tiempo, es la de un lunar muy llamativo que ese joven lucía en la tetilla izquierda, que yo miraba muy complacida y de recojo cuando se quitaba la camisa los días de mucho calor.

Carlos tuvo un estremecimiento al escuchar este detalle porque Minerva jamás le había visto sin camisa. Entonces, con evidente torpeza porque estaba algo nervioso, se desabrochó unos botones de la camisa y enseñó el torso a la joven.
—¿Sería un lunar como este?...
—¡Nooo...! —exclamó Minerva, del todo desconcertada—. ¡Fíjate que me lo imaginaba...! ¡La verdad es que me parece inaudito!

En días sucesivos siguieron hablando de un tema que a Minerva apasionaba tanto como a Carlos.

“Somos parte activa de la energía consciente que anima y da movimiento al Universo”, decía ella.

“Y también el rojo del tomate y el verde del pimiento, y la ‘inteligencia’ de los microorganismos y de las partículas más elementales, son la manifestación de la misma energía”, repetía Carlos.
—La materia no es más que un lastre; una sobrecarga anómala de energía, a veces más o menos ordenada, muchas veces caótica —señalaba ella.

—Si la materia es un lastre, entonces somos algo así como energía contaminada de materia. En tal caso, ¿y si consiguíéramos librarnos de la materia? —preguntaba Carlos.

—¡Casi nada! Seríamos algo así como seres de luz. ¡Pura energía consciente! Fíjate que la luz, que es la energía a primera vista con menos materia, tarda ocho minutos en llegar del Sol a la Tierra. En cambio la energía consciente... llegaría en fracciones de segundo.

—Entiendo... y no entiendo... —musitaba Carlos.

—Verás. El desplazamiento de energía transformado en imaginación, en capacidad de pensar, es decir, en energía consciente, es instantáneo, permitiendo viajar a una velocidad absoluta.

A Carlos le entusiasmaba tanto hablar con Minerva, que el tiempo se detenía cuando estaba junto a ella.

—Tú y yo, desprovistos de materia, seríamos ondas de energía. Por ello, y en parte, somos ondas de energía procedentes de los confines del tiempo físico, de los inicios de este Universo físico. Es más. En el origen del tiempo nuestras energías estaban muy juntas. Pero nos separamos por distintos rumbos siderales hace unos quince mil millones de años terrestres. En todo este tiempo, nuestra energía consciente, siempre con nuestra carga física a cuestas, sólo se ha encontrado en tres ocasiones, al menos que yo recuerde, y el encuentro siempre ha sido en este planeta —dijo ella.

—Y ¿dónde pudimos haber estado antes..., Minerva? Me refiero antes de esa singularidad inicial o crujido indescriptible que dio origen a este Universo?

—Tengo la impresión de que éramos energía muy prieta y como fundida en las manos de Dios. Y que Éste abrió las manos por un instante, sin querer, sin darse cuenta, sí, no me cabe la menor duda de que lo hizo sin darse cuenta, y entonces se le escapó una carga infinita de energía, y ¡CATAPUM!

—¿Entonces estás dispuesta a creer que a un Dios se le escapó la energía originaria que dio lugar a este universo material?
Claro que sí. Porque la Nada no ha podido crear la energía. Y como Dios no quiso crear este engendro caótico y dañino de ruidosa materia nuclear, es por lo que pienso que se le escapó de las manos sin querer.

-¿Y dónde está Dios ahora mismo? ¿Acaso pudo haber perecido en el accidente, fulminado como consecuencia de esa explosión infinita?

-No, Carlos, pienso que Él reside ahora en un Universo que no tiene nada que ver con éste. Porque éste, ya te digo, ha sido producto de un error, más bien de un descuido inmensurable. A la vista de lo cual, Dios sigue en el universo ideal.

Entonces Minerva le explicó que algún día muy remoto en el tiempo, este universo material retornará a sus orígenes, a la idea absoluta. Puesto que, poco a poco, esta materia alocada del Universo, todo ese cúmulo infinito de materia desbocada e incontrolada, acabará depurándose, quedando sólo en energía consciente... Y entonces regresará otra vez a los orígenes, a la idea, o si lo prefieres, a Dios.

-Qué suerte inmensa si tú y yo pudiésemos regresar al otro Universo, al que será el único, el creado de pura energía consciente, allá donde dices que está Dios. -Dijo Carlos.

-¿Estás dispuesto a no separarte más de mí? ¿De verdad quieres regresar conmigo al lugar donde fuimos tan felices hace quince mil millones de años?

-Claro que sí, Minerva. Eso ni se pregunta. Quiero estar siempre acompañado de ti, como “puras energías enamoradas…”.

-Entonces dame un beso.

Y apenas se fundieron en un beso de amor, desaparecieron en el éter, transformados en un maravilloso destello de luz.
CUARENTA años más tarde, cuando caminaban juntos y casi encorvados bajo el peso de una soledad de miseria, ambos se miraron pero no se reconocieron.

A él le despojaron del nombre de Juan Luis para ser conocido el resto de sus días con el sobrenombre de “el Cardenal”, mote que respondía al hecho de que había estado cerca de recibir la ordenación sacerdotal católica. Una vocación frustrada a causa de unas inquietudes teológico–políticas que la Jerarquía catalogó de absurdas y hasta de revolucionarias. Puesto que un buen día se empecinó en demostrar a unos escandalizados condiscípulos y profesores, siempre por vías filosóficas y teológicas, que Dios, el Dios ejemplar y modelo de vidas, ni era ni había sido nunca demócrata a la usanza occidental, y añadía sin inmutarse: “Lo que en nuestro bendecido modelo de sociedad liberal–capitalista constituye no sólo un contrasentido inexplicable, sino que no deja de ser sobre todo una enseñanza provechosa”.

Este pensamiento suyo degeneró en una especie de monomanía enfermiza, al punto que cuando le hablaban del Dios justo, radiante de equidad, sinónimo de igualdad, el Cardenal se estiraba como un resorte en el pupitre e iniciaba una disertación enjundiosa sobre las dichas incongruencias divinas, cerrando la intervención casi siempre con ésta o parecida frase: “Así que, hay que poner manos a la obra, sesudos varones, para tratar de resolver tamaña contradicción.”
Claro que, en vista de que era un alumno aplicado, incluso ejemplar, estas inconcebibles disertaciones las tomaban a chacota, en todo caso las consideraban simples manías pasajeras, originadas tal vez por los embates ocasionales de una sexualidad reprimida contra natura. Hasta el día en que el Cardenal trató de levantar la armazón de una nueva teoría que pretendía demostrar la inconstitucionalidad divina de Dios. Por ahí no pasaban los superiores. El rector del seminario conjeturó que semejante desvío teológico era bastante más ponzonoso que el disparate de una broma pesada. Y puso el dislate en conocimiento del obispo, a quien no le tembló el pulso cuando, dando gracias a Dios, ordenó la expulsión del seminarista dáctilo.

Más tarde, el Cardenal afrontaría la vida laica ejerciendo de profesor en una academia. Y luego contrajo matrimonio con una joven de piel aceitunada y de carácter extrovertido. Pero como ella también tenía un temperamento ardiente, el Cardenal vino a dedicar, siempre a posteriori, que esta circunstancia de la naturaleza ya presagiaba el hecho de que al año de casada, decidiera levantar el vuelo del hogar conyugal con rumbo desconocido. De todos modos, tuvo la delicadeza de despedirse de él con un mensaje escrito, que, en resumidas cuentas, decía que no podía reprimir unas ansias cósmicas de salir a correr fortuna por el ancho mundo, ya que hay determinadas cosas que una mujer si no las hace de joven, es imposible realizarlas en la madurez de la vida.

Meses más tarde llegó a los oídos del Cardenal –que siempre los tenía desplegados a los cuatro vientos– la estremecedora noticia de que Mercedes había sentado plaza de prostituta en Madrid. Por lo que, sin poder resistir la nostalgia de una ausencia irreparable, el Cardenal se trasladó a la capital, animado de la secreta esperanza de toparse con la amada en cualquier antro del oficio. Y tanto frecuentó los burdeles, tabernas y refugios de mujeres extraviadas, buscando incansable el lunar más misterioso y lascivo creado por Dios en mucho tiempo. Y tanto habló y conversó con unas y otras, preguntándoles por una tal Mercedes Torrijos, de un pueblo de la provincia de Soria; morena clara, de natural alegre y muy buena persona a pesar de todo; sí, algo más alta que tú, con una melena
undosa de color castaño igual que desplegada al aire libre. Y tan- 
to indagó para reencontrarse con unos labios rojos y prietos que 
pedían besos a gritos. En fin, tanto lloró y suplicó el Cardenal en 
esta desoladora travesía, que enseguida fue amablemente compa- 
decido por más de cincuenta féminas huérfanas de amor, sobre 
cuyas faldas descansó más de una vez la atormentada cabezal en 
cuyos senos derramó abundantes lágrimas de desconsuelo, amor y 
despecho, todo revuelto y confuso.

Y buscando a Mercedes encontró a un hada de alas tronchadas, 
por nombre de guerra la Gacelita, bastante joven todavía y la cara 
mona de muñeca blanca y rosa, con la piel de lirio y una mirada azul 
soñadora. Entonces decidieron unir sus precarias vidas presentes sin 
plazo fijo, hasta mañana o hasta dentro de cien años, lo que equivalía 
a decir que no más allá del momento en que un soplo de viento fresco 
les obligara a seguir dando tumbos por caminos distintos.

Esta unión nunca fue impedimento para que el Cardenal si- 
guiera manteniendo atada la memoria a la figura imborrable de 
Mercedes.

“Oye, espera, espera. ¿Has visto los tobillos de esa vampiresa 
que acaba de entrar? Parecen perfectos, igual que hechos a la medi-
da, vamos, calcados a los de Mercedes”. “Ven, acércate un momen-
to. Fíjate en la Portuguesa. Qué casualidad más grande, tú. Estoy 
seguro de que esa espléndida cabellera ensortijada se la ha pedido 
prestada a Mercedes”. “¿Te has fijado en los ojos matadores de la 
Toledana? Pues, nada, son nada menos que una copia exacta de 
los de Mercedes”. “Aunque parezca increíble, te aseguro que esos 
hoyuelos tan excitantes que se le marcan a la Emperatriz cuando 
sonríe y el cuello de ánfora que la hace tan atractiva, son una imita-
ción prodigiosa de los encantos de Mercedes. Si te digo la verdad, 
sólo le falta aquel lunar irresistible en la mejilla derecha…”.

Sin embargo, en cuanto a la situación real de Mercedes, hay 
que decir que por esta época ya exhibía el palmito por las calles del 
barrio gótico de Barcelona, respondiendo al reverente sobrenombre 
de la Fe.

Cuando escapó del yugo conyugal abandonó Soria en compa-
nía de un joven universitario de familia acomodada, que durante
varios meses había estado cortejándola y declarándole amor eterno a espaldas del marido.

Como suele ocurrir, Mercedes creyó haberse enamorado de una persona soñadora, dulce, anárquica y hasta espiritual. Incluso disfrutaron de una movida luna de miel, que duró los dos meses que él estuvo recibiendo dinero fácil y abundante de sus padres. Pero después se revelaría como un truhan maquiavélico y despiadado, conocido en los garitos de Barcelona con el mote del Odontólogo, insaciable para el dinero y la mano fácil para el castigo. Y que a los dos años de haberla transformado en la Fe, la dejó de lado y emigró a Francia con la nueva pareja de turno.

Si bien Mercedes siempre mostró un talante alegre y pacífico, a la Fe, en cambio, se le fue agriando el carácter, transformándose a medida que iba siendo transferida de un propietario a otro, en hosco y de una amargura reconcentrada.

En varias ocasiones intentó suicidarse. Y cada vez que lo intentaba formaba una algarabía tan grande, que ponía en planta a los habitantes del inmueble donde residía. El último intento había tenido lugar una noche desangelada y tétrica. Una noche en que la Fe permaneció buen rato haciendo esfuerzos para abrir la ventana exterior de la habitación, ya que, según gritaba, quería lanzarse al vacío para triturar con sus propias manos la negrura espesa y fría que la rondaba. Pero la compañera que convivía con ella alertó del incidente al portero del inmueble, quien consiguió que el radical propósito de la Fe quedase en un alboroto de gritos enajenados y de amenazas e improperios indiscriminados. Insultos que ella tenía a bien dirigir al ejército de fantasmas que desfilaban raudos y burlones por la calle, en un ejercicio de desahogo emocional que le producía un alivio sólo pasajero.

Cada madrugada que regresaba a casa después de la faena, si se ofrecía la oportunidad o a la menor justificación, bien real o imaginada, la Fe era capaz de estremecer el silencio nocturno de pasillos y escaleras del inmueble con una sarta de gritos y reproches que estaban dirigidos a todo el mundo y a nadie en particular.

Y así, una noche cualquiera, aquellos moradores que tenían las viviendas en las lindes de los pasillos por donde la Fe iba amena-
zando a los fantasmas que le salían al paso, se despertaban sobre-
saltados, saltaban de la cama y abrían las puertas, encontrándose
entonces con una figura serpenteante y tambaleante de voz desga-
rada, que los miraba torvamente y luego los asaeteaba con los más
crudos piropos.

—¡Que sí, idiota, que sí! ¡Que me voy a pasar por las armas a los
señoritos cafres y a las zorras enjoyadas que viven en Barcelona!
¡Por mi puta madre que lo voy a hacer! ¡Porque aquí no se han va-
lorado todavía y como es debido los cojones de la Fe! ¡Pero ya los
joderé; ya me los montaré, ya! —imprecaba al silencio de la noche.

—¡Silencio, indeseable! —le gritaban desde una puerta que se
abría.

—¡Calla de una vez, tía guarra! —le recriminaban desde otra puerta
que se cerraba.

—¡Asoma la jeta si tan chulo eres, tío mamón! —la Fe se paraba
un instante, tambaleándose sobre sí misma, y luego reiniciaba la
marcha, dando traspiés.

Y si volvía a escuchar alguna voz alta, que, aunque ininteligible,
ella tomara por insulto, replicaba al punto y de modo invariable:

—¿Borracha yo? ¡Borrachos tus muertos! ¡Anda, cabrón, ven y
dime otra vez borracha en mi linda cara! ¡Anda, ven, si tienes tanto
salero, pedazo de animal! —era una voz ya cavernosa y estragada,
igual que fatigada de estar pidiendo auxilio en vano.

Por fin, a riesgo de romperse la crisma bajando las escaleras, con-
seguía salir a la calle en busca de una nueva provisión de alcohol.

Hasta que muchos años después, convertida en una piltrafa hu-
mana, decidió cambiar de aires y recaló en Madrid junto a otra
compañera de infortunio.

El Cardenal y la Fe llevan varios años deambulando muy cerca
el uno de la otra. Sin embargo la casualidad no los ha puesto de
frente todavía. Ambos sobreviven de la limosna pública mientras
pernoctan en algún que otro almacén abandonado o dependencia
en ruinas, igual que tantos pedígüeños que pululan solitarios por la
ciudad. Hasta que una helada noche de enero, cada uno por su lado,
acuden en busca de refugio ocasional en los bajos de la estación del
metro de Antón Martín.
A pesar de que hay otros mendicantes en el mismo lugar, la casualidad hace que la Fe y el Cardenal, sin mirarse apenas, se tumben juntos sobre sendas cubiertas de cartón a modo de colchonetas. Luego se enroscan sobre sí mismos bajo unas mugrientas mantas, cual bultos sin identificar. Pero la frialdad del ambiente los va acercando más y más al paso de las horas, hasta que acaban muy unidos para prestarse un calor mutuo, que es lo que en realidad necesitan. Y al amanecer, quizá porque se han prestado ese calor humano del que ya no tenían consciencia ni recuerdo, juntos y cogidos de la mano se dirigen a un bar cercano, a ver si logran por caridad la medicina de un café con leche bien caliente.

Es evidente que la existencia disoluta de la Fe y el pasado cráptuloso del Cardenal los han convertido en espectros dolientes; sombras desfiguradas y rugosas, que, más que envejecidas por el transcurso normal de los años, están desgastadas y consumidas por la acción destructiva de toda clase de miserias. Y es que los desperfectos mentales y las erosiones físicas originadas por cuarenta años de inclemencias materiales y desdichas morales los han desfigurado a tal extremo, que cualquier dibujo o fotografía del pasado lejano en relación con el presente es la equivalencia de la noche con el día. Por eso ninguno de los dos es capaz de adivinar la auténtica identidad del otro.

No obstante, en las primeras horas de compañía parecía inevitable que algún gesto inopinado, o un detalle espontáneo, o el giro o el aire de una mirada les recordara vagamente al otro, a la otra, pero cada vez que ocurría desechaban al punto tal posibilidad porque la consideraban un disparate de la memoria o quizá un desliz de la imaginación.

Además, hacía mucho tiempo que habían decidido olvidar hasta el lugar de procedencia y, por supuesto, el verdadero nombre de pila. Las mil sinrazones de la existencia los habían convertido para los restos en la Fe y el Cardenal. Lo que indicaba que ninguno de los dos quería cuentas ni tratos con el remoto pasado. En todo caso, ante esta inesperada unión o relación salvadora, el subconsciente de ambos parecía dispuesto a rechazar cualquier conjuro maligno que, procedente de un pasado tormentoso, intentase arruinarles esta
paz amorosa, milagrosa, sobrenatural del cielo en los últimos días. Aunque, también era cierto que la primera vez que él habló con ella en los bajos de la estación pero a la luz del día, tuvo un pánico que lo dejó paralizado emocionalmente. Y entonces, sin perder un segundo, buscó como un loco un lunar en la mejilla derecha de la Fe. Pero las vicisitudes sufridas por ésta habían sido tantas y tan desfavorables, que tuvieron entidad suficiente para borrar todo vestigio que pudiese identificarla con una belleza joven llamada Mercedes. Y al no divisar ningún lunar, él murmuró para sí, agarro sin fuerzas a la mugrosa manta, como si ésta fuese el último asidero que le ataba a Mercedes: “Dios mío, ¿cuándo voy a poder vivir sin su recuerdo?”

Y sí, aprendió a vivir ayudado de la Fe. Ya que, si en principio fueron consolidando una amistad incondicional en base al vínculo indestructible del infortunio de ambos, luego y poco a poco, gracias a una mutua predisposición y entrega, hizo que renaciera en ellos un inagotable caudal de ternura. Porque ya no había lugar ni ocasión para confundir pasión y ternura, que fue el error cometido en el lejano pasado. Dicho esto porque en la originaria relación de Mercedes y Juan Luis nunca primó la ternura, sino los caprichos y exigencias impuestas por la ciega naturaleza. Por eso había sido una relación condenada a término, a plazo fijo. En cambio ahora era una relación tan sólida, que estaba alimentada exclusivamente de ternura.

Este nuevo sentimiento, recién nacido como de milagro, requería un mínimo de dignidad y un mucho de privacidad. Y entonces, gracias a la ayuda imparable de terceros y a la buena predisposición personal que ambos derrochaban, consiguieron acogida gratuita en un asilo para ancianos desamparados. Entre cuyas santas paredes tuvieron el privilegio de disfrutar de un amor alejado de este mundo, es decir, al margen de las vulgares contingencias terrenas y a salvo de toda tentación perversa.

Era un amor tan pleno, rejuvenecedor y generoso que, día tras día, cuando daban un largo paseo por los jardines del Centro, ninguno de los dos dejaba de preguntar a las margaritas por el estado de la respectiva situación amorosa, interrogando a la flor sobre si él o ella “me quiere o no me quiere”. Y cuando alguna vez se producía
un “no” inquietante, el defraudado alegaba que era necesario repetir
la operación porque, si no se había despistado al deshojar, a buen
seguro tuvo que haber sufrido una equivocación en el recuento. De
modo que, alerta ante esta acechanza de la implacable naturaleza, el
interpelante volvía a echar mano de otra margarita, o de las que hi-
cieran falta, hasta que resultara el tranquilizador “sí, me quiere”.

Lo anterior demostraba que el sufrimiento padecido por ambos
en el transcurso de los años les había proveído de tanta sabiduría,
que el Cardenal y la Fe no estaban dispuestos a admitir que el mu-
tuo amor que sentían fuese atacado, menoscabado o confundido por
nada ni nadie. Y mucho menos por los caprichos casquianos de la
mudable Naturaleza. Que, desgraciadamente, fue lo que le ocurrió
da aquella joven pareja formada por Mercedes y Juan Luis.
La pena de muerte

EL país era tan civilizado y moderno que las personas adultas habían aprendido desde niños, tanto en los colegios como sobre todo en los hogares, a convivir pacíficamente en sociedad.

Mas, a pesar de tal grado de civilidad en términos generales, aún existía una cuestión polémica que causaba controversias en los contadísimos y excepcionales casos en que se planteaba. Y estaba referida a la procedencia o no de la pena de muerte como castigo para los crímenes más repugnantes.

Los contrarios a esta pena alegaban distintos y respetables argumentos a favor de la abolición, de entre los cuales destacaban los siguientes: puede dar lugar a un error trágico e irreparable en perjuicio de cualquier inocente; es el reflejo de una total deshumanización de los valores sociales; constituye una negación de los derechos fundamentales de la persona, y tampoco sirve de medida disuasoria eficaz.

En cambio los partidarios de su aplicación –siempre para aquellos delitos muy puntuales en los que la naturaleza del crimen repugne las conciencias hasta extremos incalificables, y aplicable sólo al reo convicto y confeso– afirmaban que semejante castigo era la expresión de un profundo sentido de la justicia, tanto en relación a las víctimas materiales como principalmente a sus familias. Las cuales, aunque son las únicas perjudicadas por los delitos de sangre, siempre son las olvidadas de una sociedad esclava de una concepción hedonista y simplemente materialista de la vida, regida
por la máxima, tan ofensiva como egoísta, de: "el muerto al hoyo y el vivo al bollo".

De manera que para los defensores de la pena capital, la teoría abolicionista de la sociedad actual constituye, paradójicamente, una auténtica deshumanización social, generadora de una inversión de valores que conduce a ofrecer a las víctimas resignación y luego olvido, dando toda la comprensión y compasión a sus verdugos.

Por otra parte, y entre otras consideraciones filosóficas y religiosas a favor y en contra, los partidarios de la supresión también suelen emplear el argumento de que el Estado no puede arrogarse la potestad de privar de la vida a un ser humano, so pretexto de juez supremo.

Pero, dicho argumento es contrapesado con el razonamiento de que si el Estado no está facultado para decretar una pena de muerte, tampoco puede erigirse en juez exclusivo en nombre de las víctimas de un delito de sangre, debiendo ser, pues, los familiares más directos y perjudicados quienes juzguen y apliquen castigo al culpable.

Es decir, la ficción político-social que confiere poderes de árbitro supremo al Estado, tiene que funcionar en ambos sentidos y ámbitos, si no, no puede ser merecedora de general acatamiento.

Dicho lo anterior, el clásico debate recuperaba actualidad porque después de diez años sin graves delitos de sangre, ahora se trataba de juzgar a un delincuente peligroso, quien, una vez en libertad tras quince años de reclusión por violación y asesinato de una criatura de seis años, había vuelto a cometer sendos delitos de violación y asesinato en las personas de dos jovencitas de trece y catorce años.

En este país, los delitos que entrañaban la petición de la pena capital podían ser juzgados por el jefe del Estado. Y en este caso concreto, la máxima autoridad del país quiso arrogarse dicha facultad. Así pues, iba a actuar de presidente-juzgador por primera vez en su mandato.

El día de la vista, el presidente hace comparecer en su despacho oficial al reo acompañado de su letrado defensor, junto con el fiscal y el secretario del tribunal. Y, luego de los primeros trámites
procesales de rigor, los hace pasar a una sala contigua donde toman asiento frente a una pantalla de cine con su proyector.

—Entiendo —principia a hablar el presidente— que cualquier delito de nuestro código penal, puede ser más o menos enjuiciado haciendo una valoración y compensación entre el hecho punible y la pena. Ahora bien, cuando se juzga un asesinato, esta simple valoración no es equitativa, mucho menos es justa, porque se hace necesario ir más allá... Sí, más allá de una sanción legalista, fría y convencional, establecida exclusivamente con el fin de tranquilizar, muy de pasada, esa perturbación momentánea de la llamada conciencia social colectiva. Sin embargo, yo sí tengo conciencia de estar sustituyendo a las víctimas en este complicado trance de hacer Justicia. Y no porque lo diga un derecho positivo mudable y acomodaticio, sino porque me lo exige el mandato de un Derecho Natural inmutable.

Finalizado este preámbulo, el presidente ordena que el reo permanezca atento a la pantalla, al tiempo que pide la puesta en funcionamiento del mecanismo de proyección.

Las primeras imágenes en pantalla muestran a los padres de las jóvenes asesinadas, los cuales, destrozados por una conmoción desgarradora, lloran sin medida ni consuelo junto a los familiares y amigos, mientras velan los cadáveres.

Diez años más tarde, aún puede verse que a estos padres no les abandona una pena muy honda, reflejada en una tristeza tan viva como dolorida en sus gestos y en sus rostros, teniendo que afrontar los difíciles avatares cotidianos sin dejar de pensar un instante en las hijas muertas, apenas agarrados a unos recuerdos que el paso de los años no les priva de crueldad.

Al reo le flaquea la mirada, al punto que retira la vista de la pantalla para esconder la cabeza entre las manos, pero al instante es reconvenido por el secretario, recordándole que no está autorizado para apartar la vista de este proceso de reconstrucción de unas vidas dañadas para siempre.

—A continuación puede observarse —puntualiza el secretario— que el calvario de los padres no ha perdido fuerza treinta años más tarde.
Y, efectivamente, se divisa en pantalla a estas personas, bastante mayores de edad, sentadas en el pequeño salón de una modesta vivienda, meditando cabizbajos, tal parecieran árboles aniquilados de un hachazo; tan tristes que no han vuelto a sonreír de manera franca a la vida. Y una de las madres, por ejemplo, nunca ha dejado de hablar a la hija ausente, en una conversación-monólogo que dura ya treinta años, buscando, inconsolable en su amargura, una milagrosa frase de retorno... En cambio la otra madre tiene la suerte inmensa de que muy de vez en cuando, aunque en sueños, siente las caricias de esa hija que nunca se ha hecho mayor.

En las últimas imágenes proyectadas puede verse que estas criaturas, cuando casi agonizan en la cama de un hospital, no quieren desprenderse de unas fotografías marchitas, que no es más que el gesto desesperado de seguir implorando ese adiós de despedida que nunca tuvo lugar.

De pronto se encienden las luces de la sala, y el fiscal se dirige al presidente.

—Señor presidente. Es evidente que la amargura generada por una acción vil, en lugar de aminorar, no sólo permanece sino que se agranda a lo largo de los años. Siendo así, ¿con qué criterios se debe valorar un daño de tal envergadura? ¿Cuál sería el precio a pagar por haber provocado y seguir ocasionando tanto dolor de por vida?

El criminal está algo tenso y no sabe dónde posar la mirada, mientras no deja de frotarse las manos. Quizá sólo esté nervioso, quizá tenga algo de vergüenza. Pero nada más.

—Sí, es lamentable lo que hemos visto, lo reconozco, porque nadie duda de que las villas de estas personas han quedado rotas para siempre —es el letrado defensor quien interviene—. Pero ¿acaso el ajusticiamiento capital del delincuente aliviaria un ápice el dolor que padecen estas personas? Es la pregunta que habría que hacerse. Por eso entiendo que no conduciría a nada positivo causar otra muerte.

—Señor letrado, la vista aún no ha terminado. Prosigamos —dice el presidente.

Puesto de nuevo en marcha el mecanismo de proyección, comienza la exhibición de un reportaje donde participan personajes
recreados para la ocasión, en una serie de secuencias que ahora reflejan distintas etapas en la trayectoria vital de las dos jóvenes.

De entrada –y para el supuesto de que no hubiesen sido asesinadas–, se aprecia que las dos adolescentes prosiguen los estudios, se divierten con amigos y amigas, van de excursión al campo, de vacaciones a la playa, y, en definitiva, participan de las excitantes novedades y de tantos secretos íntimos que ofrece la existencia a dos chicas que empiezan a acariciar los primeros sueños, los sueños más bellos, esos que todavía enaltecen la condición humana.

Poco después, una de las jóvenes ingresa en la universidad y la otra empieza a desempeñar el primer trabajo. Viven enamoradas de la vida. Disfrutan de la amistad, de la naturaleza, de las artes, las letras, de las cosas más placenteras de este mundo, en fin, encantadas de la irrepetible experiencia de la vida.

Sin embargo, el fiscal vuelve a intervenir para decir que todo esto... no ha podido ser. Por eso insiste en preguntar cuánto había que pagar por haber causado tanta desgracia. Y, ciertamente, ¿cómo se cobra este daño infinito? ¿Alguien cree que es suficiente una vida para pagarla? ¿O bastan, como piensan muchos, quince años de internamiento relativamente cómodo en una cárcel?

A continuación se observa a las víctimas, algo mayores ya, jugando con los pequeños hijos, disfrutando de la vida como parejas y madres, alternando con amistades, riendo de alegría, participando de la diversión...

Más tarde son abuelas, lo que les trae otras satisfacciones y renovadas experiencias. Ilusionadas y dispuestas a saborear la nueva etapa, siempre interesante en el ciclo vital de las personas.

Y, en definitiva, llegan a la edad de la jubilación sin dejar de apurar la maravillosa oportunidad de seguir disfrutando de la existencia en sus diversas manifestaciones.

Al finalizar la proyección, nadie de los presentes es indiferente al hecho de que tanta grandeza vital no ha podido ser para las dos jóvenes. Y no ha podido ser porque la conducta criminal de un salvaje no lo ha permitido.

–Es por ello que el delito de homicidio o de asesinato encierra una magnitud infinita por ser infinito el perjuicio..., lo que supone
que siempre debiera llevar aparejado un castigo similar… —concluye el fiscal.

Entonces el abogado defensor pide la palabra para limitarse a pedir clemencia al presidente.

Y éste no necesita de un tiempo extra para dictar sentencia. En la que establece una pena de carácter alternativo, a elección del reo:
—Se le condena al condenado la posibilidad de elegir entre la pena de muerte o el castigo a presenciar, una vez al día y de por vida, la proyección de las historias frustradas que acabamos de ver.

El reo no pierde tiempo en hincarse de rodillas ante el presidente, sin palabras para agradecerle el magnánimo gesto de perdonarle la vida. Pues, es comprensible que, aunque culpable de haber segado unas vidas y mutilado otras, no quiere de ninguna manera que le priven de la suya, bajo ningún concepto, por nada en el mundo. En fin, una reacción muy humana…

Pero, con el paso del tiempo, la proyección diaria de estas secuencias se le fue haciendo al reo bastante indigesta y demasiado molesta, impidiéndole tener un mínimo de sosiego personal. Por ello, buscando una relativa tranquilidad para su fuero interno, decide dañarse la vista para no ver, convencido de que semejante castigo no tendría razón de ser una vez ciego. Claro que, ignoraba que al estar privado de la vista le obligarían a presenciar de oídas el relato sonoro de la aludida proyección. Esta experiencia llegó a resultarle tan trágica y elocuente como la de las propias imágenes. Y sin pensarlo más decidió reventarse los títampanos para no escuchar, en busca de una liberación definitiva para aquel castigo insoportable. Pero los recuerdos le asaltaban a toda hora, como una tormenta incesante de remordimientos. Por eso, de tanto no querer pensar, acabó volviéndose loco. Y ni aún así había quedado incapacitado para sufrir.

Al fin, sordo, ciego y enajenado, se limitaba a vagar por el patio de la prisión, cual sombra errática, de la mano de algún recluso lazarrillo. Y, sin embargo, la llamada “conciencia social”, extramuros de la cárcel, se sentía civilizadamente hipócrita, civilizadamente cómoda, ya que creían que el reo, como aún respiraba, seguía estando vivo…
Pero el reo, en medio de las tinieblas de la sinrazón, había tenido un instante de lucidez –es probable que el único durante su inoportuna presencia en este mundo–, durante el cual pudo percibir que su vida había sido una sucesión de errores, desde el principio hasta el final. Y que el último error cometido había sido el de haber elegido la pena más grave…
El árbol que murió de pena

ME la contó muchas veces. Y como siempre creí en la verdad profunda que encerraba aquella historia, aún la tengo presente en la memoria con una nitidez imborrable, constituyendo una de las enseñanzas provechosas que guardo en la mente como un tesoro. Sí, digo tesoro porque éste y otra media docena de relatos fue el único patrimonio que mi madre tuvo a bien dejarme en herencia.

Cada vez que la recuerdo, repaso en el dato curioso de que mi madre nunca me dijo, tampoco yo le pregunté, cuál era el nombre del árbol de la historia.

¿Quizá un castaño?, ¿tal vez un nogal?, ¿probablemente un roble?

Pero, qué importa. El caso es que era un árbol, cualquier clase de árbol.

«Qué maravilla, hijo. Siempre tuve la impresión de que bastaba que doña Clara le acariciara la corteza para que el árbol respondiera en positivo a esta manifestación de afecto. Entonces el verde esperanza del ramaje refulgía con una nitidez tan restallante, que sólo podía proporcionarla alguna clase de energía muy especial».

Mi madre aseguraba que doña Clara, en el fondo de su alma, penetraba y palpaba la vida con una sensibilidad auténticamente humana, siendo capaz de llegar a la esencia de las cosas con una naturalidad que no era asequible al común de las personas.

Desde la primera vez que le oí esta historia, mi madre me hizo adquirir conciencia de que los árboles, las plantas, los vegetales,
incluso aquellos ejemplares más abandonados y resecos y despreciados, ¡también son seres vivos! ¡Qué cosas!

«Sí, son seres vivientes —ratificaba ella a una segunda pregunta mía—. Que sufren y padecen y se ponen tristes, como tú y como yo, y por eso también son capaces de llorar de pena o de brillar con un barniz de vitalidad y de alegría».

«¡Qué cosas, madre!».

Pues bien. El árbol de este relato era el vegetal viviente más frondoso y lozano que habitaba en Samarín. Y aún más: no había otro tan cuajado de verdor y frescura en la extensa comarca. Y por ello, aunque era propiedad de doña Clara, hubo de llegar el momento en que el ayuntamiento de esta localidad también quiso hacer suyo este ejemplar extraordinario, ya que la buena fama del mismo no sólo había traspasado las lindes del municipio, sino las fronteras de la provincia, al punto que era visitado por lugareños curiosos y principalmente por turistas y foráneos.

—Sepa usted que hemos solicitado que ese magnífico ejemplar sea declarado Bien de Interés Turístico —le comunicó un día el alcalde a doña Clara.

—Entendemos que lo más correcto sería considerarlo un Bien de Interés Público, en base a que el árbol ya es patrimonio de todo el pueblo —terció la oposición política municipal.

“Vaya con el arbolito. Es que, bien mirado, constituye un auténtico prodigio...”, exclamaban los visitantes.

«No entiendo tal revuelo... Pero, ¡si es todo tan normal...!», bisbiseaba por lo bajo doña Clara, y, en su modestia, callaba luego.

La dueña guardaba silencio porque trataba de evitar que los estúpidos la hicieran objeto de chanzas: a buen seguro se burlarían si les revelaba el secreto de un fenómeno que ella consideraba elemental y que los demás catalogaban de prodigioso.

“Fijaos bien, que el asunto es cosa de brujería. Porque tengo más que comprobado que el dichoso arbolito no se pone feo o mustio ni en pleno otoño”, murmuraba más de un envidioso.

En cambio doña Clara vivía en permanente asombro: no entendía que no hubiese nadie en condiciones de adivinar o de penetrar
en la causa fundamental que proporcionaba al árbol la fuerza espec

ial que le hacía desplegar una energía que maravillaba, muy capaz de deslumbrar a todos con una belleza esplendorosa.

Pero, tuvieron que pasar bastantes años para que el corazón de la

ya viejecita doña Clara se cansara de latir. Entonces alguien reveló

a mi madre que la muerte repentina de esta buena persona, si no

provocada, fue acelerada a causa de manifestaciones insidiosas,

propias de sujetos de mala índole.

«No, hijo, nunca lo he creído. Nunca quise pensar que hubiera

habido algún mal nacido que dijera al oído de doña Clara que ya

había llegado la hora de “sacrificar” al viejo árbol para transformarlo en madera o en papel».

Yo no quise contradecirla en esta apreciación para no disgustarla, ya que mi madre siempre creyó en la bondad innata de las personas. Pero a mí me dio la sospecha de que sí; de que doña Clara prefirió dejar rápido este mundo ante la posibilidad de ver con sus propios ojos cómo taladraban sin misericordia a un ser tan amado por ella: un sencillo ser vegetal que tenía la misión sublime de hacer agradable la vida a los demás seres vivientes.

Mas, lo singular de este relato comenzó a manifestarse apenas

una semana después del fallecimiento de doña Clara, en que el

árbol empezó a ponerse mustio, a perder las hojas, a desmejorar de un día para otro mientras iba encorvándose más y más sobre sí mismo, tan escaso ya de energía vital que semejaba un ser apenado y devorado por la tristeza.

Así que, comprobado que la salud del árbol se deterioraba con rapidez creciente y una intensidad inexplicable, era previsible que los habitantes de Samarín se alarmaran. Pero lo lamentable estaba en que, pese a que todo el mundo se daba cuenta de la situación, nadie podía ni sabía cómo evitarla. Tal parecía que el árbol hubiese tomado la decisión de morirse, circunstancia que nadie entendía. No obstante, el supuesto enigma tenía una clave muy sencilla: en las actuales condiciones, ¿el árbol ya no tenía ganas de vivir?

Por todo ello, los responsables municipales, temerosos e incrédulos, y actuando por primera vez de modo unánime, recabaron la
intervención de aquellos ingenieros agrónomos que suponían más competentes, quienes, a su vez, se vieron obligados muy pronto a solicitar la ayuda de los técnicos en la materia con más renombre en todo el Estado. Sin embargo, éstos tampoco se consideraron capaces de encontrar una solución eficaz. Visto lo cual, los responsables públicos decidieron enviar muestras orgánicas del árbol a diversos organismos internacionales especializados en botánica, donde debían encontrarse las mentes científicas más preclaras y los laboratorios más completos y avanzados. Pero estos desvelos salvadores también resultarían estériles, toda vez que no había manera de averiguar el nombre y mucho menos las causas de la implacable enfermedad.

Entretanto el árbol seguía muriéndose a la vista de lugareños y foráneos, el ministerio de agricultura del país convocó un congreso internacional de botánica, al que asistieron eminentes especialistas, en el convencimiento de que semejante cumbre de sabiduría científica lograría descubrir las causas y el consiguiente remedio. Pero, ¡oh, casualidad desdichada! Nadie había reparado que en este ramillete de sesudos especialistas, tan pertrechados de saber operativo e inteligencia práctica, se echaba en falta una buena dosis de inteligencia sensible. De manera que, días después, procedieron a clausurar el congreso con un diagnóstico lapidario: el árbol era víctima de una enfermedad misteriosa, hasta ahora desconocida para la ciencia, de carácter progresivo e irreversible.

Y mientras dictaban esta definitiva conclusión, el árbol murió. Lo hizo desplomándose de bruces en el suelo mientras segregaba una especie de humor líquido incoloro y transparente, cuyo análisis resultó ser otro nuevo misterio para la ciencia. Puesto que, a nadie se le ocurrió pensar que las lágrimas suelen ser el resultado de una reacción química provocada por sentimientos o sensaciones.

—Bien. Pero, después de escuchar su relato durante media hora, tengo una curiosidad enorme por saber de qué pudo haber muerto ese árbol que sin duda fue tan desdichado… al final de sus días.

—Cuando le diga, no se va a sorprender usted ni tanto así porque no hay secreto alguno.

—Ciente, cuente.
—Mire usted. El caso era que el arbolito y doña Clara crecieron a la par porque nacieron muy cerca y casi por la misma época, lo que hizo que fuera consolidándose una bonita amistad entre los dos. Y es que, ella lo regaba, lo podaba, lo mimaba, le hablaba..., sí, le preguntaba que qué tal día hacía, o le decía que sol estupendo tenemos hoy, o que bella y alegre está la mañana, y cosas así. Ah, también le acariciaba la corteza mientras le contaba sus valiosas cuítas... de jovencita soñadora. De manera que era tan grande el afecto y tan espléndida la ternura que aquel ser (sí, un vegetal pero un ser vivo nada menos) recibía de doña Clara (un auténtico ser humano), que cuando ella murió ya no quedó nadie cerca que le dispensara cuidados cariñosos o le dedicara siquiera un minuto de atención. Y entonces, al no poder soportar esta carencia de cuidados o el regalo de al menos un poquito de ternura, el árbol decidió no vivir más: ya no merecía la pena. Por consiguiente, no había manera de que reaccionara a base de tratamientos técnicos, por la sencilla razón de que tales tratamientos no se correspondían con el verdadero diagnóstico, ¿sabe usted? Porque lo que el árbol pedía, avisándolo a su manera, era que alguien continuase dispensándole ese alimento especial que necesitaba, consistente en un pequeño detalle de cuidado y de atención. Aunque, claro, hubiese sido mejor todavía que alguien hubiese estado dispuesto a alegrarle la existencia de cada día con una migaja de ternura.

—No diga más, que ahora entiendo perfectamente...

—Lo que me parece increíble es que nadie tuviese la feliz ocurrencia de aplicarle un tratamiento tan elemental y gratuito, y de una validez tan universal. Y le diré más: estoy seguro que mi pobre madre murió con la pena de no haberse dado cuenta a tiempo de esta carencia fundamental, porque, si no, crea usted que esta historia hubiese tenido un desenlace del todo feliz.

—Claro, claro... Imagino que por fuerza llegara ese momento en que tanta soledad se hiciera insostensible para aquel ser vegetal tan extraordinario.

—No lo dude usted. Fíjese que desde la primera vez que ella me lo contó, fui consciente de que ¡el árbol había muerto de pena!
Dichosos derechos fundamentales

LAS redacciones de los medios de comunicación de la capital de Carilandia trabajan a destajo desde buena mañana. Porque un descerebrado ha tenido la osadía de convocar a la prensa en nombre de la banda terrorista Frelín, sin que nadie sepa cuáles son las pretensiones de la convocatoria.

Los representantes de los medios son tan numerosos que no caben en el amplio salón del conocido hotel, ganados de una excitación y de una curiosidad informativa sin precedentes.

—Yo ofrezco el espectáculo; espero que vosotros pongáis la publicidad… —empezó a hablar con increíble desvergüenza—. Os he convocado para pediros, de modo directo y personal, que hagáis de portavoz del Frelín ante la opinión pública internacional. Y para que sirváis, en principio, de mensajeros ante el gobierno de Carilandia, empecinado en no hablar de tú a tú con la organización que represento en estos instantes.

Los periodistas muestran una impaciencia ruidosa ante el ambiguo preámbulo, deseosos de ir al grano informativo cuanto antes. La estancia está atestada de cámaras de televisión, reporteros de radio y docenas de informadores colgados a los móviles, cada cual queriendo ser el primero en transmitir la primicia.

—Insisto en que debéis anunciar a los cuatro vientos –prosiguió el convocador– que si el gobierno de Carilandia no emite un comunicado oficial en las próximas tres horas, comprometiéndose a negociar las demandas del Frelín en relación con el derecho de
autodeterminación de Carelita del Sur, mi organización entendería que no existen posibilidades de diálogo, ni ahora ni en el futuro. Y entonces pasaríamos a la acción bélica, haciendo estallar un coche-bomba con cien kilos de explosivos en un determinado lugar de esta capital. ¿Cuándo? Mirad los relojes: dentro de seis horas justas a partir de este momento.

En medio de un revuelo informativo desmedido, los medios de comunicación dan comienzo a la tarea que interesaba al Frelín, cual era la de crear una auténtica psicosis colectiva sobre la inminencia del terrorífico evento.

—Vamos a ver —pregunta un informador al otro sujeto—. ¿Por qué corres el riesgo de ser detenido en estas condiciones, es decir, dando de modo personal y a bombo y platillo una noticia tan desafiante y subversiva?

—Porque así la noticia es aún más excepcional, es decir, porque en estas condiciones, vosotros vais a convertir la noticia en escándalo... Y la publicidad es esencial para los objetivos que perseguimos, al punto que sin publicidad no existiríamos... En fin, el favor es mutuo... Por eso quiero daros las gracias. Sí, quiero daros las gracias por este servicio impagable. ¡Durante nada menos que seis horas, el mundo entero sabrá que existimos y la clase de objetivo que reivindicamos! Espero que la presión mediática generada por seis horas de publicidad en vivo y en directo hasta que estalle la bomba, signifique otra acotonante arma mortífera aún más granítica y decisiva que los efectos de la dinamita a favor de nuestros fines.

El formidable dispositivo informativo desplegado desde la misma sala del hotel, hizo que una dotación policial se personara en el lugar cuando el terrorista todavía no había terminado de hablar.

—Un momento —dijo éste, mostrando una frialdad desafiante—. Advierto a los uniformados que vienen a detenerme, que aún no he terminado de hablar. Y como entiendo que estoy en el ejercicio del derecho fundamental a la libertad de expresión, les adelanto que me veré obligado a ejercitar las acciones legales que me asisten en el supuesto probable de que interrumpan este acto.

El jefe de la dotación policial duda unos instantes, al extremo de que no se atreve a detener al terrorista sin hacer una consulta previa
por radio y sobre la marcha, recibiendo al instante el visto bueno de su superior jerárquico. Luego, como el individuo se resiste a entrar en el vehículo celular, dos policías se ven obligados a empujarle para meterlo dentro del coche.

—¿Habéis visto? Un policía le dio un empujón y otro lo cogió de las axilas para meterlo dentro del vehículo de muy mala manera. Es un desprecio vergonzoso a los derechos humanos, que voy a denunciar públicamente —comentó un supuesto informador.

No es menester recalcar que las redacciones de los medios informativos del ancho mundo ya han empezado a vibrar de emoción, vomitando la escalofriante noticia sin parar. Pero los medios de Carilandia se permiten también dar consejos y hasta instrucciones a la atemorizada población de la capital, sobre la que se cierne el peligro devastador de una potente carga explosiva.

“Como desconocemos en qué lugar de la ciudad va a estallar la carga explosiva, advertimos a la población que hay que tener mucho cuidado en todas partes, porque es obvio que puede explotar en la zona y lugar más impensados”, repetían machaconamente los distintos servicios informativos.

Y proseguían con el terrible anuncio, no sólo haciendo una abrumadora propaganda del evento sino creando una psicosis de fiesta macabra:

“Explosionará dentro de cinco horas y media”. “Ya sólo faltan cuatro horas quince minutos” “¡Se acerca el momento infernal, pues apenas restan tres horas y cuarenta minutos!”

Además, las autoridades advertían que nadie debía salir a la calle, excepto quienes tuviesen que acudir de urgencia a los centros médicos a causa de crisis agudas de ansiedad o por previsibles amagos de infarto. Siendo conveniente que permanecieran con las ventanas bien cerradas, todo ello hasta nuevo aviso de la autoridad competente.

«Estamos rezando a Dios para que la mortandad que se espera no sea demasiado elevada», trataba de tranquilizar a la audiencia una piadosa emisora de radio.

El ajetreo en la comisaría central es inusitado. Y el inspector Ravina es llamado al despacho del jefe superior de policía de la capital, encargado de dirigir la tarea policial.
—Ravina, me acaban de informar que el terrorista ya se encuentra en nuestras dependencias. Acuda usted a interrogarle cuanto antes.
—Ahora mismo.
—Ravina, atienda. Hay muchas vidas inocentes pendientes de un hilo. Pendientes del capricho de ese sujeto. Por eso lo que importa, por encima de todo, es conseguir que nos diga dónde está colocado el artefacto.
—Entendido, señor comisario.
—Pero, ojo, Ravina. Al detenido no se le debe tocar un pelo de la cabeza. O sea que, si el pájaro no quiere piar, pues mire a ver cómo diablos se las arregla usted para convencerle. Tóquele las fibras sensibles, a ver si ese desalmado conserva todavía algo de sensibilidad. Háblele de sus amigos, o de sus padres, o de sus hijos..., o yo qué sé. Obre el milagro..., Ravina.
—Pondré el máximo empeño. Pero, como sólo disponemos de cinco horas para evitar la masacre, entiendo que si él no quiere hablar en condiciones normales, habría que darle algún tironcito de orejas, buscando asustarlo de alguna manera, porque, si no, el daño va a ser terrible para las vidas de muchas personas...
—Por lo que más quiera, Ravina. ¡Ni un pelo de la cabeza! Sepa usted que nos estamos jugando los garbanzos. Menudo cabreo tiene el director general.
—¿Y eso?...
—Me ha llamado hace un momento para quejarse de que algún medio informativo ha divulgado la noticia de que la policía ha conculcado los derechos fundamentales del terrorista cuando lo traían hasta aquí.
—Era lo que faltaba. Pues bien, descuide usted. Procuraré darle un trato exquisito...
Vuelve a sonar el teléfono en el despacho del jefe superior.
—Ah, sí, señor ministro —luego de una pausa, continúa—: No hay motivo, señor ministro. He dado las instrucciones pertinentes para que todo vaya en orden... Sí, sí, a sus órdenes.
—Pues si que hay inquietud en las alturas... —se moskea Ravina.
—Hay que entender la situación del ministro. Por lo visto, acaba de llamarle el representante en Carilandia de la asociación inter-
nacional para la defensa de los presos, denominada “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”, amenazando con interponer una querella contra algunos de nuestros compañeros por presuntos malos tratos al detenido éste...

Hasta tal punto han amedrentado al inspector estas cuestiones, que cuando entra en las dependencias donde está custodiado el terrorista, Ravina casi le pide permiso para entrar.

–Hola, chaval, qué tal… –le saludó, sonriente, el inspector, haciendo esfuerzos por mostrar cierta amabilidad hacia semejante estúpido, añadiendo–: Confío, más bien estoy seguro de que nos vamos a enterar muy pronto por el bien de tanta gente… En fin, como es natural, me gustaría saber dónde demonios habéis escondido esa maldita bomba…

–Ya, ya…

–Es que, nadie que tenga la condición de humano puede echar en el olvido que dentro de pocas horas, si no lo remediemos, con certeza van a morir muchas personas…

–Mejor, ¿no? Porque ése es el objetivo que perseguimos –dijo el otro, tan fresco.

–¡No lo digas ni de broma! ¿Alguien en su sano juicio puede sostener que existe algún objetivo en este mundo que merezca provocar la muerte de una sola persona?

–Hemos dicho, por activa y pasiva, que si no hay derecho a la autodeterminación, habrá violencia a discreción. Y punto.

Volaban los minutos. Entre una cosa y otra, sólo restaban cuatro horas para que la amenaza se hiciera efectiva. Y la nación entera en jaque, bajo una parálisis total. Y millones de personas que no levantaban cabeza por causa de la terrorífica pesadilla, todos en vilo bajo una conmoción severa, mientras el detenido se limitaba a esbozar una cínica sonrisita de satisfacción cada vez que le daba la gana.

–¡Hijo de la gran puta! –un policía se le tiró al cuello, pero fue reducido por sus compañeros.

–Está visto que uno no puede ser condescendiente… con vosotros. Por lo tanto, exijo la presencia inmediata de un abogado, a no ser que estéis pensando dejarme en libertad…
Entretanto recaban la presencia de un abogado de oficio, el tiempo va pasando a gran velocidad. Al punto que cuando comparece el letrado, el inspector Ravina comprueba que restan tres horas y diez minutos.

—Quiero que usted les diga a éstos, porque veo que no se entran, que invoco el derecho que me asiste a no declarar —dice el detenido al letrado.

—Pero... ¿cómo es posible...! ¿Es que vas a seguir tozudo en no revelar el lugar dónde está colocado el explosivo? —grita, algo alterado ya, el inspector.

—Sí, claro, el explosivo está en el coche...

—¡Encima, el hijo de perra se hace el gracioso! —masculla uno.

—¡Está claro que en este país se está echando en falta la pena de muerte para algunos malhechores! —vocifera otro agente, casi al oído del terrorista.

—¿Ha oído usted? Me están coaccionando —protesta éste al abogado.

—Les advierto —se queja ahora el letrado— que si mi defendido acaba sufriendo algún tipo de secuela súbita por esta amenaza, exigiré responsabilidades civiles y penales al Estado.

Para el inspector Ravina, la actitud del detenido es el colmo del cinismo legal. Es una nueva muestra de que el mayor disparate de indefensión de una colectividad está en que las leyes amparen a cualquier energúmeno para que, bajo pretexto de invocar, sin duda en fraude de ley, un derecho individual, esté en disposición de atentar contra la vida de docenas de personas: el derecho fundamental más sagrado. Por eso, cuando apenas faltan dos horas, la buena conciencia lleva al inspector a agarrar por el cogote al terrorista, empleando las dos manos como tuercas, y lo arrastra hasta otra habitación cercana, a solas los dos, cara a cara.

—¡Mírame a los ojos, cabrón! —le apremia Ravina.

—Quiero morir —empieza a temblar el otro.

—¡La misma cobardía de siempre! ¡Méete encima y habla de una vez! —la mirada quemante del inspector está indicándole al otro que ya se le ha acabado la paciencia.

—No puedo..., no puedo decir nada... Si no, ellos... me matarían.
—¡O me dices, pero sin perder más minutos, dónde has puesto el coche-bomba, o no respondo de ti! ¡No cabe otra elección!

Al tiempo que le hablaba, también le iba apretando de modo adecuado la nuez del gaznate.

—La Organización dice que nuestras reivindicaciones son sagradas.

—¡Estúpido! ¡No hay nada en este mundo más sagrado que la vida! ¡Nada! ¡Nada se le asemeja! Pero, ¿acaso es tan complicado, incluso para una mente intoxicada como la tuya, entender que la vida es una experiencia tan única y milagrosa que no tiene precio ni caben permutas? ¡Habla, indeseable! —le conminó Ravina con rotunda energía—. Y entonces, al impulsar la cabeza hacia adelante, rozó bruscamente la frente del otro sujeto.

Cuando el terrorista observó que manaba sangre de una ceja, (realmente no sabía que apenas era un rasguño), se convenció de que aquel policía parecía dispuesto a todo con tal de evitar la matanza. Entonces principió a balbucir algunos datos aislados, inconcretos, haciendo referencia al centro de la ciudad, en un lugar muy concurrido, pero sin precisar nada más. Y a continuación el inspector le propinó un golpe seco en el estómago con el dorso de una mano, lo que llevó al detenido a ratificarse en la creencia de que Ravina estaba dispuesto a jugarse algo más que el puesto de trabajo.

En definitiva, gracias a la actitud inflexible y nada contem- porizadora del policía, recurriendo al único lenguaje que el criminal entendía, el artefacto fue localizado y neutralizado antes de que hiciera explosión.

Al día siguiente, Ravina fue llamado al despacho del inaccesible director general de la policía. Los compañeros no cesaban de saludarle, convencidos de que iba a recibir la felicitación personal del máximo responsable policial y el anuncio de que sería propuesto para una merecida recompensa honorífica. El brillante e impagable servicio del día anterior no había sido para menos. Una actuación policial que el país entero saludaba con orgullo y sobre todo con la satisfacción de que la población no había sufrido un simple rasguño.
—Verá..., inspector. He querido recibirle personalmente porque reconozco que usted merece que se lo diga en persona, no mediante una simple nota interior.

—Gracias, señor director —se adelantó Ravina—. Lo único que hice fue limitarme a cumplir con mi deber.

—Sí, sí, el resultado ha sido magnífico... Pero no, no es eso... Verá..., es que no sé cómo empezar... Sin duda es un trance desagradable para mí, créame, pero no me queda más remedio que ponerle a usted en antecedentes... Anoche me llamó el señor ministro para decírme que usted, de momento..., pienso que sólo de momento, eh, digo que me llamó para informarme que usted debe quedar relevado... del servicio.

—¿De permiso..., dice usted, de vacaciones?...

—No, no, Ravina, sancionado... Y que conste que lo siento mucho.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Según parece, la Oposición ha solicitado la comparecencia del ministro en la Cámara, y lo más prudente es que hoy mismo se le incoe a usted un expediente, que conlleva la suspensión inmediata de funciones.

—No entiendo nada..., nada en absoluto. Me pellizco y, sí, veo que estoy despierto... —musitaba el inspector, igual que si hablara consigo.

—No es capricho, inspector. Nos han confirmado que ayer mismo le abrieron a usted unas diligencias penales, por supuesta agresión en comisión al detenido del Frelín.

—Pero... ¡pero sí apenas fue un rasguño..., y a cambio se salvaron muchas vidas inocentes!

—Lo siento, inspector. Pero la orden ha venido de muy arriba... Le deseo mucha suerte.

Efectivamente, al día siguiente fue citado por el juzgado que entendía de las diligencias que le habían incoado. Algo más curado de espantos y sorpresas que el día anterior, Ravina no dejaba de pensar que ahora le tocaba a él hacer de marioneta; de pim, pam, pum de una sociedad prisionera de la farsa tramposa de los derechos fundamentales cuando son ejercidos en fraude de ley. ¡Cuántos abusos
cometan algunos contra la sociedad y los ciudadanos, invocando
con fraude estos derechos!

—Vamos a ir por partes, inspector. Eso de que usted salvó ayer
muchas vidas a cambio de un rasguño en una ceja no es más que
un supuesto hipotético...

—Señor juez, sí no me lo explica mejor...

—Mire usted. ¿Y si el coche-bomba, no importa por qué causas,
casualidades o defectos, no hubiese explosionado al fin? ¿Y si la
explosión no hubiese matado a nadie? ¿Y si antes de que explotara,
sus propios compañeros hubiesen encontrado el artefacto? ¿Y si
el detenido hubiese confesado de propia voluntad poco antes de
que explosionara? ¿Eh, lo ha visto usted? Le repito: un supuesto
hipotético. En cambio el corte en la ceja sufrido por el detenido es
real, es tangible, es evaluable por el forense.

—Ese detenido es un terrorista que sólo buscaba asesinar, cuantas
más personas, mejor. ¿O no? ¡Por Dios! ¿Dónde está entonces el
sentido profundo de la Justicia? ¡O es que un falso concepto de la
democracia nos ha vuelto estúpidos a todos!

—Le pido que no se altere..., inspector, o me veré obligado a
tomar medidas más drásticas...

—Perdón, señora. Pero, lo que quiero decir, y lo digo con la
mano en el corazón, es que estaríamos socavando los cimientos de
una auténtica sociedad democrática si ignoramos que el primer bien
absoluto a proteger es el derecho a la vida. Lo que traigo consigo que
cualquier derecho individual debe ceder si entra en colisión con
este súper-derecho.

—Ahora mismo, como juez, sólo debo atenerme al imperio de la ley
vigente. No puedo hacer otras valoraciones. Por tanto, no puedo olvi-
darme de que usted está imputado en unas diligencias penales. No obsta-
tante, le diré que no he actuado de oficio, sino en virtud de una querella
interpuesta por una organización internacional defensora del derecho de
los presos, denominada “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”.

—¿Con qué fundamento?

—En base nada menos que a un supuesto delito de torturas. Se-
gún manifiestan, el detenido fue obligado a hablar bajo la influencia
determinante de unas supuestas torturas.
Poco después, el supuesto delincuente, todavía inspector Ravina, desciende de mala gana las escaleras del juzgado en dirección a la calle. Esta simple actividad mecánica que supone caminar, no podría hacerla si no fuese porque la ligera brisa que corre le empuja suavemente por la espalda, incitándole a dar un paso al frente y luego otro y otro. Esta circunstancia indica que se ve huérfano de una pequeña dosis de comprensión, tan necesaria en estos momentos. Por eso quiere dirigirse a casa, en busca precisamente de un poco de calor humano.

Y cuando enfila la calle donde vive, Ravina, igual que si estuviese esperándole, tropieza con una manifestación compuesta de unas treinta personas, simpatizantes del Frelín, que exhiben muy ufanos una pancarta con una leyenda simple y escueta pero acusadora y lapidaria: “Policía, asesina”.

No obstante ser ahora mismo un simple ciudadano, Ravina intenta hacer el último esfuerzo cívico de interpelar a aquella tropa tribal y subversiva, a ver si alguno de aquellos cavernícolas tiene a bien señalarle el lugar donde planean colocar el siguiente coche-bomba. Pero dos compañeros de su misma comisaría, que vigilan el espectáculo carnavalesco, se acercan a éste y le dicen:

—Sí, inspector, son los mismos perros con los mismos collares incluso. Sin embargo, cumplimos la orden de darles protección porque dicen que están haciendo uso del derecho constitucional, ¡ahí va eso!, de manifestación.

Ravina no se sorprende del triste espectáculo. Ya que, en las últimas horas, ha aprendido que son muchos los indocumentados que todavía creen que el sistema democrático está regido por la sugestiva ley del embudo...
Qué divertido es el fútbol

AUNQUE no dará comienzo hasta dentro de una hora, no es fácil caminar por las vías que confluyen al estadio porque es incesante el desfile de personas y la riada interminable de vehículos que se desplazan en la misma dirección.

Curiosamente, a medida que me aproximo a las inmediaciones del recinto deportivo, me asalta la duda de si allí va a tener lugar un simple encuentro de fútbol o, por el contrario, el desarrollo de un cruento acontecimiento bélico. Lo pienso así porque en las cercanías del estadio puedo ver a cientos de mozalbetes (forofos recalcitrantes del equipo local) en pie de guerra frente a unas docenas de colegas del equipo visitante, todos ellos abiertamente enfrentados, los cuales, agresivos y desafiantes, no paran de deambular de aquí para allá en busca de camorra. Muy pronto empiezan a provocarse con insultos cruzados, luego vienen las amenazas y el tanteo de fuerzas mediante el lanzamiento de latas vacías de cerveza, y al fin llegan a la acción violenta con piedras, palos y otros objetos contundentes y arrojadizos, como, por ejemplo, botellas vacías de licor recién trasegado.

Sin embargo, como también observo que hay docenas de policías vigilando y en cierto modo controlando estos escarceos violentos, recobro la tranquilidad y el ánimo indispensables para seguir avanzando. Claro que la confianza en la situación vuelve a decrecer—valga el contrasentido— cuando diviso a otras dos docenas de policías patrullando a caballo en las puertas del estadio, junto a
varias tanquetas policiales, todos ellos desplegados igual que en pie de guerra. “¡Dios mío!, ¿qué va a pasar aquí?”, me sobresalto, mientras compruebo que acaban de llegar a las inmediaciones del estadio tres vehículos-cuba con sus correspondientes dispositivos, prestos a entrar en acción a la mínima ocasión.

Estas dotaciones paramilitares me dan a pensar que van a entrar en combate de un instante a otro, apenas sean provocadas por aquellos bárbaros montaraces. Los cuales, como se van acercando a las puertas del estadio, me obligan a hacer un alto en el avance, ya que necesito valorar el riesgo cierto que corre mi integridad física si prosigo avanzando por el único camino que conduce a mi puerta de entrada al estadio, cuyo acceso está casi bloqueado por los dos bandos enfrentados. Pero un policía cercano, que me ve atrapado entre las dos fuerzas contendientes y que observa el miedo impreso en mi rostro, se da cuenta enseguida de que le estoy pidiendo amparo con la mirada, por lo que decide ayudarme guareciéndome bajo un escudo protector hasta que llego a la puerta.

–Es que le prometí a mi hijo que asistiría a este encuentro, por eso no he querido dar la vuelta… –le confesé al policía.

–Es lo de siempre –masculla éste–. Hay que tener en cuenta que estos holgazanes buscan desfogarse de alguna manera. Por eso queman las energías en gamberradas. Cosa que no ocurriría si vinieran de cavar zanjas, por ejemplo.

Ante unas palabras tan sabias, asiento con la cabeza. Y vuelvo a pensar en mi hijo, en el sentido de que me va a decir que deje de contarle batallitas cuando le explique que tuve que entrar escoltado al estadio. Y de pronto, cuando apenas he traspasado el umbral de la entrada, escucho los estropicios de las trepidantes y liberadoras cargas policiales contra cientos de estúpidos, los cuales, en lugar de estar cavando zanjas comunitarias por mandato público, prosiguen desafiándose a grito pelado:

“Aquí en nuestro estadio, no nos moverán, no nos moverán”.

Y las consiguientes réplicas:
“Como songilipollas, no se moverán, tampoco correrán, y como no marcarán, no nos ganarán”.
Después de un registro personal exhaustivo, donde te examinan hasta por rayos x, consigo pasar el filtro de la entrada al estadio. Lo que, a la vista de las circunstancias, parece una medida acertada y del todo necesaria, aunque adolezca del fallo de que no está siendo aplicada a todo el mundo. Dicho esto porque en el transcurso del partido puedo comprobar que muchos sujetos han conseguido entrar al recinto provistos de docenas de botes de cerveza y de refrescos, botellas, navajas, bengalas y de cualesquier otros objetos apañados para hostigar al árbitro o a quien se pusiere por delante.

El equipo visitante es recibido, apenas asoma al terreno de juego, con una pitada infernal, trocándose en aplausos cuando salta a la cancha el equipo de casa, tal como mandan los cánones futbolísticos.

El partido se juega de tú a tú en los prolegómenos, en una suerte de tanteo que los entendidos en la materia denominan como de mutuo estudio previo. Pero a los diez minutos de juego, ante lo que el respetable público considera como grave y sobre todo “descarado” error arbitral en perjuicio del equipo de casa, las gradas se transforman en un avispero infernal. Puesto que los aficionados locales, que son el noventa y cinco por ciento, “han visto” un penalti que el árbitro y los contados aficionados visitantes no han querido ver. Por lo que, aplicando parámetros democráticos, pudiera considerarse un penalti claramente al haber sido refrendado por una mayoría tan abrumadora. En respuesta al agravio, despegan desde las gradas los primeros objetos volantes no identificados.

—¡Estoy viendo venir a ese cabrón desde que empezó el partido! Ya dije que la iba a liar, ¡y el cabrito la está liando! —masculla, algo más que mosheado con el juez del encuentro, un clarividente aficionado local.

—Apuesto lo que sea a que hoy no ganamos ni de coña —reflexiona, con un pesimismo desbordado otro incondicional de casa, muy capaz de precisar lo siguiente—: Recuerdo que la última vez que este tipo pitó en este estadio, hace tres temporadas, “se comió” un penalti a nuestro favor en el minuto cuarenta de la primera parte. Y acabamos empatando a cero, ¡la madre que lo parió!
—A mí me da que sois tontos del culo. ¿Cuándo os vais a enterar que este caradura de árbitro siempre ha sido un vengativo con nosotros? ¡No, si no va a ser éste el primer partido que nos robe ese hijo de puta! —ha terciado otro exaltado.

El ambiente va caldeándose al paso de los minutos, es de suponer que motivado por la impaciencia de la grada al comprobar que el equipo de casa no encuentra el camino del gol. De modo que, entre gritos de desencanto y de otras exclamaciones de fastidio o de desesperación ante goles “casi hechos”, y de cánticos de protesta y de insultos injuriosos por supuestos errores del trío arbitral, acompañado también de constantes lanzamientos de objetos a la cancha, ah, y sin olvidar el flamígero vuelo de una bengala errante, que de pura casualidad no quemó a un pequeño y a su madre, se llegó al minuto treinta de partido, en que ya la tensión ambiental podía cortarse a rebanadas.

—Oiga, déjese de monsergas. Que ésto no es mala suerte ni culpa del equipo, sino una vergonzosa persecución arbitral. Que nuestro equipo es sagrado, ¡no te jode! —vociferó un energúmeno fuera de control, echándome el aliento al cuello porque hace la observación de que los jugadores de casa no acertaban ante la puerta contraria ni por equivocación.

En el minuto cuarenta se adelanta en el marcador —¡no podía haber desgracia mayor!— el eterno rival, debido a un fallo infantil del portero, que no pudo evitar que el balón se le colara por entre las piernas. Y como ha sido un gol de los llamados tontos o regalados, los nervios de los parroquianos vuelven a aflorar mediante silbidos y un vistoso flamazo de pañuelos dirigidos al palco presidencial en señal de descontento, amén de alguna que otra petición de: “dimisión, dimisión”.

—Ya podrán cantar misa en arameo, pero este presidente y los directivos son una cuadrilla de ineptos —grita uno.

—¡Qué coño! ¡Son unos chorizos que han venido a robar a mansalva, en lugar de reforzar el equipo! —le replica otro furibundo, amenazando al palco presidencial con los puños alzados.

—¡Joder con el portero de mierda! —se queja otro a voz en cuello—. ¡Un caradura y un mercenario que no siente los colores ni
tanto así! El tío sólo piensa en llevarse la pasta por la cara, como si aquí fuésemos idiotas. Y como está cabreado porque no le suben la ficha, no me extraña nada que se haya dejado marcar el gol, ¡el muy cabrón!

Dos minutos más tarde, Cervino, delantero local, malogra un gol a puerta vacía; gol que para mayor decepción ya era cantado en las gargantas de los aficionados. Esto provocó que las gradas se nublaran de tristeza, ya que el desencanto es demasiado cruel.

—¡Mira que hay que ser tonto para alinear al Cervino, que es más malo que un dolor!

—Estoy de acuerdo: ¡un manta! ¡Un calamidad que no tiene categoría para jugar en primera, y menos en este equipo!

—La culpa es del entrenador, que no tiene zorra idea.

—¡Fuera, fuera! ¡Aprende a jugar, inútil!

Pero, ¡oh, paradojas del deporte-rey! Dos minutos más tarde, cuando aún están buscando escopetas para fusilar a Cervino, éste avanza por el centro como una centella y el balón pegado a la bota, sorteando contrarios hasta que llega al área rival, dribla a los dos últimos defensas, encara al portero, lo burla con maestría, y marca un golazo como no se había disfrutado en el estadio en muchos años. Y entonces fue el delirio y las alabanzas sin medida para Cervino.

—¡Jo, increíble! ¿Habéis visto? ¡Este tío es un fenómeno! ¡Un fuera de serie y un genio como la copa de un pino! Vamos, yo siempre he dicho que ese jugador no tiene precio.

—Hombre, yo también he creído desde siempre que Cervino es de lo mejorcito que ha dado este país en la última época. Vamos, que si no está en la selección es porque el seleccionador no sabe lo que tiene entre manos –certifica, con una euforia de locura, el sujeto que minutos antes quería colgar a Cervino por paquete.

Este gol permite llegar al descanso con los ánimos más calmados.

No obstante, al haber llegado tan tarde este gol del empate, los servicios sanitarios han tenido que evacuar de urgencia a dos aficionados al borde de la muerte por sendos amagos de infarto.

En la segunda parte prosigue el dominio del equipo local. Sin embargo en el minuto veinticinco, todavía empatados a uno, hay
una jugada tan confusa en el área visitante, que todo el mundo menos el árbitro ha visto penal. La escandalera que se forma es de tal magnitud, que hasta el “Calzonazos” salta y vocifera sin parar echando espuma por la boca. En el barrio donde vive es conocido con este mote porque es tan pacífico y dócil, que las lenguas de su entorno suelen decir que el hombre no se atreve a tomarse un chato de vino en Casa Paco si antes no consigue la autorización escrita de su atravesada esposa. Por eso resulta tan llamativo verle enarbolando una navaja, mientras grita como un poseído, igual que si desafiarla al mundo entero representado ahora mismo en la figura desamparada del árbitro:

—¡Te juro por tus muertos que hoy no saldrás vivo de aquí! ¡Anda, cabroncete, ven, acércate a esta banda si tienes cojones!

Poco después retornó la paz como por ensalmo, merced a que en una jugada aislada llegó el segundo gol local. Realmente, el delantero centro había marcado en claro fuera de juego, ayudándose incluso de las dos manos, pero fue un gol legal porque el árbitro señaló el centro del campo a instancias del juez de línea.

—Eh, un momento, un momento. Pido un respeto para el juez del encuentro —pide el “Calzonazos”, rechazando el comentario negativo de un aficionado sobre la actuación arbitral al conceder este gol, del todo ilegal —. La culpa habrá sido en todo caso del juez de línea, aunque, no creo..., porque el juez de línea sólo tiene dos ojos y no va a estar en todo... Además, en caso de que haya sido un error, la verdad es que un error como ése... lo puede tener el más pintado. Y no le demos más vueltas al asunto, que ese golito nos ha venido como agua de mayo —remachó el “Calzonazos”.

—Sí, pero, ¿y las manos?... Porque el gol lo metimos... con las dos manos... Bueno, no sé..., es lo que me pareció ver... —me atreví a señalar, siempre con mucho tacto y sin ánimo de ofensa.

—Ya..., usted es muy listo... y ve mucho..., y los demás somos ciegos..., sí será eso... Oiga, y si es tan fácil arbitrar, ¿por qué no pita usted? Ande, atrévase, sí quiere hacer el ridículo. Vamos, que si usted supiera lo difícil que es tomar una decisión en décimas de segundo, no diría el disparate que ha dicho —sentenció el “Calzonazos”, razonando en plan maestro y rebosando satisfacción.
Cinco minutos más tarde hay un contraataque peligroso del equipo visitante, obligando al equipo de casa a cometer penalti. Y entonces volvió a arder Troya.

–¡Este árbitro macarra es un provocador! ¡Un auténtico hijo de puta, así, con mayúsculas! –el grito insultante de una voz grave atronó la tribuna, esparciéndose por la grada de preferencia como el eco de un trueno. Sorprendido por el timbre sonoro y la carga de agresividad de semejante voz tronante, giré la cabeza para mirar hacia atrás y arriba, en dirección al palco, pude observar que el autor del insulto había sido el presidente del tribunal supremo de Carilandia, jurista de proverbial ecuanimidad y recto sentido de la justicia, según era fama.

Y en ese instante un espectador lanzó una botella de cristal que rozó la cabeza del árbitro, mientras éste expulsaba al entrenador local.

–¿No ha visto usted? ¡Casi matan al trencilla! –se estremeció una voz festiva, a la vera del aludido presidente.

–Hubiera sido lo correcto, vamos, lo esperado... Porque, es evidente que ese indeseable se está ganando a pulso un espléndido botellazo –le replicó el justiciero presidente.

Menos mal que este estado de violencia no va a más porque el equipo visitante falla el penalti. Y como consecuencia, dos jugadores contrarios protestan pidiendo la repetición del lanzamiento, al entender que dos jugadores locales estaban dentro del área cuando se ejecutó la máxima pena. De la protesta pasan al insulto, al punto que acaban haciendo aguas mayores sobre la santa madre del árbitro, el cual termina expulsándolos de modo fulminante y de una tacada. Ahora era emocionante ver al público, puesto en pie, tributando una ovación grandiosa al pobre árbitro, a la que se sumaron los insurrectos que segundos antes le habían tirado a matar.

La superioridad numérica ha hecho tan cómodo el partido para el equipo de casa, que el tercer tanto llega apenas cinco minutos después del incidente de la doble expulsión. Y a continuación viene el cuarto gol, sentenciando el partido. Ahora da gusto contemplar la felicidad de los aficionados: tan contentos, tan amigos, tan cómplices y conocidos de toda la vida, dándose abrazos por aquí y
saludos por allá. De repente, los problemas sociales han quedado en el olvido y las tristezas personales han sido ahuyentadas. Cuatro zapatazos atinados han conseguido borrar las fatigas diarias de la supervivencia. Cuatro soles de goles han provocado tanto delirio colectivo, que han hecho posible el milagro increíble de que miles de personas sobre esta maltrecha Tierra, sean felices momentáneamente.

Sin embargo, siempre tiene que haber excepciones para algunos excluidos. Puesto que ahí mismo, en la grada inferior a la mía, se encuentra la criatura más infeliz del mundo. Pues, mientras los demás estamos brincando y retozando ebrios de contento, hay un crío que llora inconsolable. No tiene más de diez años y ha venido al estadio con su padre. La tragedia está en que el padre es aficionado incondicional del equipo local pero el hijo es simpatizante acérrimo del equipo visitante. Y como el chaval no soporta la paliza y el bochorno de que está siendo objeto el equipo de sus tiernos amores, tanta desgracia le impulsa a llorar a mares. Es curioso ver cómo el padre canta, aplaude y salta de alegría mientras el hijo sufre, pena y llora. Esta tremenda paradoja me lleva a reflexionar en el sentido de que nadie negaría que este hombre daría la vida en condiciones normales con tal de salvar la del hijo. Pero aquí no. Ahora no hay la menor piedad, ni siente la menor lástima, ni siquiera algo de respeto para con el dolor del chaval. Sino, en todo caso, este forfofo insaciable lo que hace es pedir a voz en cuello un quinto gol, implacable en su crueldad.

Decido abandonar el estadio cuando todavía faltan cinco minutos para el final. Y cuando subo los empinados escalones del gradadero, me estremece el alarido que deja escapar una señora entrada en años mientras se pone en pie dando un impulso felino. Es una persona muy conocida en la capital debido a su carácter servicial y amigable, demostrado en la vida diaria con una participación desinteresada y activa en favor de diversas organizaciones de ayuda social a nivel internacional. Esta amantísima madre de cuatro hijos y abuela de diez nietos, se pone de pie para advertirle al defensa local que se deje de remilgos contemplativos con el extremo izquierdo contrario:
—¡Aguado, dale caña, pero dale fuerte! ¡Oye, que si pasa el balón, no pase el extremo! ¡Así no, Aguado, así no! ¡Con la puntera directo al tobillo! ¡Que no se te escape otra vez! ¡Y si no, pártele un tobillo, pero párteselo ya, leches!

En los recintos deportivos, como en la vida en general, cuando no prima la generosidad y la nobleza, suele aflorar la irracionalidad en su estado más natural.
Lupe funcionaba muy bien

DECÍAN que como no tenía un pelo de tonta, había decidido trabajar en una empresa sólida, carente de competidores y respaldada por millones de accionistas anónimos, a lo que se añadía el privilegio de que los puestos de trabajo poseían carácter vitalicio.

—He estudiado como una cosaca durante dos años. Pero ha merecido la pena, ¿sabes?, porque he sacado “plaza en propiedad”, sí, en la administración pública. Por eso ahora me toca descansar.

—¿Has dicho en propiedad?... ¿Acaso ese trabajo ya te pertenece para siempre siempre? —le preguntaban, boquiabiertos de envidia.

—Por supuesto. El término no se presta a equívocos. Porque, a ver quién me va a quitar algo que ya es mío... Bueno, según parece, aunque no está muy claro todavía, a condición de que no me cargue a dos jefes de servicio o me lleve por delante a un director general.

Era indiscutible que Lupe había adquirido el puesto de trabajo en propiedad porque a las pocas semanas “tomó posesión” de la plaza en un departamento ministerial.

De entrada, Lupe empezó a observar que algunos compañeros, sin razón aparente ni obligación explícita, trabajaban con una seriedad y dedicación que no figuraba en los manuales que ella manejaba. Y aún le resultaba más extraordinario e incomprensible que algunos de estos compañeros fuesen amables y serviciales con los ciudadanos que acudían al ministerio a demandar cualquier servicio.
—Me parece a mí que vosotros estáis acostumbrando muy mal a la gente— les reprochaba Lupe.

En vista de que sus pláticas derrotistas no tenían efecto práctico, comenzó a desplegar una labor de proselitismo sindical en plan negativo y a cara descubierta.

—Estoy comprobando que la administración es un saco sin fondo, donde hay de todo..., donde caben todos... Sí, sí, me refiero a vosotros. Que sois unos lerdos conformistas. ¿Acaso no os dais cuenta de que es más que suficiente estar removiendo papeles desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde? Siendo así, ¿por qué vamos a estar prisioneros en estos cuartuchos miserables desde las ocho hasta las tres?

—Señorita..., necesito que me diga cómo se rellena este impreso...

—Mire usted— Lupe era un poquito intransigente para estas cosas molestas—, yo estoy aquí para recibir el impreso, no para decirle cómo se cumplimenta. Así que, arréglaselas como pueda y deje paso al siguiente.

A la vista de los desplantes de Lupe, tanto a nivel interno como de cara al exterior, tuvo que ser llamada al orden por el jefe de servicios.

—¿Habéis visto cómo se mete conmigo ese carcamal?— se quejaba ante los compañeros, en referencia al jefe—. El tío pretende que yo sonría a la gente, que sea amable con el público. ¡Pero qué dice esa antigualla! Yo no había visto nada igual en mi vida. Como si me pagaran para estar sonriendo todo el día.

Por ello Lupe no entendía que algunos compañeros fuesen amables con los visitantes y tratasen de asesorarles en la medida de sus posibilidades y conocimientos.

—¿Sabéis que os digo? Que sois unos pelotas, porque sólo buscastais agradar al jefe para ver si conseguís escalar algún peldaño en el escalafón.

Debido a esta manifiesta antipatía hacia cualquier persona que se acercara algo despistada a su mesa en demanda de asesoramiento, Lupe fue trasladada a unas dependencias interiores, sin contacto directo con el público.
En el nuevo acomodo, tampoco hizo migas con la mayoría de compañeros, en gran parte interinos y eventuales.

—¿Qué tal, pobres diablos? Sí, sí, trabajad como cabrones y hacédmé méritos, que de todas las maneras os va a partir un rayo. Oídme bien. ¿No sabáis que aquí estáis de prestados?... A ver si os enteráis de una puñetera vez. Lo cual no es mi caso, que tengo plaza en propiedad. Lo que quiere decir que no aguanto impertinencias ni al ministro del ramo.

Lupe no soportaba que los compañeros trabajasen a ritmo normal porque no sólo la ponían en evidencia, sino también porque, de acuerdo con su filosofía laboral, cuanto más trabajasen, más iban a exigírles.

Debido a este particular enfoque de la situación, cifrado en que cuanto menos tiempo permaneciese en el trabajo, menos cabreos y desgaste habría para su lindo cuerpo, Lupe adoptó la sana costumbre de estar una semana de baja cada mes.

«Hay que hacerlo porque es bueno desintoxicarse de vez en cuando, ya que no es sano pasar muchas horas al día tranjando con papeles en un cuartucho de mala muerte».

Apenas transcurrido un año de este modus vivendi cómodo y tranquilo, Lupe no se inmutó cuando el jefe le anunció que iban a incoarle un expediente disciplinario a causa de las bajas médicas sistemáticas, a causa también de que no cesaba de discutir y de enfrentarse con los compañeros, y porque, en definitiva, ella no se escondía para decir, demostrándolo con hechos, que aprobó unas oposiciones para no dar golpe y vivir sin problemas, o sea, para no tener que soportar las pejigueras de nadie.

«Lo que está pasando aquí es de juzgado de guardia. ¡Joder con el fulanillo del jefecillo, que no hay quien lo soporte con el carguillo! ¡Como si yo firmase los partes de baja! ¡Ahora voy a ser yo la que le denuncie a él por acoso personal y malos tratos sicológicos! ¡A éste lo voy a joder bien jodido! Vosotros sois testigos del acoso. Si no, también os denunciaré a vosotros por encubrirle».

Lupe decidió acudir al llamado sindicato independiente en busca de asesoramiento y de amparo sindical para sus conflictos. Y de
tanto visitar el sindicato y de interesarse por los temas laborales, consiguió liberarse temporalmente como cargo sindical, sin perder la cualidad de funcionaria y sin dejar de percibir el sueldo, precisamente a cargo del propio ministerio.

«Esto es jaua –decía Lupe–. Gano algo más que antes, tengo horario libre, nadie me controla, y encima me brindan la oportunidad de poner patas arriba a la administración. Ya me conocerán éstos..., ya».

En la primera batalla sindical que acometió, logró concitar el apoyo de todos los sindicatos de Carilandia, porque, como era obvio, se hablaba de dinero. La reivindicación estuvo centrada en conseguir en beneficio de todos los funcionarios públicos el plus económico de las seis y media. Justificado porque en las grandes ciudades se hacía forzoso levantarse a una hora tan intempestiva para llegar a las ocho en punto al trabajo.

Envalentonada por este magnífico logro, y ya encumbrada a nivel sindical en todo el Estado, provista de un arte especial para conseguir apoyos en los medios de comunicación más influyentes, Lupe fijó como siguiente objetivo lograr que se reconociera el plus de la amabilidad. Porque si la administración pedía y hasta exigía que el funcionario fuese amable con el público, tal esfuerzo personal había que compensarlo económicamente. Y como el planteamiento de Lupe fue acogido con un clamor funcionarial insospechado, el gobierno tuvo que doblegarse y acabó reconociendo este nuevo incentivo económico.

A partir de aquí, los esfuerzos de la renombrada sindicalista se centraron en explicar en los diversos foros sociales y económicos del país, que una cosa era ser amable, así, en plan genérico, y otra cosa muy distinta era el esfuerzo anímico que suponía dedicar una sonrisa particular y personalizada a cada pelma que se acercase a una mesa o ventanilla públicas. Por lo tanto, se hacía urgente establecer el plus de la sonrisa, en compensación a este esfuerzo extra. Porque entonces el ciudadano, aún el más malagueño y atravesado, tendría derecho a ser recibido con una sonrisa cuando hiciera acto de presencia frente a un mostrador público. Esta reivindicación tuvo que ser secundada de algunos paros y movilizaciones, sin pri-
sas pero sin pausas, hasta que el gobierno de turno se vio obligado a ceder porque se acercaba el periodo electoral.

Lupe no se sentía del todo satisfecha a pesar de estos logros, sino que ambicionaba alcanzar metas más importantes. Y así, un año más tarde de la firma del convenio relativo al plus de la sonrisa, ya estudiaba la posibilidad, perfectamente realizable en opinión de un grupo de juristas de renombre, de incorporar al ámbito de la Administración Pública “el acceso directo a la función pública por derecho hereditario”.

La verdad sea dicha, algo parecido ocurría en determinados ayuntamientos de Carilandia, en los que las plazas de trabajo estaban reservadas a los parientes en primer o segundo grado de los políticos del grupo de gobierno o de aquellos funcionarios que gozaban de influencia por su activismo político. En cambio lo que Lupe estudiaba ahora era una cuestión de calado jurídico, sin connotaciones políticas. En resumidas cuentas, significaba que, comoquiera que el derecho de propiedad, la propiedad en sí, se transmite por herencia, no tenía porque haber impedimento legal para reconocer esta cualidad hereditaria a una plaza de trabajo “en propiedad”.

«A fe que lo conseguiré. Porque lo único que distingue esta propiedad de otras es que está supervisada, sólo en teoría, por los poderes públicos. Por consiguiente, es justo que fallecida la persona titular de la plaza de trabajo, ésta se transmita automáticamente al heredero preferente que reúna, eso sí, las cualidades técnicas y profesionales del causante. Y para que opere este automatismo no tiene porque haber otros requisitos exigibles».

Efectivamente, Lupe sabía de sobra que mediante una labor machacón y agresiva desplegada a lo largo y ancho de Carilandia, tal objetivo era una fruta que caería con un par de huelgas generales, máxime si la última huelga la llevaban a cabo seis meses antes de las elecciones legislativas estatales, en que gobierno y oposición no sólo estarían dispuestos a conceder la luna a cualquier disparate, sino que lo harían muy gustosos por aquello de “soplagaitas el último”.

De todos modos, antes de que Lupe y su cohorte de asesores y colegas pusieran en marcha la correspondiente acción táctica y
Manuel Hernández Hierro

estratégica, en orden a ir abonando el terreno para alcanzar ese objetivo aristocrático y nada plebeyo de institucionalizar el carácter hereditario del puesto de trabajo, se produjo un acontecimiento nefasto, que había sido cantado y anunciado por Lupe desde varios meses atrás; acontecimiento que acabó desencadenando una debacle colosal en la administración.

“Esto es superior a lo que todos imaginábamos, ya que provoca un desgaste enorme al exigir un esfuerzo personal insufrible”, se quejaban todos los empleados públicos, sin distinción de sexos y en el ámbito de las distintas administraciones, apenas al año de la puesta en práctica del eslogan de la sonrisa amable.

«Es difícil imaginar el esfuerzo extra que supone, con el consiguiente daño para la salud física y mental, tener que estar sonriendo constantemente al imprescindible de turno que se acerca cada mañana, provisto de una mala leche del demonio, a plantear exigencias imposibles; o al desocupado que, como está aburrido en casa, viene a pedir que le expliquen las razones de los mil intréngulis de las sinrazones burocráticas».

La sonrisa amable causó tantos estragos en la salud de los sufridos funcionarios, que hubo un momento en que los servicios médicos no daban abasto despachando bajas médicas laborales. Decían que debido al estrés, las depresiones, y principalmente a causa de las consabidas “mentes quemadas”, que es el desgaste originado por las frustradas ganas de matar que le entra a cada quisque que tiene que levantarse temprano para salir a todo trapo a enclaustrarse durante ocho horas en un pequeño receptáculo sin aire puro ni apenas un rayito de sol, y encima obligado a sonreír a docenas de becicios malencarados.

A la vista del caos, los sindicatos instaron a los partidos políticos a que se pusieran de acuerdo, al menos por una vez, ya que era preciso afrontar la situación como un verdadero problema de estado.

–Nosotros, los afectados, somos conscientes de que esto… tiene arreglo –advertía Lupe, que solía llevar la voz cantante como relevante figura sindical que era, y en quien se daba ya esa perfecta conjunción inherente a toda criatura sin escrúpulos, consistente en ser temida de unos y adulada por otros–. No, de momento no
vamos a pedir otros pluses, y no porque no necesitemos cobrar más, sino porque ahora la solución a un grave problema pasa por tomar otras medidas más ambiciosas…, atacando el problema a fondo y de raíz.

—¿Qué hacer entonces?… Estamos dispuestos a colaborar en lo que haga falta —preguntaban y prometían los compungidos interlocutores del gobierno y también de la oposición.

—El quid de la cuestión —señalaba Lupe— está en hacer frente a la cuestión sin tacañerías, sin cortedad de miras, sino apelando a la generosidad que la sociedad en su conjunto debe ofrecer a unos empleados públicos seriamente afectados en su salud.

—Sí, sí, claro está. A nosotros no se nos oculta que todo esto es horrible —se lamentaban los representantes oficiales—. Por tanto, en el supuesto de que haya alguna posibilidad de solución, debéis decirlo.

La solución, a juicio de Lupe, no podía ser otra que la de aligerar la carga de trabajo, dosificando esa tarea intensa y de calidad que la sociedad estaba exigiendo a los funcionarios. Pues, tamaña exigencia se revelaba como la causante de todos estos problemas de salud.

—Entiendo que hay que ir, de manera ineludible y cuanto antes, a una jornada laboral de dos semanas al mes, no más —ratificó Lupe.

—¿Estáis locos? El agravio comparativo con el resto de trabajadores no tendría comparación. ¡Imposible de aceptar por el gobierno! —en principio el rechazo era absoluto.

—Vamos a ver —retomó la palabra Lupe—. No me hagáis perder la paciencia. A la opinión pública no se le dirá que son dos semanas al mes sino setenta horas mensuales, que no suena igual. Y lo del agravio comparativo no procede, ya que no ofenderá a nadie si se explica al país que la reducción horaria es a cambio de que hagamos felices a los ciudadanos, de que les sonriamos y seamos amables; en fin, de que le hagamos la vida más agradable. Creo que tanta entrega personal y calidad en el servicio merecen una recompensa especial.

—No, no, visto así, la idea es vendible…, eh, muy vendible electoralmente…
—Incluso, y siempre que se programe con una antelación adecuada, claro está, estamos en disposición de ampliar la oferta al ciudadano, contándole algún chiste, o algún cotilleo, o bailándole la jota o lo que pidiere, mientras aguarda en las colas y en las salas de espera.

—¡Genial, querida Lupe! Ahora mismo firmaríamos el acuerdo si hubiese dinero para triplicar la plantilla. ¡Qué pena! —respondieron al unísono gobierno y oposición.

—Qué barbaridad —les reprochó Lupe—. No hacéis más que poner chinitas en el camino de un acuerdo pacífico. Vamos a ver, si se detrae una cantidad a la partida presupuestaria para la sanidad, y otro poco a educación, y algo menos a la investigación, y un tajo así a defensa, y algo de aquí y otro poco de más allá, habría suficiente dinero. Y la gente daría todo por bien sisciado si el gobierno supiese transmitir la idea de que el fin no ha sido otro que el de velar por la salud de millones de empleados públicos, los cuales a su vez contribuyen a proporcionar felicidad a millones de compatriotas.

“¡Por fin! Está a punto de firmarse un acuerdo histórico entre los millones de funcionarios de las distintas administraciones públicas y el conjunto de las fuerzas políticas parlamentarias, sin distinción partidaria. Así que, que no se apunte ningún tanto este gobierno porque el triunfo es de todos”, era la noticia en primera plana de los medios informativos de la capital de Carilandia.

Dos días más tarde, cuando procedían a la firma del histórico convenio, Lupe, que era experta en descifrar la letra menuda de los acuerdos, enseguida reparó en que el párrafo que leía no era un gazapo de imprenta.

—Alto, alto. ¿A cuenta de qué vienen estas coacciones bajo cuerda…?

—¿Qué clase de coacciones? ¿Dónde?

—¡Ah, no? Y esto, aquí, donde dice que el nuevo horario de sienta horas mensuales lleva aparejada una situación de absoluta y total exclusividad? ¿Qué significa esta provocación? —insistió Lupe, con ínfulas de sabihonda intratable.

—Ah, ya… Pero no, no es una coacción, ni mucho menos. Sino una exigencia comprensible… Lo que se pretende es que el fun-
cionario tenga el adecuado descanso entre semana y semana para que pueda afrontar su tarea en plenitud de condiciones físicas y mentales... ¿No os parece lo mínimo exigible?

–Entonces, no. Ni hablar. No firmamos. Pido que se levante la mesa de negociación porque veo que no hay manera de cerrar un pacto. Pero el que avisa no es traidor, eh. La próxima huelga será salvaje y terrorífica –amenazó Lupe de farol.

Ella sabía de sobra que la reivindicación planteada, por muy absurda que fuese, era una fruta tan madura que, apenas con un par de horas más en el árbol de una postura sindical intransigente, acabaría cayendo dentro de un saco que parecía no tener fondo.

–No, eso no; no podemos romper las negociaciones ahora. Si no, ¿qué explicación daríamos al país, qué imagen de desunión ofreceríamos ante la opinión pública, máxime cuando todo el mundo está convencido de que gobierno y oposición han sido eficaces y pacíficos en una cuestión tan esencial? –temblaban los otros.

–Nada, nada. Si no se elimina ese escollo innegociable, huelga general al canto –argucias de Lupe.

–Bueno, bueno... Por una coma mal puesta, tampoco vamos a romper un acuerdo que es tan beneficioso para todas las partes... Así que, si hay que firmar, se firma. Y pelillos a la mar.

Lupe jugaba con la ventaja de que tenía enfrente a unos representantes políticos atados de pies y manos por una malentendida y del todo negativa servidumbre de los votos. Y es que no podía negarse que la funcionaria Lupe, según para qué cosas, sabía funcionar muy bien.
«ESTE solar en mis manos sería oro molido...», se regodea en sus pensamientos el conocido promotor urbanístico, doctorado en terrenos rentables y recalificaciones milagrosas.

—Pero, ¡qué desgracia ha tenido usted, señor Matías! —comenta aquél al dueño del solar—. Este terreno está condenado a ser declarado muy pronto como zona verde, según me han comentado hace un par de días y de muy buena fuente, por cierto.

—¡No me lo diga usted ni en broma! —a Matías le ha dado un vuelco el corazón.

—Bueno..., ya le digo, es una decisión urbanística de última hora... —le susurra al oído con maligno propósito.

—No lo entiendo..., oiga usted. ¿En qué cabeza cabe descalificar este terreno, si es el más adecuado para construir el mejor hotel de toda la zona?

—No debí decírle nada. Porque no era mi intención disgustarle...

—¡Será posible! La venta de ese solar, ¿sabe usted?, era lo único que me podía permitir una vejez tranquila, pensando sobre todo en la enfermedad de mi esposa.

—Yo, en su lugar, hablaba cuanto antes con el concejal de urbanismo. Sí, ya sé que es casi imposible encontrarlo en el despacho, pero, si usted me lo pide, yo me encargaría de concertarle una entrevista.

Dos días más tarde, Matías es recibido por el muy encumbrado concejal de urbanismo del Pedregal —reconocido municipio turís-
tico–, a quien era más difícil abordar en su despacho que al mismo presidente de Carilandia.

–Mire usted, amigo Matías, los ciudadanos piden zonas verdes, exigen parques, necesitan lugares de esparcimiento porque no todo van a ser hoteles… Así que, como usted comprenderá, esta Corporación no puede hacer oídos sordos a unas justas demandas vecinales.

–No, si yo comprendo lo que usted dice…, pero tendrán que compensarme económicamente; algo tendrán que darme a cambio… Porque digo yo que algún derecho tendré.

–No tanto, señor Matías, no tanto… Ya que, como reza el dicho, le darán poco, mal y nunca. Para qué voy a engañarle…

Matías estaba sentado frente al concejal, mirándole de frente, observando los repentinos cambios de visaje en aquel rostro ladino de mirada huidiza. Pero es evidente que el visitante ha ido perdiendo la entereza de ánimo que trajo consigo, al haber perdido también toda esperanza. Ello se debe al hecho de que Matías, quizás de modo inconsciente, ha ido encorvando la espalda sobre sí mismo, en señal de que está bastante abatido, casi mudo también, presentando la cruel imagen del ciudadano modesto que se ve desamparado de toda clase de recursos frente a la prepotencia abusiva que, tan a menudo, confieren las leyes a determinados cargos públicos de mala calaña.

–De todas las maneras, estoy dispuesto a estudiar el asunto, a ver qué pasa… Ya le digo, para bien o para mal, el tema hay que resolverlo cuanto antes porque urge ultimar el planeamiento urbanístico del Pedregal.

–Si usted me echara una mano…, se lo agradecería eternamente.

–Tal como están las cosas, no se haga ilusiones, señor Matías. Se lo advierto con todo el dolor de mi alma.

Matías abandonó el ayuntamiento sin el consuelo de una espera confiada, pues, era consciente de que aquella insensible mirada de tiburón insaciable le anticipaba que no debía abrigar la menor confianza.

–Para qué vamos a engañarnos, Matías. De toda la vida ha sido así, no es ninguna novedad. Los pobres sólo tenemos derecho a las
migajas –masculla la esposa de Matías desde el pedestal de una silla de ruedas.

Según le han asegurado los entendidos, el terreno, que mide veinte mil metros cuadrados, situado en primera línea de costa, valdría en el mercado libre seis millones de euros. Aquél lo había heredado de sus padres hacía ya muchos años, cuando no valía un penique.

El promotor visita de nuevo a Matías, a fin de que éste le cuente qué tal le ha ido la entrevista con el edil.

–Ya le decía yo que la cosa urbanística del Pedregal estaba ahora bastante complicada... Ahora bien, si ese solar fuera mío, me gastaría una fortuna pleiteando contra el ayuntamiento, ¿sabe usted?, y llevaría el asunto hasta el Supremo, porque yo sí puedo..., yo sí puedo gastarme un dinero para sacarlo adelante.

–Tiene usted razón, pero, qué quiere que haga, yo no puedo. Soy pobre de solemnidad.

–Sin embargo, ¿sabe usted cuál es el mejor recurso de los pobres? El de ser prácticos. Sí, sí, hay que ser práctico. Por eso, lo mejor es que usted lo venda y no se amargue más la vida, hombre. Si quiere yo mismo se lo compro. Estoy dispuesto a cometer un disparate ofreciéndole ¡quinientos mil euros nada menos! Oiga, no me dirá usted que no es un buen pellizco por algo que, por de pronto, vale muy poco, eh.

A Matías no le parece una oferta del todo rechazable, partiendo de la base, tal que pintan las cosas, que la operación tiene mucho riesgo para el comprador.

–Lo consultará con mi familia, pero no creo que la esposa y mis dos hijas estén de acuerdo. Es que, arquitectos y constructores nos han dicho que el solar vale muchísimo más.

Al día siguiente, Matías recibe un aviso del concejal de urbanismo, citándole tan de urgencia que lo emplazó de una hora para la siguiente.

–Atienda, señor Matías. Quiero adelantarle que hay alguna posibilidad, mínima eso sí, de reconsiderar la situación..., lo que ya es motivo suficiente para empezar a hablar... –el concejal alumbraba una débil lucecita de esperanza-. Pero, ¡ojo!, las cosas hay que hacerlas
bien hechas. Quiero decir que usted no entiende de esto. Porque el mundo de la construcción y de la promoción turística es muy complicado, donde no es oro todo lo que reluce. Tenga usted en cuenta que el solar en cuestión apenas sería aprovechable en menos de un treinta por ciento, de acuerdo con las normas urbanísticas aquí vigentes. Además, es una zona sujeta a un plan especial lo que significa que el futuro propietario deberá afrontar los elevados gastos de infraestructuras, servicios..., etcétera. Y, claro, dudo mucho que en estas condiciones haya alguien dispuesto a invertir un montón de dinero, empezando por el precio de un solar que, como usted ha visto, no tiene un futuro muy boyante... que digamos.

—Sí, sí. Hay un promotor dispuesto a comprar. Pero, claro, sólo me ofrece quinientos mil euros. Y mi esposa dice que por ese dinero no se regala...

—Su esposa no tiene la menor idea de turismo. Dígale, además, que la codicia suele romper el saco. Y que si ella fuese más inteligente, le aconsejaría a usted que soltase ese solar cuanto antes.

—Pero, señor concejal, a ella le duele mucho que nos estafen, porque dicen que el solar vale seis millones.

—¡Dicen, dicen...! ¡Es de locura! ¡La insensatez no tiene límites! —escenificó el concejal, dando manotazos al aire—. ¿Quién le ha metido en la cabeza semejante disparate? ¿Sabe una cosa? ¡Dígale a su mujer que lo va a perder todo por dejarse intoxicar con cantos de sirena!

—Yo qué sé..., don Miguel. Pero si alguien me diera tres millones habría trato al momento. ¿Acaso es mucho? Hay que tener en cuenta que los impuestos también me quitarían un buen pellizco...

—No se ofenda, pero usted está loco o no sabe muy bien lo que vale un euro. En el caprichoso mundo del turismo ya no se ven burros volando. Así que, si se cierra en banda, peor para usted.

—Entonces, ¿qué hago..., don Miguel?

—Rezar a todos los santos del cielo, a ver si ellos... consiguen que cambie de opinión el señor alcalde, que es quien tiene la última palabra en este asunto. Váyase, que ya se le citará de nuevo.

Efectivamente, días más tarde se encontraba Matías delante de los dos ediles en el despacho del alcalde. Ahora era éste quien lleva-
ba la voz cantante, no ya en su condición de máximo mandatario del Pedregal, sino porque en cuestiones urbanísticas no se movía “una piedra que diera aceite…”, si no tenía el visto bueno del regidor.

—Ya es hora de hablar sin tapujos, señor mío —empezó su perorata el alcalde, ante un Matías cada vez más acongojado—. Debo decirle de antemano que usted no se va a llevar por la cara, de balde y de la noche a la mañana y sin comerlo ni beberlo, apenas por una suerte de terreno que era un pegujal hace cinco años, heredado de sus padres por más señas, lo que significa que a usted no le ha costado un céntimo, usted, repito, no se puede llevar por arte de magia negra nada menos que tres millones de euros...

—Mire usted, señor alcalde...

—¡Cállese que aún no he empezado! Por otra parte, tampoco puede pretender que un inversor, que además tendría que ser un profesional del turismo, lo que quiere decir que no puede venir a especular sino a crear riqueza, el cual, por tanto, deberá tener la previa conformidad de esta alcaldía, atienda bien, amigo Matías, se lo advierto antes de que usted se atreva a cerrar ninguna operación de compraventa, la persona que le compe a usted deberá tener el visto bueno nuestro…, así que, luego no se llame a engaño, digo e insisto que usted no puede pretender que un promotor responsable y sensato arriesgue un dinero considerable para obtener luego una miseria de plusvalía. Porque, es evidente que si él le compra a usted por tres millones, usted coge el dinero, ¡menuda bicoca!, y adiós muy buenas. Pero, claro, ¿a quién le correspondería otorgar la licencia para construir? ¿Y cuánto costaría a las arcas municipales llevar el agua y la luz al futuro hotel? ¿Y quién tendría que hacer frente a una medida tan impopular, cual es la de sustituir la belleza de un parque público por un mamotreto de hotel? ¿Eh? ¿Sabe usted, amigo Matías, quién estaría obligado a dar la cara ante el pueblo y sufrir el enorme desgaste político? No, hombre, no. Por ahí no estoy dispuesto a pasar. A no ser que el pueblo, fíjese bien, a no ser que el pueblo, representado en este alcalde, se vea recompensado por quien hace el negocio, que es usted.

—No hay cuidado, señor alcalde —por fin respiró Matías—. Estoy dispuesto a donar un millón de euros al pueblo, que mi familia con dos se conforma.
—La verdad es que usted no entiende ni jota del tema que nos ocupa... Mire usted, en estos casos es cuando el carro debe de ir por delante de los bueyes... O lo que es igual, el dinero, al menos un cincuenta por ciento, tiene que ir por delante no sólo de la licencia de construcción sino de los primeros avances y estudios urbanísticos. Siendo así, ¿de dónde va a sacar usted, de ahora para después como quien dice, medio millón de euros? Seamos realistas, caballero.

—Y también sinceros..., señor alcalde. Porque yo querría saber a qué atenerme.

—¿Más sincero todavía? —replicó el regidor municipal—. He sido más claro que el agua. Pero, para dejar zanjado el asunto y que usted no tenga que volver más por aquí, póngase en contacto de nuevo con ese promotor que usted ha dicho, y con nadie más, dígale que le suba el precio otro poquito, pero sin pasarse, eh, y deje que sea el nuevo propietario el que tenga que vérselas... con el ayuntamiento. Si acepta usted esta sugerencia, verá que al fin todos tan contentos...

Entonces Matías se vio en la necesidad de tener que tocar, ahora de propia iniciativa, a la puerta del promotor de marras. Quien le puso sobre la mesa una última y definitiva oferta de ochocientos mil euros.

—Ni un euro más, amigo Matías. Si no, yo no le sacaría al solar ninguna rentabilidad. Sí, sí, créame. Usted no se imagina los obstáculos que hay que remover... y los palillos que hay que tocar..., en un envite como éste, antes de disponer de una definitiva licencia para poder construir.

De todas las entrevistas que mantuvo, siempre salió abrumado por la descorazonadora y humillante impresión de que estaba siendo chantajeado sin el menor escrúpulo. Pero una especie de instinto de conservación le aconsejaba no elevar el tono de la protesta porque entonces el resultado iba a ser aún peor. De modo que en su fuero interno experimentaba algo parecido a la aplastante sensación de derrota que amargaba al viejo de la novela de Hemingway, cuando comprobaba que su formidable pez era devorado antes de llegar a puerto por las dentelladas y los zarpazos de los tiburones.
Entonces, aconsejado de su familia, Matías decide trasladarse a la capital de la provincia, en el intento de agarrarse al clavo ardiendo de una entrevista de salvación con el presidente del partido político Ideales Patrios, a fin de suplicarle que metiera en cintura al alcalde y al concejal de urbanismo del Pedregal, militantes de este partido.

—No sea usted quisquilloso pensando mal de estos esforzados servidores públicos —puntualizó el presidente provincial—. Ya que, según los informes que recabé cuando usted me pidió esta entrevista, ellos se han limitado a aplicar el justo Principio de la Compensación, en el sentido de que usted va a obtener de la noche a la mañana una plusvalía escandalosa, de la que también debieran beneficiarse los habitantes del Pedregal.

—Sí, por supuesto. Les dije que estoy dispuesto a donar una buena cantidad de dinero para beneficio público. Aunque, antes de nada, me gustaría que usted averiguara qué hay de cierto en los rumores que han empezado a circular por el Pedregal, referidos a que el concejal de urbanismo es socio de la persona que me ofrece ochocientos mil euros por una propiedad que vale seis millones.

—No, no. Por ahí si que no paso. Si usted vuelve a extender la menor sombra de calumnia sobre la imagen personal de mi apreciado compañero Miguel, de una honradez a prueba de bomba, doy por finalizada esta entrevista.

—Pido perdón si ofendo. Pero trato de defender lo único que tengo.

—Le comprendo y le disculpo. Pero en el caso de que a usted se le haya pedido alguna cantidad de dinero extra, sólo habrá sido para fines de puro beneficio público. Por ejemplo, a mí tampoco se me caen los anillos si tengo que pedirle una cantidad a beneficio de mi partido. Bueno, antes debo preguntarle, ¿usted es de los que creen en la democracia?

—Porque creo, exijo que los cargos públicos sean y parezcan honestos.

—Entonces sabrá usted que sin partidos políticos no puede haber una democracia sana y fuerte, ya que los partidos son las herramientas imprescindibles para construir y consolidar una auténtica
conciencia democrática. Pero ese hermoso objetivo cuesta mucho dinero, querido Matías. Porque hay que dedicar personas de valía, locales, propaganda, información, tiempo, formación y tantas cosas más para dar vida a los partidos y, por ende, a la democracia. Y nada tiene de censurable que en determinadas y favorables circunstancias, y de modo directo y puntual, el ciudadano contribuya a sufragar una porción de estos gastos.

–De acuerdo. Aunque su partido no es el mío, cuente usted con que si vendo, donaré una buena cantidad de dinero, pero dependiendo de mi voluntad, sin más imposiciones, es lo que yo digo.

–Si es así, no hablemos más. Despréndase de ese solar, que no vale por sí mismo esos ochocientos mil euros que le han ofrecido, done el diez por ciento a Ideales Patrios, lo que estaría justificado en base al Principio de Relatividad Política y al equitativo Principio de Compensación, y dedíquese a disfrutar de la vida sin agobios.

A Matías le bailaban los ojos en las órbitas, inquietos y resaltantes, sin duda por efecto del desconcierto sobrevenido mientras escuchaba al otro, el cual, no obstante, prosiguió:

–Además, me han dicho que a usted le gusta viajar. Pues, coja un dinerito fresco y viaje usted y recorra el mundo, que esta es la última oportunidad a sus años.

–Qué cosas tiene la vida… –Matías empezó a hablar con la soltura que le proporcionaba el hecho de que no tenía nada que perder y ayudado de la sabiduría prestada por setenta años de una vida nada fácil. Mire usted, señor Soriano. Mientras usted hablaba y invocaba sus Principios de Reciprocidad, y de Compensación, y de Relatividad Política, yo estaba pensando. Y pensando he llegado a la rápida conclusión de que prefiero ver transformado el solar en parque público.

–¿Y eso?...

–Porque es la única manera de que mis nietos, aún pequeños, saquen algún beneficio provechoso del solar del abuelo.

–Por favor, Matías. Como chiste no está mal, pero, de ser cierto lo que usted dice, ¡en mi vida hubiera visto una cabezonería más estéril!
—No, no crea... Tampoco es una negativa caprichosa, ni mucho menos, sino basada en el Principio del Cálculo de Probabilidades...

—¿De probabilidades?... No... no alcanzo a entender...

—¿Ah, no? Sepa usted que yo también tengo mis principios... Y actúo de acuerdo a ellos. Sí, se lo explico enseguida. Verá. Si yo me dedicara a viajar de aquí para allá, como usted me aconseja, voy a tener que estar constantemente saltando de un continente a otro, de ciudad en ciudad, de hotel en hotel, cogiendo aviones, trenes, barcos. Y entonces, en base al Cálculo de Probabilidades..., sería bastante probable que si se estrellara un avión, descarríara un tren, naufragara un barco o volcase un autobús, yo fuese una víctima más del tal y más que probable accidente. Y como usted comprenderá, además se lo aseguro, Matías no tiene el menor interés en morir viajando. Evento que no podrá ocurrir si me limito a llevar a mi esposa al parque, ¡sí, a mi parque...!, en un carrito empujado por los nietos.
A aprende, hijo, aprende

LOS padres de familia de un mundo violento como el actual, fabricado a imagen y semejanza del interés y la codicia, no consiguen sustraerse a la fascinación que ejerce sobre ellos toda esa gama completa de antivalores que domina las relaciones mundanas. An-tivalores tan rentables y cotizables, que son admirados y deseados por los más listos, perseguidos con saña por los más ambiciosos, imitados por los dueños de vidas y haciendas.

–Atiende, hijo. Observa que tipo más extraordinario es don Fulano. No sabes cuánto vale el don Tal. Y cuánto mérito tiene el don Cual. Me gustaría que imitaras a don Mengano. Aprende ese arte que él sabe emplear para engañar al más pintado. Fíjate con que facilidad intriga en los trances más complicados. Y con que soltura miente cuando conviene a sus sagrados intereses. Jamás tiene reparos en mandar a las cloacas aquellos asuntos que no le produzcan dinero. Y ahí lo ves: nadando en un mar de oro. Pero lo que más envidio de él es la discreción y seriedad que sabe emplear para burlarse de todo lo divino y humano. Y con cuánta elegancia es capaz de despellejar de un envite lo mismo al confiado que al ingenuo. Además, y si es preciso, sabe hacerlo con la sonrisa a flor de labios, suavemente, como si acariciara. ¡Qué redaños tiene, el hijo de puta! A ver quién se atreve a negar que el tal personaje es un tipo superior. Y, claro, con ese bagaje de valores y pertrechado de tantas cualidades de triunfador, todo el mundo le rinde pleitesía. Así
que, sigue sus pasos, hijo. Jamás te achantes ante nadie. Porque tu misión en la vida, cueste lo que cueste, es pasar siempre por encima del otro. Que el que no abusa para imponerse, no es temido. Y el que no es capaz de dar un garrotazo al primero que se le atraviese en el camino, no tiene futuro. En fin, que para ser respetado no hay nada más práctico y eficaz, hoy y siempre, que descubrarle la cabeza al que se atreve a darte un empujón.

Así suelen ser los padres y las madres. Y, por el cariz de la cosa, es probable que también lo hayan sido los padres de los padres.

Los seis jovencitos imberbes –esos que ya estaban siendo programados debidamente para ejercer de verdugos en el futuro– deciden reunirse en asamblea esta mañana, dispuestos a decretar la caza del primer inocente a tiro. Enseguida consiguen ponerse de acuerdo y juramentarse para pasar a la acción:

“Aquí hay un voluntario para buscar el veneno”. “Aquí hay un voluntario para dárselo” “Y yo también” “Y yo…”

La ofrenda siguió en ronda, igual que preparándose para ejecutar un rito sagrado. Hasta el extremo de que cada cual, a continuación, se preocupó de hacer la invocación a su dios particular:

“Juro por Dios que nunca diré nada a nadie”. “Y yo”. “Sí, todos juramos por Dios guardar silencio para siempre”, remacharon, solemnes y solidarios, los cinco restantes.

Y al atardecer de ese mismo día, cuando Ernesto se disponía a regar una plantación de frondosas hortalizas en el pequeño huerto situado a menos de cien metros de casa, llegó “Lucero” en carrera loca y se detuvo frente a aquél, justo a sus pies, semejando una criatura atemorizada que pide amparo con la mirada, y que además trae la sospecha y el miedo pintados en relieve en el hocico.

Ernesto pudo observar que una de las patas delanteras de Lucero, la derecha, le temblaba mediante sacudidas rítmicas y pausadas.

«¿Qué te pasa hoy, Lucerillo? Eh, amigo, ¿te ocurre algo?», dice, poniéndose sobre aviso, mientras le acaricia una oreja.

La pata seguía temblándole, siempre con una especie de tic intermitente. Entonces miró a Ernesto y luego a su pata, haciéndolo de una manera indefinible, como en una actitud mezcla de
sobresalto y de espera... Más tarde dio unos pasos inquietos al frente, en sentido contrario al de su llegada. Pero poco después el can ya sacudía y movía las dos patas con notoria dificultad. No obstante, Lucero no se resignaba a la derrota y proseguía moviéndose a duras penas de un lado para otro. Por ejemplo, se desplazaba unos metros y, sin detenerse, volvía a cubrirlos en sentido inverso, siempre poseído de un extraño desasosiego. Algo más tarde se acercó de nuevo a Ernesto y le dirigió una mirada llena de desespero, del todo sorprendida e interrogadora. Y a partir de entonces los aullidos eran intranquilos e inquietos los gemidos, pero todavía sin aspavientos, sino de una manera fina y honda, sin excesivo escándalo.

Ernesto lo atrajo hacia sí y comenzó a acariciarle las patas, a frotárselas suavemente. Entonces el can, igual que acosado por una fuerza desconocida, se zafó de las manos de Ernesto e intentó correr abiertamente, como si quisiera comprobar sus fuerzas, o quizá tratando de huir de un mal que notaba estaba haciendo estragos en sus entrañas.

Por consiguiente, era inevitable que los quejidos y aullidos lastimeros fuesen subiendo de tono, al tiempo que progresaban los movimientos incontrolados de sus gestos externos. Incluso hubo un momento en que hizo amagos de iniciar una carrera, pero otra vez volvió a caer al suelo pesadamente. No obstante, alcanzó a levantarse y, ayudándose de impulsos trabajosos y torpes, intentó emprender otra carrera trompicada y sin rumbo, pero unos metros más allá volvió a dar con su cuerpo en tierra.

En uno de estos lances, Ernesto corrió como una centella en dirección a Lucero, que había quedado tumbado de costado unos metros más allá, y lo puso de pie, pero al instante volvió a caer fulminado al suelo. Ahora la lengua del infeliz animal debía de estar quemándose a llama viva porque le colgaba medio palmo fuera, convulsionada y amoratada. Y las líneas del hocico también estaban desencajadas y dolorosamente descompuestas. Los aullidos ya son profundos, agudos, quejumbrosos. Mientras, el vientre del Lucero, más hinchado que al principio, no para de subir y de bajar como un acordeón, jadeando constantemente. En ese momento Lucero
dirigió a Ernesto una mirada de fuego, que, de tan angustiosa, tras-pasó el alma de éste. Mirada que encerraba la ternura de ayer pero en desgarradora despedida... Y en la que también se contenía el desengaño más implacable y el desespero más cruel. Es decir, era una mirada que expresaba y resumía el dolor de los dolores. Y, más allá de tanta amargura, desprendía sobre todo una súplica infinita: “¡Sálvame! ¡Sálvame, mi amo! ¡Líbrame de esta muerte impía que quiere separarme de tí! ¡Porque me estoy muriendo, sí, muriendo quemado por dentro...! ¡Y ya ves, mi amo! ¡Me han matado con halagos! ¡Me han matado aquellos en los que siempre confié y a quienes siempre consideré amigos leales!”

Continuaba recostado sobre la parda tierra, encima del húmedo forraje, mientras el vientre proseguía inflándose y contrayéndosele con espasmos constantes, casi metódicos. Hasta que poco después, luego de dar un alarido agudísimo e interminable, desolador y profundo, el cuerpo de Lucero se tensó como un rígido madero.

Ernesto, que de pronto consiguió sobreponerse al anonadamiento que lo tenía casi paralizado, gritó desesperadamente:

«¡Lucerooo...!! ¡Lucero, has muerto...!!».

Entonces el moribundo Lucero, igual que estremecido por el grito desgarrador de Ernesto, dio algunas señales de vida, retornando de pronto el movimiento a una de sus patas, al tiempo que expulsaba algunas heces de color negruzco y orina. Por lo que se veía, aparentaba, y sólo aparentaba, estar algo más aliviado. Sin embargo aquella lengua colgante se tornaba cada vez más grande e iba adquiriendo, a cada minuto que pasaba, una tonalidad de un morado intenso, casi negro. De modo que, a juzgar por la densa oscuridad de los ojos vidriosos y por la descomposición del hocico, convertido en una inmensa arruga doliente, junto al morado intenso de la temblorosa lengua, el interior del cuerpo del Lucero debía estar calcinándose a fuego lento.

«¡Pero, si es veneno...! –gritó Ernesto, martirizado por una deducción hecha de pronto, en base a los inconfundibles signos que venía observando–. ¡No es posible, Lucero! ¡Te han envenenado! ¡Maldito quien haya sido! ¡Si yo lo supiera, traspasaría el alma a ese desalmado! ¡Te han envenenado...!». 
Entonces corrió a toda prisa en busca de aceite comestible, de cuyas cualidades para contrarrestar los deletéreos efectos del veneno había oído hablar en alguna ocasión.

Entretanto, Lucero había conseguido levantarse por sus propios medios, e incluso pudo caminar, siempre desorientado y dando tumbos, apenas unos metros en sentido contrario al huerto y a la casa, como si buscara la soledad absoluta para morir luchando hasta el final. Pero unos metros más allá dio de nuevo con el cuerpo en tierra, derribado por la aplastante mole de la muerte a cuestas.

Apremiado por la urgencia del caso, Ernesto no atinaba a encontrar el aceite porque tenía la mente totalmente obnubilada. Sin perder más tiempo echó mano de una buena provisión de leche cruda, ordeñada poco antes, de la que también se decía era un antídoto efectivo. Como pudo abrió las fauces del cán, completamente rígidas y obstinadas, y vertió en su estómago medio litro de leche. Segundos después el Lucero la vomitó a impulsos intermitentes, mezclada con saliva espumosa. Allí, tumbado sobre el costado derecho, agonizaba lastimosamente, acompañado ahora de unos débiles alaridos confusos. Porque la respiración ya era trabajosa e insegura, algo ronca y sibilante: estertórea. En cambio no dejaba de estirar hacia delante la pata delantera izquierda para volverla a recoger otra vez, en un movimiento oblicuo; primero hacia el frente y luego hacia atrás, en un ejercicio lento y pausado, como si con este tozudo y angustioso gesto tratase de ahuyentar y de poner en fuga a una muerte que de modo implacable le estaba ganando la partida.

En vista del trágico panorama, a Ernesto no le quedaba otra alternativa que morderse los labios y retorcerse las manos, y la mirada llena de fiereza desparramada en derredor, sin dejar de gritar e impecar, una y otra vez:

«¡Dime quién ha sido, amigo Lucero! ¡Dímelo…! ¡Cuánto daría yo por saberlo! ¡Porque quien abusa o mata a un ser noble y confiado, será maldito por los siglos de los siglos!».

Media hora más tarde acabó la agonía de Lucero. Fue cuando se escuchó un quejido potente y de seco estruendo. Un son cortante y desgarrador, procedente de las atormentadas entrañas de Lucero.
Este gemido sobrecogedor era nada menos que el son sostenido del hilo de la vida al romperse para siempre.

Ernesto abrió una pequeña fosa al pie de un naranjo, que crecía lozano al lado de la puerta de casa, y le dio sepultura. Luego se sentó sobre la removida tierra y permaneció buen rato, reflexionando en torno a la maldad y el abuso; en relación con la crueldad y el daño; y sobre el odio y la insensatez.

—...Y ya que tus padres, hijo mío, no hemos podido llegar a tales extremos de gracia, será porque Dios no ha querido darnos tan excelsas cualidades, aplícate, hijo, observa, aprende, imita. Actúa siempre sin remilgos ni escrúpulos de conciencia. De esta manera, el día de mañana estarás en condiciones de adquirir esa credencial superior que te permitirá abusar y pisotear a los demás con todo el derecho del mundo y además con categoría. Y que nadie dude que tus padres, entonces, íbamos a estar, estaríamos muy orgullosos de ti.

«Claro que sí. ¿No habéis visto el resultado? Se empieza por el Lucero...».
No te mates, por favor

CARILANDIA estaba surcada de toda clase de carreteras, vías y autopistas para uso y abuso de miles de vehículos de todas las marcas, modelos y cilindradas. Un país del que decían era muy moderno y desarrollado porque las personas eran valoradas y respetadas en función de la marca y del valor económico del vehículo que usaran. Sin que nadie sospechase todavía que esta adoración al dios rodante traería un día la desgracia a la nación, llenándola de tullidos, de heridos y de muchos muertos, sepultados para siempre bajo una negra capa de hojalata y de chatarra humeantes.

Este riesgo empezó a convertirse en realidad maldita cuando una motorización desorbitada, transformó los accidentes del tránsito rodado en un ingente problema de salud pública, lo que también traía aparejado un coste insosportable en el apartado económico.

A título de ejemplo, los accidentes de esta naturaleza llegaron a ser la principal causa de mortandad (contabilizados por miles al año) entre jóvenes con edades comprendidas entre cinco y veintinueve años, a lo que había que añadir un elevado porcentaje de incapacidades y minusvalías.

Por todo ello, se hizo necesario que expertos en la materia analizaran en profundidad la causas de tales accidentes. Y enseguida llegaron a la conclusión de que estaban ocasionados, de modo fundamental, por factores ambientales y mecánicos.

Al propio tiempo, los llamados creadores de opinión (nuevos profetas del ahora para después, muy abundantes en Carilandia)
entendían que la culpa de este desastre social la tenía el gobierno de la nación, remiso en arbitrar medidas eficaces para poner coto a un desorden tan dañino. En consecuencia, y a remolque de una opinión pública sagrada desde el punto de vista electoral, el gobierno de turno decidió poner en práctica una serie de medidas coactivas e informativas, mitad y mitad, de cara a alertar y prevenir a los conductores; medidas consistentes en pintar señales de ordenación del tránsito rodado, en colocar discos informativos, estrenar anuncios preventivos, difundir leyendas disuasorias, y en desplegar una abrumadora vigilancia en las vías interurbanas a cargo de agentes especializados en tránsito, ya que no sólo era conveniente informar, sino que también era imprescindible sancionar las conductas negligentes.

Muy pronto se demostró que dichas medidas no eran el remedio adecuado porque pecaban de blandas. Y entonces se hizo necesario emplear instrumentos más contundentes, como, por ejemplo, la difusión, con gran despliegue informativo, de un conjunto de exigencias que llevaban aparejadas unas correspondientes sanciones en caso de incumplimiento. Pero ni por éstas. Los siniestros aumentaban, los muertos se triplicaban, los heridos colapsaban los hospitales los fines de semana y los incapacitados permanentes aumentaban, siendo infinito el dolor de las familias y cada vez más costoso el gravamen económico sobre las arcas públicas.

¿Qué estaba pasando, pues? ¿Por qué causas aumentaba aquel desbarajuste caótico? Por fin, se llegó al convencimiento general de que la inmensa mayoría de los accidentes se debían al exceso de velocidad, al incontrolado consumo de alcohol y a las distracciones negligentes. Lo que suponía que las señales limitativas de velocidad apenas constituían meros adornos en las carreteras, que los conductores no se dignaban perder el tiempo leyendo las señalizaciones y que sentarse al volante con medio litro de alcohol en el cuerpo era un proceder casi normal. “He ahí la cuestión”, se dijeron las mentes pensantes. Hay que coger el toro por los cuernos e ir al fondo del asunto, porque aquí no hay zarandajas ambientales ni factores mecánicos, sino el nefasto resultado de un comportamiento humano estúpido. No obstante, las mentes pensantes no se
imaginaban que estaban ante un problema insoluble. Puesto que, si bien en tiempos pasados el estúpido tenía a mano sólo una piedra o un palo para hacer daño, hoy cualquier necio tiene un vehículo a su disposición.

Por consiguiente, la administración pública volvió a iniciar una campaña divulgativa colosal, con la pretensión de que llegara a todos los rincones de Carilandia. Y que estaba basada en nuevas señalizaciones y mayores controles, y que contenían docenas de mensajes educativos y también disuasorios, que además pretendían ser ejemplarizantes porque determinadas conductas peligrosas por temerarias estaban castigadas con penas privativas de libertad.

Pese a esta campaña audiovisual, la siniestralidad proseguía en escala ascendente. Al extremo de que el mismo jefe superior de tránsito de Carilandia estimó positivo enviar un mensaje televisado al país, al objeto de alertar a los conductores sobre la grave situación y pedirles cordura en la carretera. Llegado el momento, el alto cargo público habló durante cinco minutos, encareciendo a todo el mundo responsabilidad y prudencia al volante, e incluso quiso finalizar su intervención con las manos arqueadas en alto, los ojos cuajados de lágrimas y la voz temblorosa y suplicante: “¡Tenemos que ser conscientes de que la vida no se repite! ¡Por eso, conductor, no te mates al volante! ¡Sí, por favor! ¡Te lo suplico de todo corazón! ¡¡No te mates!!”

Al día siguiente, las críticas de la oposición política y de los medios informativos fueron tan negativas, que exigían el cese inmediato del responsable de tráfico por no haber tenido el menor recato en alarmar a los ciudadanos con llamadas cutres y mensajes siniestros.

De todos modos, el gobierno se guardaba el último as en la manga, en orden a poner definitivo remedio a la cuestión. Y que consistía en un plan global para eliminar el vehículo como medio de transporte individual, facilitando de tal manera el transporte colectivo, que planeaban conferirle un carácter gratuito a nivel urbano y también interurbano.

Pero ni siquiera el partido que sustentaba al gobierno estaba dispuesto a apoyar una medida que implicaría un elevado coste
electoral, temeroso de que se considerase como un atentado flagrante contra las libertades individuales, con el consiguiente riesgo de ser rechazada sin más y con un alcance de auténtica desobediencia civil.

«Ni hablar. Antes prefiero morir en la carretera que privado de vehículo. Porque yo no soy yo sin mi coche...».

«Ni yo, ni yo, tampoco yo...».

Así pues, agotados todos los recursos administrativos y gubernativos, el ministro que ostentaba las supremas competencias en materia de tránsito, quiso hacer un último esfuerzo personal de persuasión sobre la ciudadanía. Para ello también se dirigió al país, confiado en que tocando las fibras sensibles de los ciudadanos, se produciría el milagro que les hiciera adquirir conciencia de la gravedad y envergadura de la situación. Y aunque era un político con fama de duro y arisco, no tuvo el menor reparo, al final de la intervención, en postrarse de rodillas ante la audiencia para suplicar a los televidentes, con los brazos abiertos igual que si quisiera dar un abrazo fraternal a todo el mundo:

“Agotadas todas las medidas a mi alcance, ya sólo me queda pedir a ti, conductor y conductora de Carilandia, un inmenso favor, invocando para ello el nombre de tus padres, el de tus hijos: ¡No te mates conduciendo! ¡No, por favor! ¡¡No te mates!!”

Mientras el ministro suplicaba con lágrimas en los ojos, el paciente de un hospital, al que habían amputado un brazo y una pierna la semana anterior, precisamente por causa de un accidente en la carretera, se descoyuntaba de risa. Y es que la criatura no podía evitar la risa porque le resultaba cómico ver a todo un ministro, de rodillas como un colegial castigado, suplicando sensatez a los conductores de Carilandia!

En resumidas cuentas, visto y más que comprobado que resultaban ineficaces todas las medidas legales y tantos esfuerzos informativos y preventivos, el gobierno encargó un dictamen a un ilustre equipo de sociólogos, analistas políticos, sicólogos y expertos en tráfico, para que opinaran sobre qué clase de medidas de carácter extraordinario era aconsejable adoptar en orden a paliar la intensidad y la frecuencia de los siniestros en carretera.
Una semana más tarde, el gobierno disponía de un exhaustivo informe, en el que se señalaba el dato incontrovertible de que las medidas sancionadoras se manifestaban ineficaces y que el repertorio de prohibiciones, en lugar de mejorar, agravaban la situación. Por lo tanto, las medidas convencionales resultaban contraproducentes. O lo que era lo mismo, el mal estaba en los efectos perversos y perturbadores que encierran las prohibiciones, las cuales suelen provocar un efecto contrario al perseguido y deseado, a buen seguro porque la rebelión instintiva contra las reglas impuestas forma parte sustancial de la condición humana desde los tiempos de Adán y Eva.

En consonancia con la opinión de los dichos especialistas, el Parlamento aprobó, por unánime decisión, una ley tan moderna como revolucionaria, mediante la cual se autorizaba a las personas mayores de edad a circular por las vías públicas de Carilandia sin sujeción a controles personales, ni a exigencias burocráticas, ni a señales; sin multas, sin odiosos y reaccionarios límites de velocidad, ni constreñidos por otras zarandajas punitivas. ¡Libertad absoluta para los conductores! El conductor no tendría más freno ni control que el de la propia responsabilidad, y sin otro límite que el individual compromiso moral de respetar la vida y la integridad física de todo prójimo circulante y andante, a cuyo fin debía poner el mismo esmero y precaución que si estuviese en juego la propia vida.

Alguna mente conspicua alertó públicamente sobre la peligrosa falsedad que encerraba la anterior premisa. Dicho así porque si bien en tiempos pasados, los humanos jugaban a la guerra para matar a otros, nunca para mutilar a sus propias personas, ahora, en cambio, se habían acostumbrado a usar el juguete del volante para matarse a sí mismos. De donde había que inferir que quien no ponía el menor cuidado en salvaguardar la propia vida, mucho menos iba a ponerlo para no lesionar la vida del prójimo.

Por el contrario, el sentir predominante en la sociedad, manifestado por las personas más significativas, venía a decir:

«Menudo acierto. Ya era hora de que se nos reconociera madurez de personas adultas. Porque nos han venido tratando como a estúpi-
dos, caramba. Cada quien ya es mayorcito para saber lo que hace o deja de hacer con un volante en las manos. Basta de imposiciones. ¡Libertad! Que las personas tenemos criterio propio».

Durante la primera semana en vigor de la "ley de la libertad" —así fue saludadá—, los conductores y viandantes morían como conejos. Pues, era imparable aquel frenesí colectivo por circular con el pie a fondo en el acelerador. Todo el mundo de un lado para otro porque sí, porque resultaba la mar de excitante conducir al borde del abismo. Nadie respetaba a nadie y maricón el último.

«Es la falta de costumbre —justificaban las mentes avanzadas, defensoras de la medida—. Aún es pronto, y, ya se sabe, somos animales..., eso es, animalitos de costumbres. A buen seguro, la cosa habrá mejorado en un par de semanas».

En cambio lo único demostrado al paso de los días era que nadie aceptaba llegar a destino después que el otro. Y cada cual quería salir en los cruces antes que el otro. Y cada quien adelantaba por donde mejor le convenía a sus caprichos. Por esta causa, los piques y desafíos eran constantes. Y el vehículo más fuerte trompicaba al más débil. De modo que los conductores más avezados eran los únicos que conseguían echarse fuera de la calzada cuando veían venir, por ejemplo, un camión o un transporte pesado a todo trapo. Y los peatones, sólo los que podían correr como gamos, claro está, huían como descosidos delante de unos vehículos cuyos conductores disfrutaban pisándoles los talones. Además, empezó a darse la curiosa circunstancia de que en cuestión de días fueron elaborados de la nada por los interesados, y aplicados sin contemplaciones por los conductores beneficiarios, ciertos preceptos reglamentarios que allanaban las dificultades sobrevenidas puntualmente, en el sentido de que quien conducía un vehículo de lujo o muy caro, o el de carcasa fuerte y pesada —valorado todo esto a ojo de buen cubero—, invocaba una suerte de derecho natural de preferencia, en todas y cada una de las ocasiones, sobre el vehículo más débil o de aspecto más modesto. Lo que llevaba a que las riñas violentas por esta causa, de puro corte aristocrático, provocaran otras muertes e incrementasen el número de heridos, haciendo aún más trágico el caos imperante.
«No hay que alamar a la población. Los estudios realizados al efecto, señalan que la situación irá normalizándose a media que los cretinos al volante se vayan eliminando solos y sólo queden circulando los sensatos».

Sin embargo, el mayor inconveniente de una situación que traía de cabeza a los poderes públicos, radicaba en que los hospitales y clínicas estaban sobrepasados y saturados, con el personal facultativo y no sanitario prestando atención exclusiva a los accidentados más graves, al tiempo que los servicios funerarios no daban abasto para enterrar los cadáveres. A esto había que añadir el esfuerzo sobrehumano de los operarios de las carreteras y autopistas, que debían trabajar día y noche para poder despejar las vías de obstáculos humanos y materiales, a fin de que los sobrevivientes pudieran seguir circulando.

«Un poco de paciencia —pedía el mensaje oficial—. Muy pronto quedarán circulando sólo los sensatos».

Pero la matanza no cesaba porque los supuestos sensatos debían estar contagiándose de esta especie de fiebre circulatoria, que algunos seguían llamando “de la emancipación”. Al punto que el gobierno hubo de cursar una orden a los conductores —orden disfrazada de ruego o consejo para que fuese atendida—, al objeto de que quien quedase en mejores condiciones físicas después del trompetazo, se encargara de avisar primero a la grúa, a fin de que la calzada quedara despejada cuanto antes, y sólo en segundo lugar a la ambulancia. Y que procurase que el muerto o el herido tuviese acomodo rápido fuera de la vía, simplemente para que estorbase lo menos posible a la circulación.

Seis meses más tarde, ya se notaba que las carreteras clareaban y se podía circular con bastante holgura. También era cierto que todavía quedaba algún imprescindible sembrando el terror al volante, pero como ahora se podía circular sin freno alguno y los vehículos estaban preparados para volar como aviones, ellos solos se despachurraban, sin necesidad de darse de morros con el despistado que viniera de frente.

En definitiva, aquel desordenado estado de cosas fue estabilizándose poco a poco, hasta que llegó el momento en que ape-
nas circulaba algún tractor, las ambulancias, los nunca estimados transportes públicos (desestimados por todos porque a todos nos hacen como más iguales), y los contados sobrevivientes que habían optado por desplazarse en motocicletas y bicicletas.

Por fin, desterrado el peligro, el único temor residual estaba en que algún día pudiera reproducirse la misma situación de tragedia generalizada, precisamente cuando los niños de ahora se hicieran mayores, y, al igual que sus padres, cayeran en la absurda trampa motorizada, víctimas de la fiebre perniciosa de matar y de matarse del modo más infatil posible, es decir, con el juguete de un volante entre las manos. Claro que, en tal caso, habría de ser peor para ellos, sencillamente porque ya se disponía de una medida absolutamente eficaz: la única en condiciones de atajar de raíz una anomalía tan social, es decir, tan estúpida.
Viva la monarquía

ÉRASE un país llamado Carilandia, donde el progreso económico llegó a ser tan desmesurado e igualitario, que no se encontraba una sola persona dispuesta a presumir menos que el vecino o en disposición de sacrificarse más que el prójimo. Esto hacía que nadie quisiera desempeñar las tareas más humildes o desagradables de la sociedad. Tareas que son tan infravaloradas y hasta menoscopiadas en el común aprecio público, pero del todo esenciales para el normal funcionamiento de un régimen de vida estable en una sociedad organizada.

Así las cosas, hubo de llegar el día en que el normal funcionamiento de los transportes, de las prestaciones sanitarias más modestas, de las labores de limpieza pública y, en general, las tareas del sector de los servicios eran tan deficitarias, que daba lástima ver como los enfermos morían en los hospitales, no porque carecieran de asistencia médica, sino de los cuidados más elementales; y los desvalidos fallecían huérfanos de asistencia en los centros de acogida, y las calles y plazas rebosaban de basura, y los clientes de los restaurantes tenían que fregar los platos después de la comida si querían comer, y los servicios de limpieza en los hoteles debían ser atendidos por los propios usuarios; de modo que, por no haber, no había nadie dispuesto a cargar una bombona de gas o a trasladar un bulto pesado de aquí para allá.

Comprobado que el quebranto económico era total y que la vida en sociedad se había vuelto insufrible, las distintas representaciones
políticas, sociales y económicas se entregaron a buscar respuestas eficaces y más o menos definitivas. Y una de las primeras medidas estuvo en ofertar sueldos astronómicos a quienes afrontasen los trabajos más humildes, de manera que el pinche de cocina de un hotel estaba en condiciones de ganar más sueldo que el director del mismo hotel, en base a la clásica ley de la oferta y la demanda. No obstante, este sistema se mostraba ineficaz como solución a nivel estatal.

«¿Cómo dice usted? De eso, nada. Que vaya el suyo. Porque mi hijo no va a trabajar barriendo calles ni de coña. O de cuello y corbata como un señor, o a casita, y tan ricamente».

Al punto que se hizo necesario consultar en referéndum la posibilidad de recurrir a la mano de obra extranjera procedente de la inmigración. Pero la propaganda desplegada de forma unánime por los partidos políticos y las distintas asociaciones profesionales, exponiendo el panorama sombrío que ofrecía el fenómeno migratorio, tanto a medio como a largo plazo, en los campos de la docencia, de la asistencia sanitaria, de la seguridad ciudadana, y también y sobre todo el miedo al previsible colapso de las prestaciones sociales, no tanto las activas del presente cuanto las pasivas del futuro, hicieron que la respuesta popular a la consulta fuese negativa. En este sentido, el periódico que más influyó en el gobierno de turno decidió zanjar la cuestión con una sentencia lapidaria:

“Recurrir a la inmigración sería un parche para hoy y el caos para mañana”.

Rematando la negativa con un argumento que nadie podía rebatir:

“Los hijos de los inmigrantes de hoy, tampoco querrán apegar pasado mañana con el devaluado trabajo realizado por sus padres”.

¿Qué hacer, pues?

El gobierno de Carilandia estimó asunto de urgencia la convocatoria de un concurso de ideas a nivel estatal, dotándole de la mayor publicidad posible. Puesto que, en vista de que las mentes dirigentes del país se mostraban incapaces de encontrar una solución acertada, en el sentido de que fuese aceptada por todos, se
hacía aconsejable prestar atención a todo el mundo, incluidos los tontos de capirote, apelando a la remota esperanza de que en algún apartado confín de Carilandia apareciera una mente privilegiada, anónima por supuesto, que alumbrara una idea luminosa que permitiera al país salir del colossal atasco económico y social.

Como resultado de dicha convocatoria, en un lugar muy alejado del interior del país, surgió un hombre del entorno rural y de inalterables convicciones republicanas, llamado Cosme Damián, que contaba con la ventaja de que conocía profundamente a las personas porque se conocía a sí mismo mejor que a la palma de su mano. Este simple campesino ideó el llamado tratamiento-solución apenas puso a funcionar el caletre. Por medio de un planteamiento que, si en principio podía parecer descabellado o fantasioso, una vez analizado en profundidad resultaba un remedio inigualable, toda vez que se apoyaba en los graníticos pilares de la infinita estupidez humana.

Sin perder más tiempo y con un disgusto enorme en el fondo del alma, sí, se ha dicho bien, con franco disgusto, aquel inveterado republicano se trasladó a la capital de Carilandia con la inaudita propuesta en la sesera.

La Cámara Legislativa fue convocada de urgencia, con asistencia del gobierno en pleno, lo que conllevaba que todo el país estuviese pendiente de la intervención del rústico Cosme Damián, el cual se mostraba algo nervioso porque le exigían exponer desde la tribuna del hemiciclo el contenido de aquellos estudios suyos, que debían encerrar las conclusiones que ansiaba todo el país.

—No, señor, no hay nada escrito. La fórmula la traigo aquí... —aclaró Cosme a una pregunta del presidente de la Cámara, igual que taladrándose el parietal izquierdo con el índice de una mano.

—O sea, usted dice que trae en la cabeza esa supuesta solución como quien trae un simple recuerdo, ¿no es eso? Vaya, vaya... No quiero pensar que yo haya convocado de balde a sus señoríass. Pero, bueno, diga usted... Sí, hable; hable cuanto antes...

—Ejem, ejem... Gracias, señor presidente —empezó Cosme, todavía con un nudo en la garganta. Pero se acopió de valor y prosiguió—: Señoras y señores, quiero dejar bien sentado que siento
tener que decir, ya de entrada, que la situación tiene arreglo porque tenemos un rey... Es decir, la solución a este estado de “brazos caídos”, que está haciendo imposible la vida en Carilandia, la tiene, precisamente, el rey de este país...

—Elemental..., querido Cosme. Claro, a usted le han dicho que el rey es el jefe del Estado. Y usted ha supuesto, en buena lógica campestre, que el rey, como es el jefe supremo, deberá tener una varita milagrosa capaz de solucionar cualquier papeleta, por muy difícil que fuere... ¿A que sí? ¡Ay, Cosme Damián, Cosme Damián! ¿Y para deciros esta simpleza ha venido usted de tan lejos? —refía y exclamaba el presidente en plan de guasa, al tiempo que los diputados desaprobaban la intervención de Cosme con rebuznos y otras expresiones burlescas, insultos y risas estridentes.

—Les ruego que las burlas queden para el final, si procedieren..., porque aún no he empezado... —Cosme, que ganaba confianza en sí mismo porque desde la elevada tribuna apreciaba, con una nítidez reconfortante, las caras de lelos de los otros, añadió—: Yo me estoy refiriendo a que el remedio a los graves males que aquejan a nuestro país, el único remedio, está encerrado en una facultad especial que sólo poseen los regímenes políticos bajo la forma de monarquía...

En este punto fue interrumpido de mala manera por el presidente, tentado de expulsar a Cosme del recinto parlamentario, pues, aparte de una creciente desconfianza en la capacidad de éste para siquiera opinar sobre un tema de tanta envergadura intelectual, sospechaba que estaba dirigiéndose a la Cámara con tanto sarcasmo que más bien constituía una insolencia.

—¡Alto, alto! ¿Acaso se burla usted de esta honorable Cámara? Sí, vamos a ver, Cosme Damián Vallecorto. Tengo en mis manos unos apuntes personales sobre su vida y andanzas, en donde consta que usted ha sido desde siempre un republicano furibundo. Siendo así, ¿cómo es posible que usted afirme que el sistema monárquico dispone de la fórmula ideal para solventar la desastrosa situación económico-social en que está sumido nuestro querido país?

—Comprendo las reticencias, señor presidente, y estoy dispuesto a disculparlas.... Pero, permítame que continúe la disertación...
la seguridad en sí mismo era ya apabullante—. Reconozco, sí, reconozco a mi pesar, que mi teoría va a consolidar la monarquía de Carílandia por varios siglos, pero no puedo olvidar que los supremos intereses de nuestra Comunidad Nacional deben estar muy por encima de personales y a veces mudables convicciones políticas.

Cosme Damián siguió hablando durante media hora, cerrando la intervención con la siguiente frase:

—Estoy seguro de que muy pronto, en apenas varias semanas, sus señorí as podrán comprobar que la vanidad humana, aprovechada convenientemente, puede llegar a ser más fructífera para la sociedad que el estiércol para el campo.

Explicó su fórmula con una nitidez y un poder de convicción tan apabullantes, que todos la aplaudieron entusiasmados, al punto que fue transformada en ley sobre la marcha e inmediatamente la trasladaron al rey para que la sancionara.

El meollo del asunto estaba en que como nadie quería ni necesitaba trabajar por dinero en tareas ingratas y menospreciadas por la generalidad de ciudadanos, era obvio que además de dinero había que ofrecer otra contraprestación que fuese atractiva para la gente, algo que poseyera una suerte de magia irresistible para esa especie de egos andantes… que somos los humanos.

—Entonces, si aparte de una generosa paga mensual, se otorgase a los titulares de estos trabajos de carácter insalubre y desagradable y penoso, un título nobiliario al final de un compromiso laboral de como mínimo cinco años de duración, la calamitosa situación actual no sólo se solventaría de inmediato, sino que, me temo, sería de esperar se produjeran conatos de altercados de orden público ante la avalancha de peticionarios, ya que, a buen seguro, todos querrían ser los primeros… —exponía Cosme ante un auditorio rendido a su razonamiento—. Por lo que habrá que eliminar tales riesgos estableciendo un baremo de condiciones y requisitos, a fin de encavar ordenadamente las peticiones de los incontables voluntarios dispuestos a hacerse a toda costa con uno de los puestos de trabajo que ahora todos rechazan.

El rey aceptó promulgar enseguida la ley, aunque fuese acogida en su fuero interno real sin excesivo entusiasmo, más bien con una
gran dosis de desencanto, ya que sabía que muy pronto iba a poder comprobar que estaba reinando sobre muchos millones de zoquetes incorregibles.

Y, efectivamente, los estudios –pronósticos de Cosme Damián se cumplieron al pie de la letra. Puesto que, al amanecer del día que entraba en vigor esta ley tan peculiar, eran interminables las colas de hombres y mujeres de todas las edades, clases sociales, estados culturales y situaciones económicas, perteñecidos todos de infinita paciencia mientras aguardaban a que abriesen las puertas los múltiples comités locales repartidos por toda la nación, ya que dichos comités estaban encargados de dar respuesta y distribuir las incesantes demandas de trabajo.

“Yo tengo un título universitario. Por eso ahora ambiciono un título nobiliario”, explicaba un peticionario a otro, haciendo cola en una de las tantas ventanillas al efecto.

“Pues yo –contestaba el otro– tengo mucho dinero, me sobra, pero el dinero no es suficiente. Está claro que el auténtico brillo social y el glamour sólo me lo proporcionarían un condado o un marquesado”.

“Mire usted –decía un voluntario de porte distinguido ante una ventanilla de enganche–, a mí me da igual el trabajo que me adjudiquen y el lugar de destino, ahora bien, pediría el más penoso o desagradable si ello me diera preferencia a la hora de elegir título”.

La fórmula empleada causó tanto asombro en los países del entorno geográfico y político, que éstos enseguida quisieron emularla, toda vez que padecían una situación económica y social muy parecida a la de Carilandia. De manera que no tardaron tiempo en pedir a este país la apertura de negociaciones que llevaran a la firma de unos tratados bilaterales que les permitieran aplicar la misma solución en sus respectivos Estados.

“Nuestros nacionales contemplan la fórmula con tanta admiración, que no les importaría que el título nobiliario fuese concedido por el rey de Carilandia. Pues, son conscientes de que un título nobiliario sólo puede ser otorgado por un rey”, argumentaban los representantes de países extranjeros.
“Ah, eso sí que no. ¿Acaso hasta hace poco no hablábais con menosprecio de nuestro sistema político?”. ¡Ahora tendréis que joderos!”, replicaron, ufanos, nuestros representantes diplomáticos.

En definitiva, el sistema alcanzó tanto éxito, que, como era de esperar, dio lugar a que emergiera un floreciente mercado negro de puestos de trabajo.

“Oye, te doy lo que me pidas si me vendes tu plaza de barrendero”.

“No, ni hablar. Además, mi plaza no será efectiva hasta dentro de un año. Lo que significa que durante ese tiempo debo continuar como anestesista en el hospital Central”.

“No importa. Mi hijo puede esperar. Pídeme lo que quieras”.

El hombre tenía el dinero a espuertas, pero quería el título para un hijo que no había querido estudiar. Ilusionado del todo en que su vástago pudiese extender el día de mañana una tarjeta de visita como Dios manda.

“Ahí, estampado, el título de Barón de Barranco Seco. Ni me lo imagino. Vamos, ya te digo, te doy lo que me pidas”.

“Te reitero que no te vendo la plaza ni por todo el oro del mundo”.

“De todos modos, te comprendo. Sí que hasta dentro de quince años están ocupadas todas las plazas, con sus correspondientes sustitutos, en toda la gama de actividades”.

Por último, es digno de resaltar que el rey quiso conceder el primer título nobiliario de la nueva era al republicano Cosme Damián.

—Sí, pero con Grandeza de Carilandia; si no, no acepto —exigió Cosme.

—Es razonable la petición, ¿verdad, majestad? —apuntó el presidente del gobierno, que avalaba la distinción.

—Y tan razonable, que es el título nobiliario más merecido que jamás habré otorgado —asintió el rey.

De todas las maneras, y en descargo de Cosme Damián, también hay que decir que, a fin de amortiguar en lo posible aquel resquemor que de vez en cuando le quemaba la conciencia, éste decidió extender unas preciosas tarjetas de visita con la siguien-
Manuel Hernández Hierro

te leyenda: "Duque de Vallecorto, con Grandeza de Carilandia, y Republican".
Dios no tuvo arte ni parte

El ayudante de Dios (al que Éste se complacía en llamar Causa 2ª), tenía la costumbre de examinar la evolución de las estrellas en el Universo infinito. Y un día, hace de esto muchos millones de años, volvió a despertar su interés un determinado planeta de entre los innumerables situados en la zona de la Vía Láctea.

No era la primera vez que Causa 2ª prestaba atención a los reflejos azulados de aquel cuerpo celeste que orbitaba alrededor de una estrella que, en términos comparativos, era bastante insignificante.

Dicho interés se basaba en que desde hacía algunos millones de años estaba gestándose una interesante manifestación de vida elemental en este lugar privilegiado del Universo, al punto que semejante evolución biológica proseguía un progreso firme, más allá de cualquier altibajo natural y por encima de algún que otro contratiempo físico.

Y así quiso participárselo a Dios.

—¿Y qué tal es ese lugar que encuentras tan peculiar? —inquirió el Supremo Hacedor, bastante atareado todavía debido al vasto proceso de la Creación Universal.

—Puedo apreciar que el tal lugar no es tan inhóspito como hace unos cuantos millones de años. Y aunque es cierto que de vez en cuando se produce un terremoto, o colisiona un meteorito, o se desata una tormenta, o tiene lugar una erupción volcánica, estos fenómenos indican que el Planeta prosigue un curso evolutivo dentro de unos parámetros previsibles.
Ciertoamente, Causa 2ª observaba con agrado que una conjunción extraordinaria de circunstancias, lo mismo a nivel de situación espacial que de tipo físico, facilitaban que las manifestaciones de vida en aquel planeta, al que más tarde llamarían Tierra, no fuesen simples intentos truncados sino una realidad tan pujante que empezaba a ser irrepetible y de una hermosura impensable.

Mas, según parece, ni siquiera en este principio de los tiempos mostraba Dios el menor interés en conocer otros datos de la dichosa Tierra. No obstante, Causa 2ª insistió:

—A mi entender, ese punto concreto del Universo es tan singular, que no debiéramos perderlo de vista en el futuro...

Y una vez que ese futuro se hizo presente, Causa 2ª se permitió sugerirle a Dios:

—En vista de que las circunstancias naturales lo permiten, sería deseable que en la Tierra, junto a las variadas especies vivientes que ya proliferan por doquier, también hubiese ejemplares de animales superiores, es decir, criaturas racionales que reinaran sobre las demás.

Y como el Creador Supremo seguía mostrando nulo interés sobre este asunto, Causa 2ª interpretó que la callada respuesta de Dios se debía al hecho de que los fríos insoportables, los calores rigurosos, las tempestades salvajes, los maremotos devastadores y otros factores inclementes dificultarían hasta extremos insoportables la implantación de una vida superior en la Tierra. Por eso Causa 2ª quiso despejar cualquier duda, señalando:

—He comprobado que la atmósfera ya es idónea, haciendo que el aire sea respirable, y la temperatura ambiente está entre agradable y aceptable, al menos en términos globales, facilitando que la vida germine con cierta sencillez. Ese Planeta, buen Dios, nunca me ha dejado indiferente. ¿Y no sólo porque las puestas de Sol en la Tierra sean tan llamativas o porque los amaneceres me parezcan inigualables!

—Te aconsejo que dejes ese proyecto para más adelante. Mientras tanto, ve pensándolo mejor… —dijo Dios, con enigmática prevención.

Hasta que, millones de años más tarde, Causa 2ª volvió a la carga ante Dios. Y Éste le advirtió:
–Bien. Sigue adelante en el empeño. Pero te prevengo que Me desentiendo totalmente del asunto. Porque Dios sólo debe limitarse a crear entidades angelicales, a imagen y semejanza divina. Por lo tanto, el invento de unos animales terrenales, por muy racionales que fueren, no merecen Mi atención. Y, por otra parte, también te confieso que Mi experiencia con Lucifer y compañía fue tan decepcionante, que no estoy dispuesto a repetirla en ninguna otra circunstancia, ya fuese celestial o terrenal.

–Gracias, buen Dios. Acepto una responsabilidad exclusiva –repuso Causa 2ª, añadiendo–: Mi propósito es muy sencillo… Trato de crear una pareja de criaturas, formada por hombre y mujer. Y a partir de ahí, confío en que su descendencia acabe agradando a los ojos de Dios.

–Bien. Y ¿estarías en condiciones de adelantarme cuáles van a ser algunas de las características esenciales del futuro terrícola?
–He pensado –dijo Causa 2ª– que lo fundamental para estas criaturas es el cerebro. Por eso hay que dotarlas de una máquina cerebral más potente que las que poseen las demás especies. Y así les serviría de instrumento de progreso y desarrollo; cualidad ésta que al mismo tiempo les permitirá ejercer un control responsable y cuidadoso del Planeta. Es más, y siempre con la aquiescencia divina, no descarto conferirles en el futuro la categoría de personas…, nada menos que de seres humanos…

–Como idea resulta aceptable… De todos modos, daré un vistazo al primer modelo del proyecto cuando lo hayas acabado –dijo Dios.

Semana más tarde (las cuales equivalían a varios siglos terrestres), Causa 2ª mostró el primer ejemplar de la especie homínido al Creador Supremo.

Era una criatura peluda y desgarbada, enorme y fea. Que no alcanzaba a desplazarse del todo erguida, ni era capaz de articular sonidos armoniosos para comunicarse con sus congéneres. Si aca-
só, el signo de inteligencia más notable estaba en que tenía cierta predisposición para distraerse en solitario, sobre todo saltando de árbol en árbol y de copa en rama.

–No, no es esto…, Causa 2ª. El terrícola que me muestras no es más que un engendro de animal racional. Sí, es cierto que aparenta
tener más intelecto que el resto de las bestias, pero todavía no es suficiente, ni mucho menos. Así que, debes proseguir perfeccionando la obra, y dotarla no sólo de más capacidad mental, sino también de un tanto así de armonía física y de un mínimo de belleza espiritual, por favor.

Después de un laborioso y lento proceso de ajustes y reajustes en los terminales cerebrales, Causa 2ª consiguió diseñar un nuevo modelo de rey de los animales. Modelo que, a ojos vista, era más apañado que el prototipo primitivo porque ya caminaba en vertical, dotado de cierta capacidad para pensar con un mínimo de trascendencia y apto para comunicarse con un lenguaje asequible.

Y fue entonces cuando Dios, siempre a regañadientes porque nunca había sido partidario del invento, en mala hora dio el beneplácito a Causa 2ª para que la especie homínido deambulara a sus anchas por el Planeta. Dicho esto porque la tal criatura inició la andadura terrena, a lo largo y ancho del solar terrenal, destruyendo y deshaciendo sin parar.

Efectivamente, muy pronto pudo comprobarse que esta nueva criatura, al estar provista de una inteligencia más potente que la de las demás especies, también estaba en condiciones de desplegar una maldad muy superior al resto de los animales. Y es que, el terrícola nacía a la vida imbuido de una malicia innata. Toda vez que no sólo no mostraba el menor inconveniente en declarar una guerra a muerte al resto de las especies inferiores, sino que tampoco tenía reparos en exterminar a sus prójimos a la menor ocasión, casi siempre al grito salvaje de: “¡La Tierra es mía!”.

En vista de una tara mental tan peligrosa, Causa 2ª se vio obligado a manipular otra vez las neuronas del homínido. Pero lo único que consiguió fue rebajarle medio punto la tasa de agresividad a costa de incrementarle seis puntos el baremo del apetito sexual. Hasta el extremo de que al paso de los siglos, este rasgo de lujuria acabó siendo la característica más notable de una especie humana alocada y temeraria.

-Señor –trataba de disculparse el ayudante ante Dios--, he comprobado que si le rebajo un poco más el apetito lujurioso, ello sería a riesgo de dejar al terrícola igual que flotando en estado
casi vegetativo. Y semejante déficit de energía lo invalidaría para luchar contra las inclemencias naturales, las cuales siguen siendo algo severas.

—Ya, ya... Y no apto también para emplear esas energías de modo suicida y violento en contra de sus congéneres..., ¿no es así? —corrigió Dios, con Su proverbial ironía.

—Sólo pido un amplio margen de tiempo. Sí, buen Dios, por favor. Pues hay que permitir a estas criaturas que evolucionen de acuerdo al libre albedrío de cada cual, a ver qué tal van progresando...

Y un día, después que hubieron pasado muchos años siderales, Dios dijo a Causa 2ª que ya había llegado el momento de examinar la evolución terrena de unas criaturas que habían sido creadas con la pretensión de que fuesen racionales, o lo que debiera ser lo mismo, justas y sensatas.

Para lo cual y a tal fin, Dios y el ayudante activaron el panel intergaláctico, cuyo alcance permitía contemplar cualquier punto del Universo con perfecta nitidez.

Y fue entonces cuando Dios, a pesar de que era tal, ¡quedó asombrado del panorama que se divisaba en la Tierra! ya que la situación creada por estas criaturas era tan desoladora, que ponía de manifiesto la causa de tantas muertes, guerras, odios y enfrentamientos. ¡Dios se resistiría a creer lo que estaba viendo! Y es que a los terrícolas no se les había ocurrido nada más disparatado y dañino que el reparto de la Tierra como un simple botín. Pues, la habían delimitado con lindeos y mojones, separado a base de fronteras, dividido con banderas y estandartes, fraccionada en países, enfrentada con idolatrías religiosas y, lo que era aún más nefasto, la habían in comunicado para siempre mediante una jerga de lenguas y un guirigay de dialectos.

—¡La que han liado estos mentecatos! —no pudo por menos que excluir Dios. Y previno a Causa 2ª—: Ahí tienes la evidencia de que tu animalito, supuesta y pretendidamente racional, es incapaz de generar concordia. ¿Acaso deseas prolongar la absurda experiencia?

—En fin..., Señor. Mi última súplica es que Les concedas algo más de tiempo. Porque, algún día estas limitadas criaturas habrán
de comprender que la principal misión que tienen en la Tierra es la de desarrollar un proyecto colectivo y solidario. Y que, por tanto, nadie les ha autorizado a proclamarse dioses de nada ni a arrogarse jefaturas sobre nadie. Sino que debieran limitarse a disfrutar de los encantos terrenos en igualdad de condiciones, afrontando las obligaciones y servidumbres que comporta la existencia en la misma proporción y medida, sin que medien abusos, ni codicias, ni apropiaciones en exclusiva.

–Jamás lo entenderán –dijo Dios, añadiendo–: Observo que estas criaturas terrenales adolecen de fallos estructurales de tan gran alcance que son insolubles. Por ejemplo, necesitan llenar el estómago todos los días y satisfacer la vanidad a todas las horas. Lo que les obliga a exacerbar la codicia y el egoísmo hasta límites peligrosos.

–Pero, buen Dios, en la tierra hay personas que, incluso quebradas por el dolor, o ignoradas por la envidia, o marginadas por obra del desprecio, no son estúpidas, ni agresivas, ni egoístas, sino cordiales, sensatas y generosas. ¿Entonces?...

–Son excepciones, que responden al acierto que has tenido al dotarlas de un ordenador mental adecuado. Pero, ¡es tan difícil acertar en este punto! –dijo Dios, que, aunque Dios, parecía enfrentarse a un dilema insoluble...

Causa 2ª no quería fracasar de modo definitivo. Por eso solici-tó nueva licencia divina para perfeccionar el invento. Y entonces, buscando dignificar la condición del terrícola, quiso conferirle la categoría de nada menos que “ser humano”. Ya que estaba convencido de que semejante estatus de enaltecimiento le llevaría a comportarse como un ser realmente digno y superior. Y en orden a este mismo fin, intentó que en el cerebro de las personas predominara la faceta de una inteligencia sensible. Toda vez que semejante facultad redentora les liberaría de muchas taras nefastas para la convivencia. Pero la evolución de la inteligencia hacia estadios superiores se mostraba muy lenta, sin duda porque el sistema neuronal que atañía a la inteligencia sensible funcionaba en muy pocos seres, resistién-dose a cuajar en la inmensa mayoría. Puesto que, en la inmensa mayoría seguía dominando el mecanismo de una inteligencia gro-
sera e insensible, de las llamadas “prácticas”, que les impulsaba a
desplegar una conducta de vida agresiva y siempre insatisfecha.
Esto hacía que la capacidad de estas criaturas para comprender el
fin último de la existencia terrena era una capacidad tan limitada,
que estaban convencidos de que la crueldad y la malicia eran los
únicos instrumentos eficaces para lograr la mera supervivencia en-
tre los congéneres, es decir, entre tantos enemigos...

En resumidas cuentas, después de muchos milenios de fatigoso
perseverar en un afán de superación personal, hubo un momento
en que parecía que aquellas taras y vicios que tanto daño habían
causado a la Humanidad, si no dominadas del todo, habían sido
atemperadas a base de leyes y de consensos, cuando no mediante
las consabidas admoniciones y castigos.

Por todo ello, Causa 2ª recuperó la confianza hasta tal punto,
que se atrevió a informar a Dios que las personas habían logrado
unas cotas tan altas de progreso moral, que merecían estar en la
cima de todos los progresos. Y para que tan alto reconocimiento
fuese válido, era menester que el Supremo Creador les otorgase el
aprobado definitivo, proclamando a las personas como criaturas
ejemplares, dignas de la Creación Universal.

Y Dios dijo:
–Es preciso probar de primera mano esta afirmación que haces
y ver si está justificada la proposición que me planteas.

A tal fin, Dios ordenó activar la consabida pantalla intergaláct-
tica, fijándola precisamente en uno de los lugares de la Tierra que
presumía de estar entre los más civilizados. Y a continuación Él y el
ayudante se entregaron a observar los movimientos y las frenéticas
idades y venidas de los variopintos ejemplares humanos.

–Me permito aclarar –trataba de curarse en salud Causa 2ª– que
las personas siguen siendo terrenales, no espíritus angelicales. Esto
significa que nunca van a perder esos tenues rasgos que indican una
limitada… condición humana. Lo digo porque, aunque poseen una
integridad moral consistente y un desprendimiento material claro
y notorio, no convendría exponerlas a unas pruebas que entranñaran
tentaciones de excesivo calado…

–Como… ¿por ejemplo?
—Como por ejemplo dejarlos solos en el interior de un establecimiento bancario con las cajas fuertes abiertas…

—Ya… pero Dios no quiere ser tan cruel. Por eso la prueba va a ser mucho más sencilla. Ahora bien, si es superada daré por cierto que las criaturas racionales han alcanzado un estado de elevación moral que las hace dignas de ser consideradas como personas.

Y así se hizo. Dispuesta la pantalla, Dios ordenó proyectar el visor celestial hacia el interior de unas grandes superficies comerciales, donde había cientos de personas de ambos sexos, de distintas edades, y de las más variadas condiciones económicas, culturales y sociales.

Acto seguido, Dios hizo que se produjera un apagón total en el gran comercio, a fin de que todo quedase en penumbra, además de desactivados los dispositivos de alarma.

Y entonces el espectáculo fue visto y no visto. Al instante se desató una furia codiciosa tan descontrolada y frenética, que más que humana era inhumana. Y que Causa 2ª consideraba inexplicable, mientras el mismo Dios la tildaba de insospechada. Puesto que en menos de media hora fueron desvalijadas, igual que mondadas de arriba abajo, las diez plantas bien surtidas de la inmensa superficie comercial. En cuya tarea de pillaje y saqueo colaboró todo el mundo presente sin distinción alguna, incluidos los vigilantes de seguridad. Ni las propias limitaciones físicas frenaban a la gente. Allí cada cual cargaba y arramblaba con el triple de lo que hubiera podido en condiciones físico-laborales normales.

Es más, Dios quedó bastante impresionado con el ejercicio de rapiña que fue capaz de poner en acción una criatura de mediana edad, llegada al final del desaguisado. Dicho sujeto, no obstante faltarle una mano, se las apañó tan bien para suplir la desventaja física, que, ayudándose de la única mano de que disponía y haciendo presión con los dientes cuando era menester, consiguió arrastrar y llevarse consigo una enorme caja de zapatos, sin importarle mucho o poco que fuesen ejemplares del pie izquierdo únicamente!

—¿Eh, Causa 2ª? ¿Necesitas más pruebas?

El ayudante divino, a qué ocultarlo, estaba tan apenado y confuso que no encontraba argumentos favorables para un proyecto que seguía revelándose chapucero. Y mientras Dios callaba, Causa 2ª
elucubraba y se decía que el fallo quizás radicara en la complicada estructura de los ramales cerebrales, los cuales podrían estar constreñidos por toda una compleja serie de ramificaciones neuronales, al punto que resultaban confusas y difusas hasta para el mismo ayudante de Dios.

De manera que en el proceso creativo del terrícola parecía producirse un fenómeno de tendencia inversa al que suele darse en el proceso de fabricación de una simple máquina. En el sentido de que, al estar provista la máquina de un mecanismo de funcionamiento mucho más elemental, apenas una de entre mil suele salir de fábrica con fallos o defectos que la conviertan en inservible. Muy al contrario de lo que ocurre en el proceso de creación de la criatura humana, en que, debido a la complejidad del ordenador mental, sólo una de cada mil nace a la vista provista de un artilugio cerebral positivo, es decir, dotado de la sensibilidad imprescindible para vivir y convivir como Dios manda.

–Es comprensible esta clase de fracasos –Dios trataba de consolar a un inconsolable Causa 2ª–. Ten en cuenta que Yo, siendo Dios, erré cuando di aliento a unas entidades nada menos que angelicales. Pues conocer mejor que nadie que la rebelión de Lucifer y sus secuaces causó un serio disgusto a la Divinidad.

–Perdón. Señor. Pero es fácil decir que debo resignarme. ¡Y no! No puedo dejar de pensar en unas criaturas terrenas que, en semejantes circunstancias, van a quedar solas y desamparadas, sin mejor destino que el de seguir dando vueltas sin parar a bordo de una insegura nave espacial llamada Tierra. ¡No sería justo porque no todas las personas son indignas e indeseables!

–Bien. No debes preocuparte de las criaturas sensatas y bondadosas, que las hay, claro que sí. Te aseguro que éstas tendrán aco-gida divina en la dimensión celestial, transformadas para siempre en seres de luz.

–Sí, pero, ¿y las demás?

–A éas ni siquiera las mientes. No merece la pena. No hay mejor destino para los incordios vivientes que el que sigan dando tumbos en la nave Tierra hasta que un asteroide, que llegará, tenlo por seguro, los mande a freír puñetas.
Esta fue la única frase altisonante que Dios pronunció en toda la Eternidad.

De todos modos, a cualquier persona, por muy lerda que fuere, le es fácil comprender que Dios estaría muy gustoso de equivocarse otra vez, ahora con los terrenales. Por consiguiente, los seres humanos deberíamos procurar que él, aunque Dios todopoderoso, acabe equivocándose en cuanto a la terrorífica predicción hecha respecto de nuestro destino final. ¿Qué cómo lograríamos el divino error? Esforzándonos al máximo para que lo que hoy, según él, es apenas una excepción, se convierta en regla general en un futuro no lejano. Y entonces ya no habría temor a nada. Puesto que, con asteroide o sin él, el fin de los seres humanos sería tan maravilloso, que tonto aquel al que no le gustara despedirse de la Tierra transformado para siempre en un ser de luz.

O, como mínimo, debíéramos hacerlo en honor a los desvelos desplegados por nuestro esforzado valedor, Causa 2ª. Y encima nos daríamos el gustazo de que, al menos por una vez, la razón no la tendría el jefe, sino el subordinado...
La vida no da para más

La figura erguida de Benito Andrés, ataviado con un mono azul al pie del interminable vertedero, parecía asemejarse a la de un terrateniente examinando los serpenteantes linderos de la propia hacienda. Pero de una hacienda que no estaba compuesta de tierra fértil y cultivable, sino alfombrada de innumerables vaguadas y montañas de basura.

—¿Has visto, Marcos? Los definitivos dueños de la existencia ejercen su dominio en todas partes. Y como no podía ser menos, aquí también retozan felices de contento.

—¿A quienes te refieres, padre?

—A los virus y a las bacterias. Bueno, y a otros gérmenes y microorganismos que, de momento, sólo se presienten...

Marcos, que ya había cumplido catorce años, visitaba el lugar en compañía de su padre, Benito Andrés, el cual se ganaba la vida rebuscando objetos que tuviesen todavía alguna utilidad práctica, tales como cartón, papel, vidrio, chatarra...

Habían llegado muy de mañana a uno de los vertederos de residuos y desperdicios más gigantescos de la ciudad, formado por una llanura enorme e irregular que albergaba docenas de montañas de basura, compuesta de residuos orgánicos e inorgánicos pavorosamente entremezclados. De manera que aquí venían a parar los múltiples objetos que, convertidos en trastos inservibles, un día ilusionaron la vida a niños y mayores. Definitivo cementerio para las innumerables cosas que fueron amadas, codiciadas, deseadas...
y esperadas. Lo que significaba que nada en este mundo, nada excepto el dinero, escapaba a estar condenado, más tarde o temprano, a formar parte de los desperdicios inmundos del muladar más cercano.

Tan impresionado como empequeñecido frente a las interminables cordilleras de residuos, Marcos no se resistió a preguntar:
—¿Y eso..., padre?
—Esto... es la vida, hijo. Ya lo estás viendo: la vida no da para más...

El chaval no paraba de recorrer con mirada asombrada un panorama harto desagradable y casi desolador. Ahora mismo no se alcanzaba a divisar otra realidad más grata, cosa que le abrumaba hasta extremos insospechados. Al punto que durante bastantes segundos arrugó el entrecejo y encogió el menudo cuerpo sobre sí mismo, en un movimiento defensivo inconsciente frente a tanto desastre aparente.

—Lo siento... —se disculpó Benito Andrés, al percatarse de la impresión derrotista que el repulsivo panorama ejercía sobre Marcos, añadiendo--; de todos modos, yo quería que conocieras una de las caras ocultas que tiene la existencia; una cara que no nos gusta conocer porque no tiene nada de reconfortante.

—Por eso he venido, padre. Venga, manos a la obra sin perder más tiempo —replicó, queriendo demostrar entereza de ánimo.

—Sí, pero sin mascarilla. Ponte los guantes. Y, tal que acabas de decir, manos a la obra.

La rebusca en este medioambiente, hágase a fondo o no, es una labor esforzada y del todo desagradable, máxime para un jovencito que no está acostumbrado a moverse entre escombros malolientes. Pero Marcos, haciendo de tripas corazón, no se achanta y por tanto no retrocede ante la penosa tarea.

El primer objeto que despierta la atención de Marcos es un manojito de folios, en papel timbrado, oculto entre un conglomerado de desperdicios casi putrefactos. Y al remover los papeles ayudándose de un palo, comprueba que son copias de actas de algún ayuntamiento, las cuales reflejan acuerdos relacionados con proyectos y licencias de construcción que ataúfan a negocios urbanísticos.
–¿Has encontrado algo de interés? –inquirió el padre.
–¡Puaff…! ¡Qué mal huele estos papeles! –masculló Marcos, aventándolos de nuevo a la basura con el palo.
–Has hecho muy bien en no tocarlos. Ya que, si desprenden un olor nauseabundo es porque están contaminados…
Instantes después, gritó Benito Andrés:
–Mira, Marcos, es una cuna, y está casi nueva. ¿Qué pena, verdad?
–¿Pena por qué, padre?
–Porque arrulló los primeros llantos y acunó las sonrisas de un ser cuando todavía era un angelito inofensivo, generador de esperanzas.
unos pasos más allá, Marcos encontró un bastón.
–No, no lo recojas –dijo el padre–. Nunca he sido capaz de llevarme un bastón. No me parece una cosa alentadora… Supongo que detrás de un bastón está alguien que, si no ha sido abandonado, debe de haber desaparecido para siempre.
–Cuidado, padre. Casi estás pisando un machete…
–Tienes razón. Y es un cuchillo de destazar –aclara Benito, desplazándolo a un lado con el pie–. Y aún tiene restos de sangre, ya seca. Arrójalo tú mismo a esa fosa de ahí y cúbrelo de escombros.
–¿Crees que pudo haber sido usado de mala manera contra alguien?
–Hijo, la única duda que tengo es la de si fue mal empleado por el angelito al que meció la cuna hace veinte años o por el dueño del bastón cuando aún podía valerse por sí mismo.
Dentro de una maceta tan vacía que no albergaba ningún vegetal, encuentran una preciosa muñeca, casi nueva todavía, que Marcos no comprende como alguien intentó convertirla en desecho. Una muñeca que más que un juguete debió haber sido la ilusión de una infancia feliz, haciendo de confidente, amiga y compañera, todo a una.
–Ya te digo que no lo entiendo.
–Algun día lo entenderás a la fuerza. Y entonces habrás aprendido algo muy fácil: que a lo largo del camino, siempre corto y sin
retorno, que es la vida, nadie, pero nadie, eh, es capaz de llevar consigo hasta el final, todas y cada una de las cosas más queridas y a las personas más amadas. Y es que, se nos van quedando atrás… sin que nos demos cuenta… Sí, Marcos. Las personas más queridas y las cosas más sublimes las vamos dejando atrás, en un caminar sin retorno…

Al lado de la muñeca había una barra de pintura para los labios.

–Es curioso, padre. Está intacta. ¿Cómo han podido tirarla así?
–Bueno…, puede ser la expresión de una desilusión permanente. Ten en cuenta que hay seres que se sienten tan desgraciados, que no cesan de ir de la decepción al fracaso, y vuelta a empezar.

Pero Marcos ya no escuchó las últimas palabras de su padre porque estaba mentalmente concentrado, más bien embelesado, contemplando una abultada caja de cartón repleta de juguetes de varios tamaños, formas y utilidades, todos ellos apenas recién estrenados.

–¡No es posible lo que veo, padre. ¡Todos en la basura!
–Allí había trenes, coches de carreras, lápices de colores, libros de cuentos, un avión completo de luces y ruedas, legos, una armónica preciosa y otras maravillas.
–¿Te gustan?
–Y tanto, que nunca los he tenido… Aunque, ahora, a mi edad…
–Nunca hay que perder la inocencia…, hijo.

Benito Andrés cogió la caja con los juguetes y la colocó en un lugar despejado, encima de una roca, para que Marcos se la llevara al regreso.

–Lo que está debajo de aquel saco vacío parece que fue un aparato de radio –señaló Marcos.
–Y lo seguirá siendo siempre –matizó Benito Andrés–. Además, tuvo que haber sido una radio con mucha prestancia –ratificó, mientras desempolvaba los restos de un vetusto aparato de los años cincuenta, al que apenas quedaba la carcasa y el amplificador.

No obstante, éste lo recogió y lo metió en la bolsa para llevarse.
-No importa, Marcos, le queda el alma... Sí, hijo, sí. No merece el abandono. Porque es de los pocos inventos que se prestan a crear magia e ilusión, incluso belleza. Por ejemplo, hasta hace pocos meses creí que aquel gol que Zarra marcó a Inglaterra en el mundial de fútbol celebrado en Brasil, allá por los años cincuenta, había sido el gol de más bella factura jamás marcado por un jugador de la selección española. Puesto que, no te imaginabas el encanto, la aureola, la mítica belleza y hasta la magia envolvente que aquel golazo, gloriosamente retransmitido por Matías Prats, despertaba y sugería en la ancha afición española. Sin embargo, hace unos meses pude ver la imagen de ese gol en la televisión. Y había tanta diferencia, la televisión lo había desmejorado tanto, ¡que ambos goles no podían compararse! ¡Bendita magia la de la radio!

-¡Menuda sorpresa lo que estoy viendo! Te darán bastante por él, ya que parece nuevo y es grande y vistoso.

-Ya... Y es de los llamados de pared. Y, sí, tiene buen empaque. Pero prefiero dejarlo aquí porque es un artilugio maléfico. Los relojes son máquinas que están algo así como encantados igual que por arte de magia negra.

-¡Anda! ¡Lo que dices sí que es raro, padre!

-Sí, Marcos, te lo digo en serio porque así lo pienso. Verás. Cuando yo tenía tu edad, estaba deseoso de cumplir dieciocho años, ingenuo de mí. Pero no había manera de que los dichosos relojes avanzaran de acuerdo a mis propósitos, sino que el transcurso de cada año equivalía a media docena de años. Yo no podía entender que los relojes fuesen tan tramposos marcando el tiempo. Y ahora lo entiendo menos. Porque ahora que empiezan a sobramne el tiempo, ahora que no tengo la menor prisa, los minuterios avanzan desbocados como buenos mentecatos que son. Nada, nada. A estos embusteros no merece la pena dedicarles la mínima atención.

Luego de un corto silencio, volvió a indicarle a Marcos:

-En cambio lo que está detrás de aquel viejo inodoro sí que merece la pena. Ve a traerla, hijo. Ésa sí que me la llevo.

Marcos echó a correr ligero para apoderarse de la guitarra, pero enseguida comprobó que le faltaba el mástil con los trastes.

-Ha dejado de ser una guitarra..., padre.
—Menuda decepción. Ahí está la prueba de que si falla el espíritu, no hay Arte…
—¡Ahí va, padre! Mira, mira a lo lejos por ese rumbo. Si veo bien, son toneladas y toneladas de naranjas.
A petición de un Marcos incrédulo, se acercaron a una planicie sembrada de naranjas.
—¡Pero si están en buen estado! ¿Qué loco pudo haberlas arrojado a la basura?
—No, Marcos. Son las cuerdas leyes de la economía liberal, que así lo ordenan. Unas leyes tan sabias, que aconsejan destruir un determinado alimento cuando, por ejemplo, hay un exceso de producción.
—Ah, yo no sabía que la comida sobrara…
Unos metros más allá, había una dentadura postiza. Y a fe que aparentaba no haber tenido mucho uso.
—Hay bastantes por aquí… Lo que indica que para muchas personas se ha convertido en un trasto inservible por innecesario.
—¿Y qué hace aquel crucifijo en un vertedero?
—Es lógico, Marcos. Ese crucifijo es un Ejemplo… Y hoy día no han encontrado mejor acomodo para los ejemplos…
Marcos iba de sorpresa en sorpresa. Apenas habían recogido un par de objetos de alguna rentabilidad económica, pero él había visto y aprendido lo que no imaginaba. Y mientras avanzaban trabajosamente por entre una maraña de despojos y desechos, sin darse cuenta propinó un puntapié a un sobre grande, ya deteriorado por la intemperie, que aún estaba atado con dos cintas rosas, en cuyo interior había unas veinte cartas escritas con fina y nerviosa caligrafía. Papeles que Marcos examinó muy por encima y que luego acarició con las dos manos.
—Apenas pueden leerse, padre, porque están borrosas a causa de la lluvia, digo yo, o debido quizás al sereno de la noche.
—Es más probable que estén borrosas a causa de un torrente de lágrimas, a buen seguro de lágrimas amargas. Lo que significaría que son cartas de desamor o despecho, quiero decir, cartas de tristeza. En fin, cartas de adiós…
—¿Y por qué esas lágrimas no han podido ser de alegría?
—Pienso que no porque las lágrimas de alegría, como no pueden ser amargas, no borran los sentimientos, sino todo lo contrario.
—Mira a tu derecha, padre, y observa lo que está al lado de aquel ataúd despintado. Al fin, parece que vamos a tener suerte. ¡Menos mal! Porque si ahora la realidad no me engañá, aquello es una reluciente caja de caudales con la llave puesta. ¡Tuya es, padre!

Entonces Benito Andrés no pudo reprimir un acceso de risa, cuyo claro matiz de ironía desconcertó aún más a Marcos, ya que, en principio, había pensado que su padre reía de contento por lo que no dejaba de ser un magnífico hallazgo.

—¡Cuánto dinero debe de haber ahí...! ¿Verdad que sí, hijo? Incluso es probable que semejante tesoro haya querido esperar por nosotros... Así que, ve tú, Marcos. Ve tú y ábrela. Y empieza a contar...

Éste se acercó a toda prisa y la abrió fácilmente, comprobando que en su interior no había un céntimo.

—Atiende y no olvides lo que voy a decirte. Aquí he visto y encontrado de todo, cualquier cosa, ya fuese divina o humana. Es decir, la gente es capaz de desprenderse del amor, de la inocencia, de la ilusión, de la fe, de la amistad, incluso de la vida. Sí, puedes creerlo. Ya que en más de una ocasión he llamado a la policía porque he tropezado con el cuerpito de una criatura humana, arrojada a la basura como un sucio desperdicio que avergüenza y que molesta. Pero, ¡jamás, jamás, he encontrado dinero contante y sonante!

—Es increíble..., padre. ¿Acaso el dinero vale tanto para que sea tan venerado?

—En sí no debiera tener ningún valor especial. Pero le han puesto un precio tan alto, tan alto, que ahora es la medida y la razón de ser de todas las cosas.

En vista de que el pequeño movía la cabeza a uno y otro lado, con los ojos siempre desparramados en aquella ciénaga de pura y dura miseria, en un gesto indicativo de que sus esfuerzos mentales no le permitían comprender mucho ni poco, Benito Andrés, prosiguió:

—Verás, Marcos. Para todo el mundo, excepto para algunas miles de personas idealistas repartidas por el mundo, las cuales, por
cierto, no encuentran encaje adecuado en esta clase de sociedad basura que tanto admiramos y promocionamos, el don dinero es la razón que da fundamento y hasta razón de ser a la existencia. De tal manera que si una persona se hace con una metralleta y se lía a matar próximos a mansalva, la detendrán y la enviarán a prisión. Y si una madre mata alevosamente a sus propios hijos, por muchos que tuviere, un equipo de siquiatras y de juristas procederían a estudiar a fondo la personalidad de esta mujer, a fin de determinar si tiene o no perturbadas sus facultades mentales para que el juez decida si la envía a una cárcel o a una clínica de salud mental. Ahora bien, si yo pongo cincuenta mil euros en una bolsa, me instalo en una calle céntrica de esta ciudad y empiezo a regalar billetes de quinientos euros a todo transeúnte que pase a mi lado, es seguro que instantes después me abordarán dos policías urbanos, los cuales, sin necesidad de consultar con siquiatras ni con el juez de guardia, sin más trámites ni diligencias previas, me llevarán directamente al manicomio más cercano. Porque nadie es capaz de concebir que una persona en su sano juicio vaya por ahí regalando dinero. Fíjate bien, Marcos: es concebible que alguien esté cuerdo para matar a seis hijos, pero no para regalar el dinero.

El ejemplo resulta tan demoledor para el joven, que, necesitado de disimular la amargura que le atenaza, echa a andar sin rumbo y sin previo aviso. Benito Andrés no le dice nada, limitándose a seguir los pasos de aquél con la mirada.

Poco después, Marcos recogió un papel del suelo, lo leyó, y casi al punto empezó a secarse unas lágrimas.

—¿Qué ocurre, hijo? —mientras se acercaba a él.

—No..., es por esto... Es que, no sé..., padre. Es todo tan triste... —musitó Marcos, al tiempo que hacía entrega al padre del citado papel, que era un recordatorio fúnebre ya carcomido por las polillas y salpicado de manchas de suciedad.

“Tus hijos no te olvidan”, leyó Benito Andrés.

—Quiero irme ya —le pidió Marcos.

—Nos vamos si lo deseas. Pero te adviento que la experiencia aún no ha terminado...—Sí, pero, basta por ahora, por favor.
—Entonces vamos a por la caja de los juguetes.

Pero cuando están a punto de dejar atrás el vertedero, ambos quedan igual que paralizados de pronto por la sorpresa, casi petrificados de inmóviles. No obstante, Marcos no se desprende de la caja de la Inocencia, que lleva a hombros, y el caso era que respiraban un aroma tan penetrante y embriagador, que estaban seguros de que aquel perfume natural era el más enervante que habían inspirado nunca.

—¿Y eso..., padre? ¡Qué olor más divino!


—Es admirable esa fragancia que despiden —volvió a excluir Marcos.

—Sí, hijo. Sé que es un milagro que algo tan bello y fragante haya podido nacer sobre el mismo estiércol.

Marcos estaba igual que transfigurado por la constatación de una realidad increíble. Ya que, aquel ramillete de rosas, tan blancas como la nieve, habían nacido y crecían, muy hermosas y perfumadas, en las entrañas de un muladar lleno de escombros y basura.

—Gracias, padre. Este ejemplo me demuestra que si todos nos lo proponemos, ¡la vida tiene que dar para más...!

—Si tú lo dices... Al fin y al cabo, tienes la última palabra... Porque aún sigues siendo la Esperanza...
ÍNDICE

La tarta .................................................................................................................. 9
Érase un cazador casado ..................................................................................... 15
El hijo predilecto .................................................................................................. 23
Que nadie la despierte todavía .......................................................................... 31
Este amor venía de muy lejos ............................................................................. 41
El Cardenal y la Fe ............................................................................................... 51
La pena de muerte ............................................................................................... 59
El árbol que murió de pena ................................................................................ 67
Dichosos derechos fundamentales ...................................................................... 73
Qué divertido es el fútbol ..................................................................................... 83
Lupe funcionaba muy bien ................................................................................ 93
El alcalde que recalifique, buen... ................................................................. 103
Aprende, hijo, aprende ..................................................................................... 113
No te mates, por favor ...................................................................................... 119
Viva la monarquía ............................................................................................. 127
Dios no tuvo arte ni parte .................................................................................. 135
La vida no da para más ..................................................................................... 145
1. A. de Béthencourt y A. Rodríguez: *Ataques ingleses contra Fuerteventura* (1740).
2. Francisco Navarro Artilles: *Cantares humorísticos en la poesía tradicional de Fuerteventura.*
5. Varios autores: *Homenaje a Unamuno.*
6. Domingo Báez: *Cuentos de bruja de Fuerteventura.*
7. José María Hernández-Rubio Cisneros: *Fuerteventura en la naturaleza y en la historia de Canarias. I.*
10. Donados por Hermógenes Afonso de la Cruz: *Mapas del siglo XVIII de Canarias y Noroeste de África.* (Colección de cinco mapas).
12. Marcial Morera: *Estructura semántica del sistema preposicional del español moderno y sus campos de usos.*
13. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto I.*
15. Miguel de Unamuno: *De Fuerteventura a París.* 1ª ed. facsímil. (Coedición).
17. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto II.*
18. José Antonio Ferrer Benimeli: “Unamuno, los derechos del hombre y la libertad de expresión. Un modelo de campaña
masónica”. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto. Anexo I.


23. Varios autores: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto III.


28. Varios autores: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto IV.

29. Constantino Criado Hernández: La evolución del relieve de Fuerteventura.


34. Carmelo Domínguez Hormiga: Políticas turísticas en Fuerteventura. (Coedición).


37. Varios autores: *II Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*. (Dos tomos, coedición).


44. Antonio María Manrique: *Resumen de la Historia de Lanzarote y Fuerteventura*. Facsímil. (Coedición).


46. Varios autores: *Poeventura*.


48. Ángeles Mateo del Pino: *Latido y tortura. Selección poética de Josefina Plá*.

49. Juan Miguel Torres Cabrera y Patricia Lillo Puig: *Guía de campo del Malpaís de la Arena y su entorno. La Oliva, Villaverde, Cañada de Melián, Lajares y Calderón Hondo*. (Coedición).

53. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto VI.*
54. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto VII.*
55. Domingo Velázquez: *Isla llana.*
56. Domingo Fuentes Curbelo: *La tierra isla.*
57. Eduardo Galván Rodríguez: *El origen de la autonomía canaria. Historia de una Diputación provincial (1813-1925).* (Coedición).
58. José Carlos Cabrera Pérez: *Fuerteventura y los mayoreros.* (Coedición).
60. Varios autores: *VI Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura.* (Coedición).
61. José María Pinto y de la Rosa: *Apuntes para la historia de las antiguas fortificaciones de Canarias. 1954.* (Coedición).
62. José Carlos Cabrera Pérez: *La Prehistoria de Fuerteventura: un modelo insular de adaptación.* (Coedición).
63. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto VIII.*
64. Santiago Cazorla León: “Las ermitas de Nuestra Señora de La Peña y de San Miguel de Fuerteventura”. *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto. Anexo III.*
65. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto IX.*
67. Varios autores: *Los símbolos de la identidad canaria.* (Coedición).
68. Marcial Morera: *Diccionario etimológico de los portuguesismos canarios.*


72. Varios autores: *Homenaje a Domingo Velázquez*.

73. Pedro Flores: *La vida en ello*.


75. Marcial Morera: *Español de Canarias e identidad nacional*.

76. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto X*.

77. Enrique Nácher: *Cerco de arena. 2ª ed*.

78. Marcos Hormiga: *De soledumbres*. (Libro y CD-ROM).

79. Miguel Ángel Sosa Machín: *El lugar donde muere la noche*.

80. Marcial Morera: *Teoría preposicional y origen y evolución del sistema preposicional español*.


83. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XI*.

84. Cabildo Insular de Fuerteventura: *Toponimia de Fuerteventura. I. Catálogo toponímico de Betancuria*.

85. Varios autores: *La enciclopedia temática e ilustrada de Canarias*. (Coedición).

86. Domingo Fuentes Curbelo: *Los designios torcidos*. (Coedición).


88. Joaquín Nieto Reguera: *Entre sueños, santos y ardillas ...* (Coedición).
89. Varios autores: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XII.
90. Alexis Ravelo: Segundas personas.
94. Cabildo de Fuerteventura: Toponimia de Fuerteventura. II. Catálogo toponímico de La Antigua.
95. Juan Tous Meliá: Visita de las Yslas y Reyno de la Gran Canaria hecha por don Yñigo de Briçuela ... con la asistencia de Próspero Casola ... (Coedición).
96. Manuel Barroso Alfaro: Conversaciones en la tahona.
97. Varios autores: Avances en Patología. La patología del SIDA. (Coedición).
100. Varios autores: IX Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote. (Dos tomos, coedición).
102. Pepa Aurora: La isla de las ardillas. (Coedición).
103. Varios autores: Canarias isla a isla. (Coedición).
104. Franca Dimar: Sin azúcar añadido.
106. Andrés González Francés: Vivencias y pensamientos.


112. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XIII.*

113. M.ª del Carmen Cabrera Betancor: *Calados de Fuerteventura.* (Coedición).


115. Miguel de Unamuno: *De Fuerteventura a París. 2ª ed. facsímil.* (Coedición).


120. Cabildo de Fuerteventura: *Toponimia de Fuerteventura. III. Catálogo toponímico de Puerto del Rosario.*

121. Domingo Velázquez: *Domingo Velázquez. Quince poemas.*

122. Francisco Javier Cerdeña Armas: *Colonos mayoreros en la expedición de Francisco Morales al Río de la Plata: 1833.*

123. Fuensanta González Montesinos: *Inversión gravimétrica 3D por técnicas de evolución. Aplicación a la isla de Fuerteventura.*

124. Agustina Ahijado Quintillán: *Las intrusiones plutónicas e hipoabisales del sector meridional del Complejo Basal de Fuerteventura.*
127. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XIV.*
129. Jorge Rodríguez Guerra: *Globalización y estado de bienestar.* (Coedición).
130. Varios autores: *Canarias en imágenes. La enciclopedia visual del Archipiélago.* (Coedición).
131. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XV.*
133. Ambrosio Hernández Hernández: *Sátiras, humor y poesías.* (Coedición).
134. José Marrero Hernández: *Décimas, poemas y adivinanzas.* (Coedición).
135. Juan Ramón Rodríguez Rodríguez: *Décimas y cantares.* (Coedición).
136. Miguel Betancor López: *Quejas de un corazón.* (Coedición).
137. Angelina Felipe Lima: *Aventuras y desventuras de una niña canaria.* (Coedición).
139. Ramón Castañeyra: *Cantares. Facsímil.*
140. Werner Pichler: *Las inscripciones rupestres de Fuerteventura. Traducción de Marcos Sarmiento Pérez y Elena Alsó Juan.*
141. Rosario Cerdeña Ruiz: *Andrés García Acosta, el `Frailito Andrés´, 1800-1833.*
142. Ricardo Borges Jurado: *Cofete.*
143. Andrés Rodríguez Berriel: *Gotadeagua.*
144. Rafael Yanes Mesa: *Ángel Acosta. Un escritor majorero en el periodismo tenerfeño.*
146. Cabildo de Fuerteventura: Toponimia de Fuerteventura. IV. Catálogo toponímico de La Oliva.
147. Varios autores: La gran aventura de Canarias. (Coedición).
150. Ángel Acosta: El pasado a lo lejos. Una novela y cinco poemas.
152. Cabildo de Fuerteventura: Toponimia de Fuerteventura. V. Catálogo toponímico de Tuineje.
153. Varios autores: La gran enciclopedia de la cultura. (Coedición).
156. Ángel Sánchez: Gadifer. (Coedición).
158. Francisco Estupiñán Bethencourt: La isla redimida. Crónica de la metamorfosis de Fuerteventura.
161. José García Oro, María José Portela Silva: La Iglesia de Canarias en el Renacimiento: de la Misión a la Diócesis. Estudio histórico y colección diplomática.
163. Ambrosio Hernández Hernández: *Cuentos, relatos y poesías.* (Coedición).
164. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XVI.*
165. Angelina Felipe Lima: *Como el perro y el gato.*
166. Varios autores: *XI Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote.* (Dos tomos).
169. Patricia Helena Sacoto Aizaga: *De Niebla a Fuerteventura. Cartas de Augusto Pérez a Don Miguel de Unamuno.*
170. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XVII.*
171. Varios autores: *La enciclopedia de canarios ilustres.* (Coedición).
172. María Dolores Padrón Artiles: *Protocolos de Pedro Lorenzo Hernández (1668-1673), escribano de Fuerteventura.*
173. Rafael Yanes Mesa: *Antología periodística de Ángel Acosta.*
175. Varios autores: *El álbum de oro de la música popular canaria.* (Coedición).
177. Eduardo Aznar, Dolores Corbella, Berta Pico, Antonio Tejera (Eds.): *Le Canarien. Retrato de dos mundos. II. Contextos.* (Coedición).
179. Varios autores: *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura. Tebeto XVIII.*
180. Pedro Flores: *La verdad no importa*.
La vida no da para más
de Manuel Hernández Hierro,
segunda entrega de la colección
“Letras de la Isla”,
se terminó de imprimir el día
11 de abril de 2007,
festividad de San Estanislao,
en los talleres de Queimada
Colección “Letras de la Isla”

POESÍA
Andrés González Francés
De greguerías y haikus

David Galindo Castaño
Diario de un chico de Teruel

NARRATIVA
Manuel Hernández Hierro
La vida no da para más

SERVICIO DE PUBLICACIONES